



**CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS**

**LA TRADUCCIÓN CULTURAL. COMENTO A LA TRADUCCIÓN DE TRES CUENTOS EN  
FRANCÉS SOBRE LA MUERTE (RUANDA, CAMERÚN Y GUADALUPE)**

**TESIS**

**QUE PARA OPTAR AL GRADO DE  
MAESTRO EN TRADUCCIÓN**

**PRESENTA**

**LUIS VITAL SÁNCHEZ**

**DIRECTORA**

**MELINA BALCÁZAR**

CIUDAD DE MÉXICO

NOVIEMBRE DE 2024



**CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS**

**LA TRADUCCIÓN CULTURAL. COMENTO A LA TRADUCCIÓN DE TRES CUENTOS EN  
FRANCÉS SOBRE LA MUERTE (RUANDA, CAMERÚN Y GUADALUPE)**

**TESIS**

**QUE PARA OPTAR AL GRADO DE  
MAESTRO EN TRADUCCIÓN**

**PRESENTA**

**LUIS VITAL SÁNCHEZ**

**DIRECTORA**

**MELINA BALCÁZAR**

CIUDAD DE MÉXICO

NOVIEMBRE DE 2024

Los estudios de posgrado, así como su conclusión con la presente tesis, fueron realizados gracias al apoyo del PNPC del CONACyT.

Comisión Lectora

Doctora: Haydée Silva Ochoa

Doctor: Sergio Ugalde Quintana

Agradezco profundamente a la Doctora Melina Balcázar, no sólo por la lectura, revisión y acompañamiento en este trabajo, sino también por las horas que pasamos traduciendo y compartiendo literatura dentro y fuera del salón de clase.

De igual manera, agradezco a mis profesores, profesoras y compañeras de clase, de quienes (des)aprendí más de lo que pudiera escribir en este breve espacio. Quisiera extender un gran abrazo a la Dra. Niktelol Palacios y al Dr. Erik Franco. Su interés, cuestionamiento y bibliografía me dio certeza y emoción en mi proyecto de investigación y traducción.

Finalmente, quiero agradecer a mis lectores, la Dra. Haydée Silva y el Dr. Sergio Ugalde, cuyos comentarios y sugerencias enriquecieron asaz las reflexiones de esta tesis-traducción.

Debo esto, y más, al fantasma de mi padre.

*this is the oppressor's language  
yet I need it to talk to you.*

Adrienne Rich

## ÍNDICE GENERAL

<b>RESUMEN / ABSTRACT</b> .....	5
<b>CAPÍTULO 1. LA TRADUCCIÓN CULTURAL</b> .....	8
1. PANORAMA DE LOS ESTUDIOS CULTURALES ... ..	12
2. LOS ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS (GENERACIÓN “SÍNTESIS”) .....	15
3. LA TRADUCCIÓN AGÓNICA .....	21
<b>CAPÍTULO 2. HACIA UNA METODOLOGÍA PRÁCTICA EN LA TRADUCCIÓN CULTURAL</b>	24
1. UNA PROPUESTA PARA LA ORGANIZACIÓN DEL CORPUS .....	24
a. LÍMITES DEL CORPUS .....	24
b. SOBRE EL CORPUS .....	26
c. ORGANIZACIÓN DEL CORPUS .....	27
2. UTILIDAD DEL MÉTODO .....	31
3. EL CULTUREMA COMO UNIDAD DE TRADUCCIÓN .....	33
<b>CAPÍTULO 3. UNA LENGUA DOMINANTE EN PAÍSES DOMINADOS</b> .....	37
1. LA AUTOTRADUCCIÓN .....	37
2. LA CONSAGRACIÓN LITERARIA .....	47
<b>CAPÍTULO 4. TRADUCCIÓN COMENTADA</b> .....	54
1. EL PROYECTO DE TRADUCCIÓN. ....	54
2. RUANDA	
I. COMENTO A “LE DEUIL” .....	60
II. “EL DUELO” (FRAGMENTO) .....	64
3. CAMERÚN	
I. COMENTO A “MÉMOIRES D’UN SUICIDÉ” .....	70
II. “MEMORIAS DE UN SUICIDA” (FRAGMENTO) .....	76
4. ANTILLAS. GUADALUPE	
I. COMENTO A “LA MORT CRÉOLE ET LA VEILLÉE CRÉOLE” (TERCERA PARTE DE “DAMIDA LA PETITE CRÉOLE”) .....	82
II. “LA MUERTE CRIOLLA Y EL VELORIO CRIOLLO” .....	87
<b>CONCLUSIONES</b> .....	93
<b>ANEXOS</b>	
<b>ANEXO I. TRADUCCIONES COMPLETAS</b> .....	95
<b>ANEXO II. TEXTOS EN IDIOMAS ORIGINALES</b> .....	138
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	179

## RESUMEN

El presente trabajo confronta la definición de la “traducción” como disciplina y como práctica, pues ésta ha sido, y es aún, conceptualizada de manera insuficiente con respecto a la relación entre lengua(s) y cultura(s). La definición canónica, según la cual se traduce de una lengua a otra, complica la teorización y práctica traductora en textos con pluralidad de lenguas.

En los capítulos primero y tercero indago en las características de una Traducción cultural, con el fin de seleccionar y redefinir los conceptos clave para traducir tres cuentos<sup>1</sup> provenientes de Ruanda, Camerún y Guadalupe. Todos manifiestan una pluralidad de lenguas y culturas. ¿Cómo abordar este tipo de textos? ¿Qué se prioriza y qué elementos se pueden dejar de lado? El segundo apartado es una propuesta metodológica que ayuda al registro de las unidades de traducción en su relación con la cultura y el lenguaje. En estos tres apartados dialogo con conceptos como “extranjerización”, “domesticación”, “texto plurilingüe”, “traducibilidad”, “visibilización del traductor”, “problemas de traducción”, “técnicas y estrategias de traducción”, “traducción agónica”, *third space* y “zona de contacto”, entre otros.

En el cuarto capítulo se presenta la traducción y el proyecto de traducción; síntesis del diálogo teórico de los capítulos anteriores en relación con el ejercicio traductor. Se trata de una propuesta que parte de los propósitos principales de la Traducción cultural y del contexto del traductor.

---

<sup>1</sup> Por razones de espacio, en este trabajo presento sólo fragmentos de los cuentos. La traducción completa de cada uno se encuentra en los anexos.

Este trabajo imbrica teoría y práctica, cuya retroalimentación propone una forma de trabajar textos que provienen de literaturas no hegemónicas y con presencia de varias lenguas y expresiones culturales.

## **ABSTRACT**

This work confronts the definition of “translation” as a discipline and as a practice, as it has been, and still is, conceptualized in a careless manner with respect to languages and/or cultures. The canonical definition of “one translates from one language to another” hinders the theorization and practice of texts with a plurality of languages.

In the first and third chapters, I question the characteristics of a cultural translation to select and redefine the concepts that will help me translate three tales from Rwanda, Cameroon and Guadeloupe. All of them have plurality of language and culture. The question is: How to approach these texts, what is prioritized and what elements can be left out? The second section is a methodological proposal that helps to register the translation units in their relationship with culture and language. In these three sections I dialogue with concepts such as “foreignization”, “domestication”, “multilingual text”, “translatability”, “visibilization of the translator”, “translation problems”, “translation techniques and strategies”, “agonic translation”, “third space”, “contact zone”, among others.

The fourth chapter contains the translations and the translation project, a summary of the theoretical dialogue of the previous chapters mixed with the translator's exercise. It is a proposal based on the main purposes of cultural translation and the translator's context.

This work is presented as a mixture between theory and practice, whose feedback proposes a way of working with texts that come from non-hegemonic literatures and with the presence of multiple languages and cultural expressions.

## CAPÍTULO 1. LA TRADUCCIÓN CULTURAL

*Les traducteurs n'aiment généralement guère parler théorie.  
Ils se conçoivent comme des intuitifs et des artisans.*  
Antoine Berman, 1989

En la caracterización de los tipos de traducción, el lingüista Roman Jakobson (1959) sintetiza una tradición de pensamiento práctico y teórico de nuestra disciplina. Jakobson divide la traducción en tres categorías: intralingüística –también conocida como *rewording*, o reformulación en el mismo idioma–, interlingüística –o *proper translation*– e intersemiótica –traducción entre códigos verbales y no verbales–. En la segunda categoría se encuadra la traducción que normalmente se identifica al trabajar con textos en diferentes lenguas y que define como “la transformación de un mensaje a partir del código de una lengua al de otra lengua” (Jakobson, 1959: 233). Menciono esta definición pues es la que generalmente se utiliza al discutir sobre traducción –incluido el contexto académico tanto en su producción escrita como dentro del aula–. Es precisamente la que quiero problematizar: la traducción es un traslado en el que hay un binomio de lenguas en juego, una de partida y otra de llegada. Y sucede lo mismo cuando se define “traducción” desde la cultura.

La tendencia a limitar el concepto de la traducción a la acción de trasladar un texto de una lengua a otra o de una cultura a otra, hace pensar que quien traduce siempre tiene ante sí un binarismo y no se suele pensar en la aproximación a un texto con varias lenguas y distintas expresiones culturales. Esa manera de concebir el acto traductor no sólo afecta la práctica traductora sino también la forma en la que se piensa la disciplina; afecta la

conceptualización, la caracterización terminológica, la enseñanza de ésta y, en otro nivel, las reflexiones en torno a las estrategias y las técnicas de traducción, así como el rol del traductor, de la traductora.

La dificultad de concebir la traducción desde un punto de vista multilingüe y pluricultural se debe principalmente a tres factores: primero, la mayor parte de los textos por traducir suelen poseer una sola lengua y, por lo tanto, tendrán también una en el texto meta; segundo, las teorías de traducción más estudiadas en la academia fueron creadas desde y para textos hegemónicos; y tercero, aún permea la idea de que el nivel principal de trabajo en una traducción es el lingüístico.

Se evita la diversidad cultural de manera directa –eludiendo los problemas que los textos provoquen al respecto– o indirecta –eligiendo estudiar y traducir únicamente textos de procedencia y características hegemónicas.

Ese binarismo lingüístico, al emparentarse con un término como “hegemonía”, supone una estrecha relación con la idea de “nación” y su inevitable vinculación con la literatura y su expresión lingüística. Se traduce del alemán al español –de Madrid o de la Ciudad de México–, del italiano al francés –de París–, como si la lengua representara todo el territorio, historia y cultura de los que prototípicamente forma parte y, además, como si dicha lengua fuera la misma en cada zona donde se habla.

Una traducción según esa dualidad se soluciona en la elección de otro binomio ya conocido: la adaptación o la extranjerización (más adelante problematizaré estos términos junto con “equivalencia” y “fidelidad”).

Ahora bien, cuando se trata, por ejemplo, de una lengua con historia de colonización el carácter hegemónico de la lengua complica –o mejor dicho, debería complicar– una traducción. Annie Brisset (2021), teórica de la traducción que se posiciona desde su realidad canadiense, donde múltiples lenguas están en continuo contacto, se cuestiona sobre las características de las lenguas de amplio territorio y que se presumen como “internacionales”. Como es el caso del francés. La noción del francés de Quebec, como perteneciente a una lengua internacional, conlleva una ideología de lengua metropolitana, casi nacionalista, amparada por una presencia en una gran variedad de países. En este caso, “internacional” tiene connotaciones negativas: “[an international language] reveals a desire to exclude; the ‘multicultural’ and the ‘transcultural’ are negative values, to be fought at all costs” (Brisset, 2012: 304). Pensar el lenguaje como internacional supone que el mismo francés es hablado en todas y cada una de las zonas francófonas designando una sola realidad expresada por una misma lengua.

Esto quiere decir que al mencionar “francés” generalmente se piense en Francia incluso si el texto es canadiense, haitiano o belga, por el mero hecho de nombrar la lengua. La realidad cultural –así como la lingüística, histórica, política y un largo etcétera– de la variante lingüística se invisibiliza, pues, aunque la lengua se designa con el mismo nombre, las palabras expresan realidades distintas.

Sirva como ejemplo la palabra *neige* [“nieve”], la cual crea campos semánticos diferentes dependiendo de la región con la que se le relacione. En Francia crea un imaginario de “invierno”, “época navideña”, “vacaciones”..., mientras que en Canadá remite al cambio de ritmo de vida, de transporte, deporte... y en zonas africanas –no incluyo al sur– llega a

ser una idea abstracta de escasos referentes ligados a la experiencia sensible. Y este ejercicio puede generarse con una larga lista de palabras.

El objetivo principal en este apartado es demostrar que la traducción –su tratamiento, su enfoque e incluso su definición– de textos que provengan de Guadalupe, Camerún, Ruanda u otra locación de la francofonía, contiene preocupaciones y formas de usar la escritura –el formato del texto, la cultura y los temas, como ya lo ha demostrado Brisset– diferentes a las de un texto de Francia.

En este capítulo me centraré en la construcción de un apartado crítico que contribuya a sentar las bases teóricas para repensar la convivencia de varias lenguas y culturas en un mismo texto, con el fin de reconstruir el ejercicio de la traducción en términos de “pluralidad” en cultura y lengua. Designaré este ejercicio como Traducción cultural. Es necesario explicar qué es y qué no es una Traducción cultural, cómo se ha definido y estudiado, y cuáles son sus características metodológicas y prácticas.

Considero que los textos literarios con multiplicidad de lenguas y culturas exigen atención especial para visibilizar los aspectos culturales, específicamente en su parte lingüística. Resulta necesario hacer una revisión del pensamiento cultural dentro de los estudios de traducción para rescatar las metodologías, conceptos y procedimientos pertinentes para el posterior comentario y anotación de los cuentos por traducir.

¿Qué reflexiones teóricas propone la presencia de varias lenguas en un mismo texto?  
¿Cuáles son los elementos más importantes dentro de una traducción que se presenta como “cultural” y cuyos textos provienen de una literatura considerada como segregada? ¿Cuál es

la pertinencia de la interdisciplina? Son algunas preguntas que intentaré responder a lo largo del presente capítulo.

## 1. PANORAMA DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

Diana Bianchi, en su artículo titulado “Cultural Studies” (2022), revisa algunas teorías de la traducción en relación con la cultura. Para la autora, los estudios culturales –CS, *Cultural Studies*– son, antes todo, una herramienta multidisciplinar que ayuda a tensar la intersección entre el poder y el significado con miras a un cambio social y al mejoramiento de la condición humana. Dice la autora (2022: 63), citando a Turner en su obra *British Cultural Studies: An Introduction* (2002), que los estudios culturales comparten un mismo objetivo:

[...] *the goal is that of studying contemporary culture, intended as a set of signifying practices of representation, and the way in which such practices shape subjectivities, that is to say the cultural processes that make us what we are “as individuals, as citizens, as members of a particular class, race or gender.*

Considero que tal análisis de procesos que “nos hacen ser lo que somos como individuos, ciudadanos...” está principalmente enfocado a un sector específico, periférico, no hegemónico.

La autora añade que la traducción cultural tiene un alto impacto de estudio en “*those individuals and groups who have less power and voice in society, that is, working-class people, youth, women, and ethnic minorities*” (2022: 64). Pienso que este es un cambio focal dentro de los Estudios de traducción que permite analizar elementos textuales –formato, contenido, lenguaje, etc.– y extratextuales –historia y cultura, intención del plurilingüismo, relaciones de poder en la lengua o la forma de un texto, etcétera– en un mismo nivel.

Lo anterior insta a traductores, traductoras e intelectuales de la traducción a ser responsables con el texto –lengua, momento histórico, función social, etcétera–, a posicionarse –en un sentido político y literario<sup>2</sup>– y a ser conscientes de los elementos éticos que exige la traducción: el cuidado con los conceptos, ideas, voces, así como definir de dónde se traduce, para quién y con qué propósitos. Esto propone un enfoque en el que las herramientas deben dar prioridad a la visibilización de las características culturales específicas de cada texto en relación con la sociedad, la lengua y la historia de la que parten.

El cuidado de los elementos culturales propone que una traducción con enfoque cultural no es una traducción inocente, en el mismo sentido en que Lefevere y Bassnett (1990:

11) lo definen:

*[...] translations are not “innocent” texts, the result of a transparent, ahistorical process, but situated artefacts, embedded in a particular historical context which is responsible for the way in which translation is defined and practiced at particular points in time and in particular places.*

Además, no es inocente pues implica una selección de textos, autores y lenguas. No es inocente porque todo proyecto de traducción propone una manera de leer la(s) cultura(s) y lengua(s) traducidas. No es inocente porque no se puede pensar que la literatura nace de entornos sin contexto ni historia o que se trata de un proceso puramente lingüístico.

---

<sup>2</sup> Naturalmente no se debe perder de vista el enfoque estilístico en una traducción literaria. No obstante, en el caso de los cuentos que competen a este trabajo, no es pertinente (desde el foco de la Traducción cultural) continuar una tradición de traducción canónica en español y desde México. A saber, la preferencia por la domesticación. Claro que el esfuerzo de presentar un texto atractivo nos empuja a crear textos que un público lector califique como “fáciles de leer”.

El enfoque cultural hace que quien investiga y traduce no sea una persona “objetiva”<sup>3</sup> que se enfrentan a textos neutrales, sino agentes con un propósito, contexto, posicionamiento, y cuya realidad –lingüística y literaria– nunca será igual a la del texto que traduce.

Maria Tymoczko (2003) sostiene que las traducciones forman parte de sistemas culturales y que, por lo tanto, siempre involucran un proceso político. Asegura que toda investigación histórica y descriptiva en una traducción indica que ésta y el traductor están fuertemente vinculados a movimientos culturales determinados. Así mismo lo menciona Lefevere (1992) cuando introduce su idea de “patronaje”, que utiliza para demostrar que las traducciones forman parte de un conjunto social, individual, de grupos e instituciones que promueven u ocultan la lectura, escritura o reescritura de la literatura.

Pero es en la obra de Lefevere y Bassnett (1990) donde se vislumbra el comienzo de un enfoque cultural en los Estudios de la traducción. Los autores definen la traducción como un producto de la cultura y la historia. Sostienen que la traducción es más que una simple operación de transferencia entre elementos lingüísticos.

Esta generación de pensadores –en la que también se incluye a Tymoczko, Venuti, Tury, Tarek Shamma, entre muchos otros– que inicia en los años 1990 dedicándose a la reflexión teórica de la traducción con enfoques culturales e históricos, propone un cambio en la definición de la traducción, como ya lo mencionaba al comienzo del capítulo citando a Jakobson. Cuestionan la forma en la que se ha pensado la traducción durante siglos –al menos en Occidente– e impulsan una nueva tradición en la que descartan el enfoque lingüístico, textual y el estructural de los textos. De esa manera, trasladan los estudios y la

---

<sup>3</sup> Las comillas son mías.

práctica de la traducción a un área geográfica e histórica, relacionada con conceptos de poder y dominio, que está dentro de un contexto sociocultural segregado y que, antes que nada, parte de culturas en las que es necesaria la visibilización.

Estos autores y estas autoras reconceptualizan ideas importantes en la traducción como lo son “domesticación”, “extranjerización”, “traducción dinámica”, “equivalencia” y se cuestionan sobre cómo esas estrategias podrían servir, o no, en una traducción cultural.

Con el enfoque que propone Bianchi se podría cuestionar la “nacionalidad” de las lenguas; analizar la función de las estrategias de traducción en relación con los campos literarios de cada cultura –lo que lleva al investigador a hablar de la relación entre sociología y traducción–; analizar la función de quien traduce como un intermediario visible entre textos (y culturas); y concientizar las precauciones dentro de una traducción cultural, ya sea respecto al texto y la cultura fuentes, como el texto y la cultura que lo reciben

## 2. LOS ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS (GENERACIÓN “SÍNTESIS”)

La Traducción cultural se ha vuelto un término de difícil aprehensión por su variadas definiciones y tratamientos, como sucede, de igual forma, con la conceptualización de “traducción”.

Kyle Conway en su artículo “Anthropology and Cultural Translation” (2022) hace una revisión de las etapas por las que ha pasado dicha rama de la traducción. Este trabajo, a diferencia del ya revisado y comentado con Bianchi, se centra en puntualizar de qué manera se ha comprendido el concepto de la traducción frente a términos como “antropología”,

“postcolonialismo”, “lenguaje” y “cultura”. Es importante reconocer, como lo hace Conway (2022: 45), que todavía es complicado ceñirse a un concepto general de la Traducción cultural sin caer en significados inapropiados o incriminatorios.

Conway considera que la Traducción cultural ha pasado por cuatro etapas. Cada una marcada por un método de estudio, representado por las afirmaciones que se hacen de la disciplina y su enfoque cultural *–types of claim–*, el enfoque práctico de la evidencia estudiada *–acceptable evidence–* y la manera de evaluar estas últimas *–criteria for evaluation–*. Estas etapas las divide en una periodización que él llama heurística, porque el fin principal no es recopilar, a manera de resumen bibliográfico, información y características de la forma de pensar la Traducción cultural, sino presentar de manera sintetizada la evolución del pensamiento y cuáles son los posibles campos para los investigadores e investigadoras de los años 20 del siglo XXI.

Conway resume su investigación dentro del siguiente cuadro:

<i>Approach</i>	<i>Types of claim</i>	<i>Acceptable evidence</i>	<i>Criteria for evaluating evidence/claims</i>
Anthropology (1950s)	Interpretive (with respect to how a community sees the world)	Literal and figurative renderings of “primitive” ideas	Resolution of contradictions through appeal to higher-order scientific concepts
Anthropology (post-reflexive turn, 1980s)	Interpretive (with respect to how a community sees the world) and critical (with respect to anthropology and institutional power)	Anthropologist’s direct observation in collaboration with informant	Plausibility and evidence of collaborative approach
Postcolonial studies (1990s)	Critical (with respect to hegemonic structures of power)	Signs of change within social structure	Coherence with respect to cosmopolitan ideals
Synthetic approaches (2010s)	Interpretive (with respect to how a community sees the world) and critical (with respect to hegemonic structures of power)	Researcher’s and informant’s observation, signs of change within social structure	Plausibility, evidence of collaborative approach, coherence with respect to cosmopolitan ideals

En Tabla 1 se puede observar los cambios y enfoques de cada una de estas etapas. En los estudios antropológicos de los años 1970, se usa la traducción como una forma de obtener información sobre cómo era visto el mundo desde la comunidad cultural estudiada. Luego, en los años 1980, llegaron aquellos que cambiaron su método para obtener evidencia plausible a partir de la interpretación que ya hacían sus predecesores investigadores, pero con la búsqueda de proponer una crítica a la relación de hegemonía, poder y cultura.

En este pequeño apartado me limitaré a revisar los últimos dos enfoques, el postcolonial y lo que Conway llama *synthetic approaches*.

Los estudios postcoloniales se basaron en el movimiento y la migración influenciados mayormente por Homi Bhabha.

Homi Bhabha en su libro *The Location of Culture* (1994) define traducción cultural como un proceso de interacción entre culturas en la que la influencia mutua y la transformación por el contacto cultural es priorizada. Es interesante que enfatice la idea de que no siempre se trata de procesos de dominación, tema que trataré más adelante en el análisis del tercer cuento “La Mort Créole et la Veillé Créole”, de Guadalupe como cultura híbrida. En el capítulo 11, “How newness enters the world: Postmodern space, postcolonial times and the trials of cultural translation”, Bhabha propone un concepto para definir el espacio donde las culturas se mezclan, se hibridizan para redefinir sus identidades. *The third space*, concepto que retoma de Fredric Jameson, es utilizado para demostrar que la traducción forma parte del proceso de tensión y negociación entre dos o más espacios culturales. Esto hace que la traducción no sólo represente significados entre culturas, sino que haya un

proceso de creación que intente desafiar las narrativas hegemónicas o, como él las llama, dominantes. Este proceso creativo hace de la traducción un acto de alta responsabilidad con las culturas que se trabaja, puesto que ésta va a definir sus identidades y, quizá, será reflejo de la resistencia, o la ausencia de ésta, en contextos de postcolonialismo y globalización.

Además, la diferencia más tangible entre estos y los estudios antropológicos se encuentra en la *intencionalidad*, término clave en los estudios postcoloniales de la traducción, pues dicha noción determina el foco de estudio. Por ejemplo, el multilingüismo en un texto literario como campo de análisis se puede analizar como estrategia intencional que refuerza o desafía ideas hegemónicas.

Otra manera de ver la traducción desde un enfoque postcolonial es el que Maria Tymoczko plantea en su libro *Translation in a Postcolonial Context* (1999), donde dice que la traducción es más bien un ejercicio de reescritura. Reescritura en un doble sentido: 1) que de cierta manera todo está dicho y que son los mitos, textos primarios, los únicos que no son reescrituras; y 2) que la traducción es una reescritura de la forma en la que se comprende y reformula al otro desde su contexto histórico.

La intencionalidad –propósito implícito o explícito que la escritora o escritor adjudica a su obra, ya sea en un nivel lingüístico, literario, político, estético, etc.– y la interpretación son clave en un proceso de traducción cuando el intermediario –quien traduce– tiene que negociar los significados cuando la relación lineal en el lenguaje se complica por la pluralidad de lenguas.

Por otro lado, Conway llama *Synthesis* a la corriente de pensamiento que se genera a partir de 2010, aproximadamente. A dicha corriente le interesa pensar a la traducción cultural como una manera de re-expresión.

Conway afirma que el lenguaje, además de que suele definir una realidad determinada, contiene un carácter evocador que no es estable y que se modifica conforme al uso y las circunstancias que lo rodean.

Un ejemplo hipotético: hay dos personajes de Ruanda que hablan sobre lo fútil que es la vida y que lo único que define nuestra existencia es la muerte. Una conversación cliché genera una idea general de la palabra “muerte”, como un evento inevitable, lejano y persistente. No obstante, si los personajes escuchan que cierto grupo ha matado a un amigo por cuestiones de lengua o religión, al mencionar la palabra “muerte”, ésta tendrá ahora nuevas connotaciones. Si esa muerte se transforma en un genocidio, la palabra generará un imaginario ya muy diferente al de la primera conversación de los personajes.

Eso es a lo que Conway llama *contestability of language* (2022: 51), que propone que la traducción está cimentada en una evolución de historia conceptual, porque las ideas y sus representaciones no pueden ser las mismas con el paso del tiempo –de la traducción, de la lectura–. Eso hace de la traducción un ejercicio de re-escritura y, parecida a la de Tymoczko, presupone que la traducción es un proceso no entre códigos lingüísticos, sino semióticos. Es decir, que la traducción se da en un nivel conceptual y no en uno sintáctico-gramático.

El signo es tratado como un elemento que cambia y que se reemplaza por los nuevos usos y las nuevas connotaciones que el contexto y sus hablantes le otorgan. Esta aseveración está ligada a lo que Susan Bassnett llama el *contexto cultural de la palabra* (Bassnett, 2002:

28). Aunque menciona que la traducción se da en un nivel semiótico, la autora considera que la representación de las palabras es invariable y única a cada contexto. Entonces, el lenguaje se utiliza para expresar una realidad determinada, y es difícil que dos o más lenguas la compartan en sus equivalentes lingüísticos.

Esta idea la conduce a asegurar que la “intraducibilidad” existe. No obstante, es posible traducir cuando se toma en cuenta la situación del hablante y oyente, así como la del texto fuente y el traductor (2002: 28).

La función de la traducción cultural es encontrar estos cambios en el lenguaje y demostrarlos en el texto meta. Difícil tarea, puesto que el traductor debe tener la capacidad de encontrar estas resignificaciones –que normalmente son sutiles y operan en un nivel conceptual– para hacerlas visibles en una traducción sin que el texto sea violentado con cambios ajenos al texto fuente.

Ese enfoque, además, propone que la intencionalidad del autor no tiene cabida en el análisis cultural, puesto que la significación se da en la mente del lector/traductor, dándole a éste la completa agencia de interpretación sobre el texto. Para Conway la traducción cultural debe enfocarse en el texto, el contexto y la interpretación, y nunca en lo que el autor diga sobre su texto.

Este enfoque parecería tramposo si Conway no recordara que la escritura tiene indicios de intencionalidad, que el autor de la obra siempre refleja en los usos –literalidad, retórica, silencios, etc.– de la palabra. Y es en ese nivel donde se visibiliza un posicionamiento a favor o en contra de las estructuras hegemónicas.

Los cuentos del corpus de traducción demuestran que el lenguaje juega un papel importante en cuanto a una propuesta literaria y política. Cada uno presenta pluralidad de lenguas por una denuncia –opresiones religiosas, literarias, militares o lingüísticas– o una celebración identitaria –de la convivencia de distintas culturas y lenguas–.

### III. LA TRADUCCIÓN AGÓNICA

En los cuentos que traduzco en este trabajo, el plurilingüismo es una forma de expresión de preocupaciones políticas. Considero que la presencia de dos o más lenguas en un sólo texto literario propone un enfoque traductológico distinto al que se acostumbra a tratar, puesto que conduce a cuestionamientos que desautomatizan nuestro pensar y actuar dentro de la traducción.

Tiphaine Samoyault, en su capítulo “Traduction et violence” (2020) recuerda que existen procesos violentos cuando se elige una lengua en lugar de otra. Esta elección de lenguas, cuando se habla de África y el Caribe, se debe analizar desde el texto fuente como producto con intencionalidad autoral, porque no se debe olvidar que existe una lucha constante a la que escritores y escritoras se han sometido por efectos de la (des)colonización, la guerra, las disputas religiosas, los cuestionamientos identitarios, la literatura, etcétera. A la lucha interna de elegir una lengua sobre otra(s) Samoyault la define como la *guerre des langues* y es la que “*chacun porte en soi, entre langue maternelle et langue nationale, entre langue intime, langue intérieure et langue du monde, entre langue maternelle et langues*

*étrangères –la configuration de cet espace de conflit est différente pour chacun”* (Samoyault, 2020: 48).

Y así, Samoyault plantea la idea de la *traducción agónica*, la cual propone que debe existir un proceso consciente en la elección de las lenguas.

La “Traducción agónica” invita al cuestionamiento de la presencia misma de las leguas en un texto literario. ¿Qué indica que un texto sobre el genocidio de Ruanda esté escrito en francés? ¿Cuál es la función de las palabras como *concession* o *kaba*, en las memorias de un suicida que se lamenta de pertenecer a un entorno cultural que castiga severamente decidir sobre la propia muerte? ¿Cómo resolver un texto bilingüe escrito en francés y un criollo antillano? Elegir escribir en francés por encima de la lengua materna, invita a reflexionar sobre la manera en la que se estructura y realiza una traducción. Samoyault (2020: 56-67) dice:

*Les écrivains bilingues, les écrivains qui s’autotraduisent ou qui choisissent d’écrire dans une langue étrangère, littéralisent le topos selon lequel toute littérature serait écrite dans une sorte de langue étrangère, travaillant la différence dans et pour la langue. La traduction ne produit jamais que de la ressemblance habitée de dissemblances.*

La Traducción cultural con una pluralidad de lenguas debe tomar conciencia de la función específica del lenguaje, para así, recuperar la intencionalidad en la traducción –como lo proponen los enfoques “Síntesis”– y no perder aquellas características importantes para el contexto del texto y cultura fuentes.

El enfoque que propongo está en contra de la *domesticación* (Venuti,1993), porque la invisibilización lingüística y cultural, promueve una ideología de la lectura universal, que

la traducción cultural intenta eliminar. Sobre la universalización por medio de la traducción, Samoyault dice que “*c’est d’abord et d’emblée une opération violente, d’appropriation et d’assimilation, où le mouvement de circulation masque assez mal les processus de domination*” (2022: 49). Además, Samoyault afirma que estas traducciones son “como ganar una batalla en la que el enemigo no supo que debía pelear”.

La traducción *extranjerizante*, por su lado invita a pensar que los elementos propios de una cultura son presentados para causar asombro y exotismo. Esto pondría en peligro las funciones principales de la traducción y su texto fuente.

Este capítulo me ayuda a definir el tipo de traducción para los cuentos, sus características y aparatos (teoría, comentario, notas al pie). Así mismo define el tipo de estrategias y técnicas de traducción que emplearé basándome en un proyecto acorde a las características que considero las más pertinentes para el presente trabajo. Esta caracterización y definición la propongo en el apartado “Traducción comentada”.

## **CAPÍTULO 2. HACIA UNA METODOLOGÍA PRÁCTICA EN LA TRADUCCIÓN CULTURAL**

### **1. UNA PROPUESTA PARA LA ORGANIZACIÓN DEL CORPUS**

En el siguiente apartado se describe el proceso de selección y conformación de corpus, así como la elaboración de una base de datos que sistematiza la información provista por las categorías y los casos más relevantes –adelante se explicarán los criterios de selección– para desarrollar, analizar y discutir en el comentario de la traducción. Así mismo, se explica el proceso de selección de las unidades de traducción –y qué considero como tal– que construirán la base del comentario de traducción.

#### **a) LÍMITES DEL CORPUS**

El objetivo de este trabajo de investigación y traducción es demostrar que la traducción y sus teorías están fabricadas, en su mayoría, para textos que pertenecen a las hegemonías y que la pluralidad de culturas y lenguas deben tener especial atención en una traducción cuando se trabaja con cuentos catalogados como periféricos. Aunque se toma el francés como lengua base de traducción, cabe recalcar que el hecho de buscar textos de la francofonía cambia el enfoque respecto a la lengua.

Al comienzo creí que textos del Caribe francófono serían suficiente para sustentar las ideas teóricas que conforman esta investigación. Sin embargo, decidí ampliar el panorama geográfico, pues creo que me ayuda a tener más y diferentes casos de análisis para presentar una mayor variación de fenómenos culturales relacionados al plurilingüismo, la pluricultura y la autotraducción.

En cuanto a la elección del género literario, creí que lo más sencillo habría sido tomar fragmentos de novelas de cada zona, porque ese género es, al menos en México, el de mayor distribución en lengua francesa. Sin embargo, he querido tomar textos completos y no fragmentos, para que el ejercicio de traducción fuera lo más cabal posible. Por ello tenía dos opciones: poesía o cuento. La problemática de la poesía es que su característica principal, llamémosla así, de desautomatizar el lenguaje, cambiaría el estudio y obligaría a trasladar el enfoque a la forma, el léxico, la semántica, el ritmo, la cadencia, etcétera; es decir, tendría que revisar los procesos retóricos y poéticos y el estudio podría tomar un curso diferente al planeado.

El formato del cuento me permite conformar un corpus que puedo considerar como cerrado, de formato más o menos corto, y cuyo lenguaje demuestra realidades políticas, culturales y sociales claras.<sup>4</sup>

La idea inicial de trabajar con seis textos tomaría un espacio considerable en el trabajo y esto habría quitado espacio para discusión teórica. Por ello, decidí enfocarme en tres textos: uno del Caribe francófono y dos de la África subsahariana.

Después delimité la búsqueda por tema. En este caso, la primera hipótesis de buscar cuentos con temas cercanos a la muerte proponía que el lenguaje está dislocado en alguno de los niveles de la lengua o el discurso, debido al trauma de la experiencia de la muerte de alguien cercano. Esta hipótesis fue pronto descartada, aunque mantuve el tema para acotar los criterios de búsqueda y selección.

---

<sup>4</sup> Para ahondar sobre la noción de “cuento” en sus distintas concepciones en francés –*conte, nouvelle, récit*–, y su complicada caracterización frente a la novela corta y las expresiones orales antillanas y africanas, ver: Ngodjo Ngodjo (2020); Lapalme (2009); Lamming (2002); Anthony Appiah (2002); Toumson (2003); Backer (2014); Dakar-Abidjan (1978); Goslinga (1998); Pageard (1966).

Era necesario, además, una última delimitación del corpus: la época. He decidido buscar textos contemporáneos para que el contacto entre culturas –la mía, la del proyecto de traducción y la de los cuentos– sea lo más cercano posible. Esta delimitación temporal me permite pensar que existe una cercanía en cuanto a la realidad en que vive tanto el investigador como las autoras y el contexto del que parten. Decidí que la fecha de publicación de los cuentos estuviera fechada entre el 2010 y el 2023.

He limitado el corpus de la siguiente manera: tres cuentos cuyo tema sea la muerte. Escritos en francés, pero no provenientes de Francia –con historia de postcolonialidad, debido al interés por la pluralidad de lenguas y culturas–, y cuya fecha de publicación date entre 2010 y 2023.

#### b) SOBRE EL CORPUS

Para los textos africanos busqué mayormente en revistas de Camerún, Chad, Níger, Senegal, Ruanda y Guinea. Algunas de las revistas son *Présence africaine*, *AfrolibresQue*, *Hypotheses* y *Clijeg Mag*. Los cuentos elegidos son: “Le Deuil” de la autora Scholastique Mokasonga, tomado del libro titulado *L’iguifou*, en el que relata distintas historias del genocidio en Ruanda; y “Mémoires d’un suicidé”, de Stéphanie Dongmo Djuka.

En cuanto al Caribe, creí que sería fácil dar con algún libro de cuentos sobre el terremoto de Haití del 2010, pero lo cierto es que en el tema impera la novela y la poesía. Finalmente, en una página en línea<sup>5</sup> que publica textos literarios –cuento, poesía, fragmentos

---

<sup>5</sup> La página en cuestión es *Potomitan.info*, cuyo principal objetivo es la promoción de las culturas, literaturas y las lenguas criollas.

de novela, proverbios, cuentos infantiles, leyendas, mitos, etcétera– de autores y autoras del Caribe, encontré un cuento publicado en tres partes. Este texto, aunque complicado por la presencia de un francés criollo, propone reflexiones de una gran riqueza para conceptos como *traducción, equivalencia y autotraducción*. El cuento del Caribe “Damida la petite Créole”, en específico la tercera parte: “La mort créolle et la veillée créole” de Maxette Olsson.

En todos los casos, los criterios de búsqueda se realizaron a partir de palabras clave: *Mort(e), assassinat, suicide, deuil, conte, nouvelle, parti(r), littérature*. En el caso del Caribe tuve que hacer la búsqueda de los términos en criollo, como, por ejemplo, *Lanmò* [la muerte]. Estas palabras, naturalmente, hacían que la búsqueda fuera muy limitada y que me perdiera de cuentos que no incluyeran la palabra en el título o la reseña. Pero la ventaja fue que la lectura que hice para la elección de los cuentos a traducir ha sido bajo la temática determinada.

### c) ORGANIZACIÓN DEL CORPUS

La estructura de un cuadro de organización comenzó antes de la conformación del corpus. Esto fue así porque las lecturas teóricas y mi idea de análisis de los textos, a la par de las hipótesis de investigación, ya me habían dado una directriz del tipo de textos y fenómenos que comentaría en la traducción.

Decidí crear un cuadro que me permitiera relacionar las unidades de traducción con ciertos fenómenos o ideas de traducción afines. Tomé como modelo los *problemas de traducción* que propone Hurtado Albir (2001) desde la lectura de Christiane Nord. El comienzo del cuadro se veía de la siguiente manera:

Figura 1

Unidad de traducción	Problemas de traducción	Dificultades de traducción
----------------------	-------------------------	----------------------------

Al realizar esta primera división en Figura 1, comprendí que era necesario crear una etiqueta superordinada a *problemas de traducción* y *dificultades de traducción*. Esta inquietud surge porque la autora ofrece una definición tautológica de ambos términos, utilizando la palabra “dificultad” para definir “problema de traducción” y “problema” para la definición de “dificultad de traducción” (Albir, 2001: 288).

Noté que era necesario buscar un término que englobara ambos y, además, que debería reformular la definición de esas categorías. La redefinición de los términos se propone porque la autora utiliza palabras como “subjetivo/objetivo” y “experiencia”, que, desde mi lectura e interpretación, no funcionan dado que son ideas de difícil medida y aplicación. Hurtado Albir define una “dificultad de traducción” como un problema subjetivo que depende de la habilidad y trayectoria de quien traduce. Aquí defino “dificultad de traducción” como el desafío que, si se resuelve una vez, en futuros desafíos parecidos se podrá solucionar de la misma –o casi de la misma– forma. Hurtado define “problema de traducción” como la dificultad objetiva que no depende de la experiencia del traductor. Y yo lo conceptualizo como el desafío que no tendrá un mismo procedimiento de solución en dos fragmentos o textos distintos, aunque el problema sea nombrado de la misma manera.

El cuadro tomó la siguiente forma:

Figura 2

	Desafío	
Unidad de traducción	Dificultad	Problema

Después añadí los “tipos de problemas de traducción” que propone Amparo Hurtado (2001). En el cuadro me interesa clasificar los tipos de los problemas porque considero que son los que proponen un apartado de análisis que relaciona la traducción con aspectos políticos, sociales y económicos reflejados en el uso de la(s) lengua(s). Considero “dificultades de traducción” como desafíos cuya observación y solución no aportan a las ideas de investigación en el presente trabajo, pero entiendo que el análisis de estos desafíos tiene mucho por aportar en trabajos sobre procesos de traducción y discusiones teóricas que se desarrollan en los *Thinking Aloud Protocols* (T.A.P.).

El cuadro quedó estructurado de la siguiente manera:

Figura 3

Unidad de traducción	Desafío		Tipo de problema			
	Dificultad	Problema	Lingüístico	Extralingüístico	Instrumental	Pragmático

Una vez identificado el problema, me propuse buscar conceptos que me ayudaran a solucionar. En la lectura de las *técnicas y estrategias de traducción*, que también propone Hurtado Albir, noté que su definición y forma de aplicación no funcionarían –en mi base de datos– para resolver y analizar las unidades de traducción.

Por ello recurrí a otros textos teóricos de la traducción que me ayudaron a conformar el resto de la base. Para la rúbrica *estrategias de traducción* tomé las definiciones que Lucyna Harmon propone en su texto *Translation Strategies, Techniques, and Equivalences in Critical Approach* (2019), basándose en Juliane House (1997) y para las técnicas de

traducción tomé la clasificación que hace Andrew Chesterman en *Memes of translation* (1997).

Las estrategias se dividen en dos: *overt translation* y *covert translation*. Ambas se centran en la cultura de la que parte el texto que se va a traducir y su diferencia está en qué tan explícita va a ser dicha cultura al momento de la traducción. *Overt translation* propone que una traducción deje ver la cultura del Texto fuente en el Texto meta, y *covert translation* que la traducción no contenga elementos culturales de alto impacto –como lo son el multilingüismo, las notas al pie, etc–. Es decir, esta clasificación me ayuda a tomar decisiones para el texto en su macroestructura, pensando en términos de cultura y no en términos de lectorado como se suele proponer desde otras teorías –Venuti, 1993; Hatim y Mason, 1997; House, 1977; Newmark, 1988– cuando utilizan términos como “extranjerización” y “adaptación”.

La clasificación de las técnicas de traducción de Chesterman me ayuda a tomar las decisiones de traducción en las unidades pequeñas –como palabras, oraciones o párrafos–.

El cuadro que se propone hasta este punto es el siguiente:

Figura 4

Unidad de traducción	Desafío		Tipo de problema				Estrategia de traducción		Técnica de traducción		
	Dificultad	Problema	Lingüístico	Extralingüístico	Instrumental	Pragmático	Covert	Overt	Sintáctica	Semántica	Pragmática

Lo último que decidí añadir al cuadro fue un área de comentarios, dividida en dos secciones: “comentario al texto traducido” y “comentario al proceso de la traducción”. Además, añadí un apartado de “referencia bibliográfica” para los textos encontrados en un formato impreso o con numeración de página.

El cuadro final resultó de la siguiente manera:

Figura 5

Unidad de traducción	Desafío		Tipo de problema				Estrategia de traducción		Técnica de traducción			Comentario	
	Dificultad	Problema	Lingüístico	Extralingüístico	Instrumental	Pragmático	Covert	Overt	Sintáctica	Semántica	Pragmática	Al texto	Al proceso

#### IV. OBJETIVOS DEL MÉTODO

Propongo este cuadro como un método de organización para las unidades de traducción que requieran un mayor espacio de análisis en cualquier traducción que se presuma como cultural. Además, éste ofrece un método para registrar la información que cada unidad aporta tanto al comentario de la traducción como a la reflexión teórica.

La unidad de traducción es marcada como un problema de traducción con sus respectivos tipos de problema. Después se registra el tipo de estrategia y técnica que se va a tomar con respecto a esta unidad. Después se añaden los comentarios que la unidad propone al proceso de traducción.

Muchas de las unidades de traducción en mi corpus están relacionadas con el plurilingüismo, la pluricultura, el excolonialismo y la autotraducción. Como se ejemplifica adelante:

Figura 6

	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N
1		Desafío		Tipo de problema			Estrategias		Técnicas de traducción			Comentario		
2	Unidad de traducción	Problema	Dificultad	Lingüístico	Extralingüístico (cultural-temático)	Instrumental (documentación)	Pragmático	Covert translation	Overt translation	Sintáctica	Semántica	Pragmática	Al texto	Al fenómeno de traducción
4	gutsembatsemba, un verbe qui était employé à propos des parasites et des chiens enragés qu'il fallait éradiquer et qui s'appliquait aux Tutsi.	X		X	X			X				X		Este texto está escrito en un francés parisino, con la introducción de términos y lugares en otra lengua, que se explican dentro del mismo texto. Este es un fenómeno de autotraducción muy interesante a discutir

En la Figura 6 se ejemplifica un fenómeno de autotraducción que es muy común en los textos africanos y del Caribe francófono. La idea de autores y autoras es presentar las raíces lingüísticas de su pensamiento dentro de la narración sin sacrificar una lengua que les promete más público lector y, por lo tanto, más distribución para denunciar y demostrar sus ideas. Es por ello que la discusión sobre el uso de la lengua francesa dentro de los ámbitos editoriales, y por tanto económicos, es tan valiosa en este trabajo de investigación.

Adelante muestro otro ejemplo del método:

Figura 7

	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N
1		Desafío		Tipo de problema			Estrategias		Técnicas de traducción			Comentario		
2	Unidad de traducción	Problema	Dificultad	Lingüístico	Extralingüístico (cultural-temático)	Instrumental (documentación)	Pragmático	Covert translation	Overt translation	Sintáctica	Semántica	Pragmática	Al texto	Al fenómeno de traducción
5	Sé palé twòp ki fè si krab pa ni tèt. (C'est trop parler qui occasionna au crabe son manque de tête.) Moï J'ai besoin de toute ma tête pour bien vieillir, était son affirmation.	X			X		X		X			X		Después de aprender a descifrar los elementos que no están traducidos en el texto original queda por resolver cómo traducir sin que se pierda el sentido de una lengua criolla dentro del relato.

La anterior idea sobre la autotraducción también se puede apreciar en la Figura 7, aunque hay una gran diferencia porque el criollo está presente en todo el cuento para validar las implicaciones políticas de escribir en la lengua materna, con su respectiva autotraducción al

francés. En el texto hay partes que no están traducidas al francés parisino, por lo que esto presenta una dificultad para el traductor/investigador.

Hasta el momento este método de trabajo me ha permitido seleccionar y analizar un total de 53 unidades de traducción de las cuales el 40 % son problemas de traducción, pero el 98% del total presenta al menos un tipo de comentario: al texto, al fenómeno de traducción o a ambos. Se ha omitido la repetición de todos los casos cuya aplicación sea idéntica en las rúbricas y que tengan los mismos comentarios, como sucede en el último texto escrito en una mezcla de francés criollo de Haití y francés metropolitano.

Los comentarios y aspectos trabajados en el cuadro se verán reflejados en el comentario y traducción de cada cuento.

## V. LAS UNIDADES DE TRADUCCIÓN. EL CULTUREMA

Uno de los retos en toda traducción comentada y/o anotada consiste en la selección de aquellas unidades que son de valor para el análisis. Dado que no todo en un texto se puede comentar, porque hay que ceñirse a parámetros que se relacionen con los intereses y objetivos de la investigación, es necesario fabricar<sup>6</sup> un conjunto de criterios que ayuden a delimitar el objeto de estudio

He decidido tomar aquí como “unidad de traducción” toda palabra, frase, oración, párrafo, forma o marca de estilo que contenga en sí una idea que se relacione con los problemas y dificultades de traducción desde un enfoque cultural. A dicha unidad de traducción la llamaremos “culturema”. Luque Nadal en su artículo llamado “Los culturemas:

---

<sup>6</sup> Digo fabricar porque considero que cada fenómeno y enfoque se crean de acuerdo con las inquietudes del investigador, con su institución, con su contexto y con posición político-social.

¿unidades lingüísticas, ideológicas o culturales?” (2009) hace un recorrido de la evolución del concepto *culturema* y lo define (Luque, 2009: 117) como:

un conjunto de unidades de información con las que nuestro cerebro cuenta para entender cómo es el mundo. Los culturemas son de muy diverso tipo. Unos son permanentes, otros coyunturales, incluso evanescentes. Hay numerosos culturemas que contienen dentro de sí una pequeña historia, un pequeño drama, una escena, que nos sirve para comparar o evaluar situaciones cotidianas.

Se puede considerar como culturema el nombre de un vestido o un platillo, también lo puede ser un pueblo, el dialecto de un personaje, pero también lo puede ser la forma en la que se presenta una canción, o el bilingüismo de un personaje, o incluso la manera y los tópicos que se utilizan para narrar una historia.

Los culturemas tienen dentro de sí posicionamientos sociopolíticos que deben ser tratados con mucho cuidado en la traducción, porque esas unidades generalmente sintetizan formas de pensar, ver y denunciar la realidad<sup>7</sup> opresiva, violenta.

Adelante muestro un par de ejemplos de culturemas:

Ejemplo 1 (Unidad 1, cuento 3)

Écrire pour observer la technologie du mythe,  
Ô siège universel des tout-puissants ermites.  
**Pa ni bwui !**

En Ejemplo 1 tenemos una doble problemática. La primera es la traducción de un canto, cuya dificultad radica en el ritmo, rima, fluidez. Pero el elemento más interesante de la unidad está

---

<sup>7</sup> Tymoczko (2003) define *elemento metonímico* como toda idea, palabra o expresión –pequeña y sutil– que sintetiza la cultura y tradición de la que parte el texto. Utilizar el concepto ayudaría a pensar los culturemas como una forma de resistencia.

en la mezcla de dos lenguas: el francés y el criollo antillano. Las reflexiones que este pequeño fragmento propone son vastas y van desde ideas de la visibilización de la pluriculturalidad en el texto meta hasta las estrategias por tomar para mantener el impacto visual e ideológico que provocan las lenguas en juego.

#### Ejemplo 2 (Unidad 7, cuento 2)

“Mais elle espérait encore, en tout cas, elle voulait savoir. Son père, sa mère, ses frères, ses sœurs, toute sa famille restée au **Rwanda**, il y en avait peut-être quelques-uns au moins qui étaient encore en vie, [...]”

En Ejemplo 2 vemos que el problema es histórico/geográfico. La problemática radica en pensar hasta qué punto el traductor está dispuesto a solucionar el texto para un lectorado mexicano. La intromisión dentro o fuera del texto podría afectar una intencionalidad política de la autora por no explicarlo todo y que el lector tome iniciativa de investigar sobre del genocidio en Ruanda. Esto propone una reflexión sobre el encargo de traducción y el público al que se dirige.

Este tipo de textos son interesantes cuando son confrontamos con los conceptos de Lucyna Harmon arriba mencionados.

Esta base de datos no fue creada para ser una herramienta de traducción que ayude a un ejercicio comparativo de versiones. Ésta permite, más bien, seleccionar los culturemas de los textos para organizar las propuestas teóricas que cada una de éstas plantea y para establecer la manera en la que se abarcará el proyecto de traducción y su comentario.

En este apartado se ha intentado explicar la construcción de un aparato que ayude a ordenar, comparar y analizar los datos del corpus apoyado una reflexión teórica de conceptos propios de los Estudios de traducción. Es necesario que el método se oriente a los resultados en su relación con las hipótesis y preguntas de investigación de cada proyecto.

La construcción de una base de datos –que se acompaña del análisis y comentarios a las unidades de una traducción, o *culturemas*– tiene algunas ventajas. La primera es la esquematización de la información que ayuda a precisar lo estudiado, además de que arroja una bitácora de ideas que pueden ser relacionadas con mayor inmediatez. La segunda es que provee de un aparato que ayuda a tomar decisiones de traducción para proyectos globales. Es decir, permite tener una visión íntegra de los fenómenos más representativos de cada texto, para así dirigir el proyecto de traducción acorde a las necesidades tanto de la cultura de la que parte el texto como las necesidades del texto de la cultura meta.

### **CAPÍTULO 3. UNA LENGUA DOMINANTE EN PAÍSES DOMINADOS**

#### **1. LA AUTOTRADUCCIÓN**

Antes de abordar las traducciones y su comentario, quisiera analizar cómo el plurilingüismo plantea una primera escritura-(auto)traducción en la literatura africana y caribeña en francés y las problemáticas que ese tipo de textos produce al momento de traducir.

Considero que los textos literarios, ya sea en prosa o en verso, en la mayoría de las zonas francófonas pueden generar una diversidad de opciones con respecto al uso de las lenguas y la visibilización de culturas. Primero en la escritura del texto fuente y luego en una traducción.

Considero que hay tres formas de posicionarse frente al plurilingüismo. En primer lugar, están aquellos que se niegan a escribir en la lengua de los antiguos colonizadores. Su postura tiene dos puntos de anclaje, el político y el lingüístico. Desde el punto de vista político, escribir en la lengua materna indica una resistencia a los procesos violentos de colonización del pasado. Además, es muestra de un fuerte apego a las culturas y lenguas de las que nacen, crecen y parten. Lingüísticamente, su postura se justifica si se analiza desde un enfoque semántico: cada lengua representa una realidad y no sería desatinado decir que es casi imposible que dos o más lenguas puedan representar de manera íntegra una misma realidad, lo que nos lleva nuevamente a la imposibilidad de la equivalencia en la traducción.

El escritor, periodista y traductor keniano Ngugi wa Thiong'o, que escribe en kikuyu, su lengua materna, se ha lamentado en múltiples ocasiones de que los intelectuales africanos

se expresen en francés o en inglés en lugar de hacerlo en sus lenguas maternas, pues, indica es una nueva victoria para los colonizadores<sup>8</sup>. Así mismo, Najib Reduane, en su artículo “La Littérature maghrébine d'expression française au carrefour des cultures et des langues” (1998), hace una descripción de la opinión y uso de la lengua francesa como medio de escritura en el Magreb pre, peri y postcolonial. Señala que algunos autores se posicionan frente a las lenguas de manera diferente en la lengua materna, el francés, el inglés y el árabe. Las preferencias de cada lengua, con su respectivo posicionamiento político demuestran que hay lugares, como Argelia, donde ha existido un fuerte rechazo a la lengua del antiguo colonizador, pues la lengua siempre se relaciona con ideas de poder, como lo he mencionado en capítulos anteriores. Reduane dice que (1998: 85) “*le contenu des œuvres écrites en français [est] trop subversif, trop engagé et l'adoption de la langue de l'ancien colonisateur [est] comme une 'paria', associée au néo-colonialisme*”. Paria por traición lingüística y de identidad.

En segundo lugar, está la escritura que adopta una lengua que no es la materna. Es decir, quienes escriben completamente en francés. Estos textos dan la ilusión de que los escritores y escritoras han nacido en Francia y que se han formado totalmente dentro de un pensamiento occidental eurocentrado. Elegir otra lengua que no es la materna es práctico para expresar ideas que ya no pertenecen a la cultura de la que partieron estos escritores.

La tercera vía –la que me interesa problematizar– es la mixtura y presencia de varias lenguas y culturas. En esa forma de escribir literatura encuentro, al menos, tres alternativas.

---

<sup>8</sup> Ha mencionado, así mismo, que un monolingüismo que no tiene raíces en la lengua o cultura materna es una manera de esclavizar(se). Estas ideas se pueden revisar en textos y entrevistas publicadas por revistas como *Los Angeles Review of Books* o *Jeune Afrique*.

La primera es una mezcla de lenguas, en las que una de ellas predomina la lengua materna. Aunque en este nivel los ejemplos provendrían de lenguas con cierto estatus literario internacional. Tomo como ejemplo la literatura rusa del siglo XVIII. El uso del francés en esa literatura pretendía, como uno de sus objetivos, trasladar el campo intelectual ruso al francés, así como el guiño a la admiración por el estilo y la escritura francesa, por lo que la incorporación de pequeñas frases, palabras en el idioma extranjero, promovía la pluriculturalidad y el bilingüismo, así como la admiración por la cultura otra.

La segunda alternativa es la escritura en la lengua extranjera con pequeñas intromisiones de la lengua materna. Es aquí donde se posiciona una vasta producción de escritoras y escritores africanos de la actualidad. Tomo como ejemplo los textos a traducir en el presente trabajo y, además, novelistas como Mohamed Mbougar Sarr, Abdellah Taïa, Scholastique Mukasonga y Djaili Amadou Amal. Todos escriben en francés con una presencia a veces mayor, a veces menor, de elementos lingüísticos –palabras, frases, nombres, locaciones, conceptos, etc.– de la lengua materna. Creo que el plurilingüismo tiene una doble funcionalidad: la exotización del texto –que desde mi punto de vista es lo que busca una parte de la industria editorial, como *Éditions du Seuil*, *Gallimard* o *Grasset*–, la representación y la visibilización de una cultura poco conocida.

Para desarrollar esta última idea, me remito al concepto de *metonimia de la traducción* de Maria Tymoczko (1999), que se relaciona con el concepto *culturema*. Tymoczko opina que la traducción ya no debería ser pensada como un proceso metafórico. Es decir, la traducción como un proceso de selección y sustitución que relaciona ambos textos como *equivalentes*, producto de una acción casi mecánica, de diccionario. Opta, más bien por pensar la traducción desde un enfoque metonímico. De esa manera, la traducción es una

representación que imbrica combinaciones y conexiones históricas, semánticas, políticas. Lo cual implica que la traducción es un acto de contextualización que –con ayuda de paratextos, como el comentario, las notas, los prefacios, etc.– intenta explicar, mostrar o demostrar los elementos culturales de un determinado texto. La metonimia de la traducción me ayuda a ver los culturemas como visibilización y representación de la lengua y cultura, así como una forma de resistencia lingüística frente a escribir en una lengua de mayor prestigio.

Como ejemplo, Scholastique Mukasonga, al comienzo del cuento “Le deuil”, explica que la palabra “genocidio” no evoca una imagen apropiada para la exiliada tutsi –personaje principal–, pero que conoce otra que ya se aplicaba a lo que pasaba en Ruanda:

[...] *gutsembatsemba, un verbe qui était employé à propos des parasites et des chiens enragés qu’il fallait éradiquer et qui s’appliquait aux Tutsis [...]*<sup>9</sup>

Este culturema expresado en una sola palabra, *gutsembatsemba* –en kinyarwanda, lengua de Ruanda–, funciona como una representación. Demuestra que la palabra correcta para hablar del genocidio está en la realidad, y por ende en la lengua, de las personas que experimentan el suceso. También indica al lector que el texto ha sido, en realidad pensado en otra lengua. Esta simple intromisión de la palabra *gutsembatsemba* sitúa el cuento en un contexto determinado, por lo que el resto de las palabras en francés construyen una realidad diferente sin que éstas lo expresen de manera explícita. Es decir, ya se puede pensar en un tipo de vestimenta, de comida, de conflicto entre lenguas y religiones, en una geografía determinada, en un prototipo de rostro facial y un largo etcétera.

---

<sup>9</sup> Las referencias a los cuentos en francés se pueden encontrar en el apartado Anexo II.

Además, como se muestra en el ejemplo anterior, este caso demuestra autotraducción, muy característica en la literatura contemporánea escrita en francés desde las marginalidades literarias. La autotraducción va en dos sentidos: el del uso de una lengua que no es la materna –por lo que el proceso creativo ya se visualiza como una primera traducción– y la autotraducción de elementos puntuales como el visto con la palabra *gutsembatsemba*. La autora no tiene la intención de dejar la palabra como un elemento extraño, exótico, que los lectores deban buscar y encontrar significado fuera de la narración. La palabra está ahí, y se explica su significado inmediatamente. Por ello considero que la función principal del fenómeno plurilingüístico y de autotraducción es la denuncia de la masacre; y también redirigir el sentido del resto de las palabras en francés. El campo semántico del cuento se modifica gracias a esa pequeña intromisión de la lengua materna.

“Genocidio” y *gutsembatsemba*, aunque parecen hablar de lo mismo –el exterminio de un grupo determinado–, tienen una diferencia esencial: lo vil, lo corrompido. Para lograr enunciar esta diferencia, ha sido necesario explicar con una palabra en otra lengua, porque el francés no habría bastado para darle los matices necesarios.

Ante esto me pregunto, ¿qué tanto más se sacrifica en la autotraducción? ¿Cómo recuperar lo implícito en una traducción con tales características?

Una tercera vía es aquella en la que dos o más lenguas tienen más o menos la misma presencia en un texto. Y con ello no me refiero solamente a que haya un porcentaje equilibrado en la aparición de las lenguas, sino también en su importancia. El fragmento traducido “La Mort Créole et la Veillée Créole”, de Maxette Olsson, lo ejemplifica, pues hay una significativa intromisión del criollo antillano mezclado en una narración en francés. Esta

mezcla es muestra de una necesidad por representar a un país tal y como es: un lugar transcultural<sup>10</sup>. Como tal, la presencia de varias lenguas es imperativa.

Es interesante la cita que la autora rescata como epílogo para el inicio de su primera parte del cuento. A partir de *Éloge de la créolité - In Praise of Creolness* –edición bilingüe publicada por Gallimard– de J. Barnabé, P. Chamoiseau y R. Confiant, Maxette Olsson se posiciona como escritora e intelectual que está a favor de su realidad transcultural:

*Notre première richesse, à nous écrivains créoles, est de posséder plusieurs langues : le créole, français, anglais, portugais, espagnol, etc. Il s'agit maintenant d'accepter ce bilinguisme potentiel et de sortir des usages contraints que nous avons. De ce terreau, faire lever sa parole. De ces langues bâtir notre langage.*

Esa mezcla de lenguas se refleja en la variedad de cuentos y poemas que Olsson ha publicado, en la que la lengua criolla es expresada como una lengua tan importante como las demás. La cuestión es cómo hacer ver a los lectores este posicionamiento. La estrategia de Olsson es hacer un texto en francés y criollo, con glosas al francés para que el texto sea comprendido por lectores del francés. Considero que es otra manera de ejercer el fenómeno de autotraducción. Muestro un ejemplo:

*Chaleureuse, fascinante et prohibée dans les années soixante, cette artère était le centre folklorique de la Belle-Terre. "Sa ki pa konèt Bad-la-Sous pa konnèt Bèltè". (Ceux qui ne connaissent pas Bas-de-Source ne connaissent pas la Belle-Terre.)*

---

<sup>10</sup> En términos de Gil Pascal (2023: 94) “*La transculturalité se caractériserait par des transformations culturelles pleinement dégagées de tout impératif de territorialité, de sorte que les mutations surviennent de part et d'autre du contact culturel tout à fait indépendantes des limites qu'impose le contrôle symbolique de l'espace collectif.*”

Lo interesante de la glosa es que la escritora funge como traductora. No obstante, esta traducción –en el texto fuente– provoca diversos cuestionamientos al momento de traducir. La certeza sobre la glosa o los juegos lingüísticos entre ambas lenguas son algunos de ellos. En el caso en el que el traductor no conozca el resto de las lenguas en un texto, lo ideal es corroborar con una fuente nativa –o diccionarios bilingües, repositorios, etcétera– que, en efecto, se trata de una glosa. De no ser glosa, la traducción se vería confrontada por un problema de traducción. Porque, ¿cómo recuperar el juego literario entre dos o más lenguas? ¿Se prioriza la función lingüística, el efecto del plurilingüismo, el sentido del texto, la función política? ¿Habría que adaptar, trasladar o suprimir el contexto fuente? ¿La traducción sería una adaptación o un ejercicio libre? O bien, ¿se hace explícita la convivencia, el conflicto entre las lenguas?

Esa doble división de las formas de posicionarse sobre las lenguas en la escritura de África y del Caribe me conduce a una variedad de cuestionamientos sobre la forma en la que se debe traducir un texto plurilingüe, pluricultural, proveniente de países marginados –sobre todo, en la esfera literaria.

El Hadji Amadou Ndoeye, en su libro *África más allá del tópico* (2015), explica la razón de algunas de las ideas previamente mencionadas. El texto –publicado en Islas Canarias– propone un análisis económico, político y literario de la escritura en múltiples lenguas, que aplica a la mayoría de los países con historia de colonización, principalmente europea.

El autor dice que, en la actualidad, se ha descubierto que existen nuevas formas –algunas más sutiles que otras– de prolongar los procesos de colonización. Una de ellas es

el uso de la lengua del antiguo colonizador. Hacerlo así tiene un fondo pragmático, casi utilitarista, porque:

¿Cómo podrá el escritor africano enseñar las montañas rusas de sus riquezas comerciales cuando en el mundo unipolar en que vivimos casi todo depende de las leyes escritas y no escritas de un mercado leonino? Es en este contexto, arduo, por cierto, en el que el escritor debe aportar chispas de luz para encender la hoguera de la humanidad que es plural, multilingüe, multiconfesional y multicultural. (Amadou, 2015: 86)

Asimismo, además de una decisión meramente pragmática, escribir en la lengua del antiguo colonizador, el francés en este caso, tiene connotaciones éticas e identitarias<sup>11</sup>. Cuando los y las escritoras africanas (y del Caribe, Canadá, u otras zonas francófonas) deciden escribir en un francés metropolitano, dejando de lado la lengua materna, se confrontan a “la paradoja de tener que rehacer su experiencia a través de la misma lengua que negó su existencia e identidad” (Amadou, 2015: 86). Pero ya hemos visto que la tarea es difícil, porque el francés no funciona completamente en contextos donde no se desarrolló –o adquirió– la lengua de manera natural.

Amadou ejemplifica la idea anterior con el caso de la literatura senegalesa. Dice que “en Senegal es habitual lo sobrenatural. A la enfermedad, la desgracia, la muerte, se le puede atribuir un origen y una causa sobrenatural” (Amadou, 2015: 138) y que “el animismo sigue

---

<sup>11</sup> Anthony Appia asegura (2002: 227) que “las identidades son complejas y múltiples y surgen de una historia de respuestas cambiantes a las fuerzas económicas, políticas y culturales, casi siempre en oposición a otras identidades”. Creo que es importante reconocer las estrategias que estos escritores han tomado para dar(se) a conocer. Si bien a la literatura africana contemporánea no le interesa tanto, como sí en el siglo XX, definir o defender su identidad y lenguas, existe una manera sutil de recordar al lector que se trata de cierta cultura, cierto pueblo y cierta lengua materna. Coordino las ideas de Appia con el posicionamiento de Pym y Tymoczko sobre la traducción como un proceso de contextualización, historia y representación.

vivo en África y lo sobrenatural es diario... Plantas, árboles y objetos parecen poseer un alma y actuar de forma autónoma... Las divinidades africanas viven en la naturaleza. Tienen sus moradas en árboles, ríos y bosques, lugares sagrados.” (Amadou, 2015: 98)

Esto quiere decir que expresar por escrito una realidad africana es complicado porque los elementos léxicos del francés no funcionan. No es que el francés sea incompetente; tampoco se trata de demostrar que la lengua materna es la lengua en la que siempre se debe escribir. Más bien, el uso de cada lengua tiene una función<sup>12</sup>. La presencia de varias lenguas en un texto literario tiene una función también. Amadou cita a autores que promueven el uso de la lengua materna para expresar la realidad que le pertenece (2015: 141): “Cheikh Aliou N, Ousmane Sambène y Boris D. tienen la convicción de que una identidad gira sobre sí misma, en una especie de vacío, si no se expresa en su propio idioma.”

Además de la falsa y casi imposible equivalencia lingüística, Amadou añade que “se da la circunstancia de que la cultura extranjera produce valores que se oponen a los de la cultura indígena. Situados en la encrucijada de dos culturas, muchos intelectuales sufren, vacilan, reniegan de sí mismos o se ven atraídos en direcciones contrarias.” (Amadou, 2015: 128)

No obstante, el francés tiene –más allá de un enfoque de desprecio por la lengua y cultura propia, como lo menciona Amadou (2015: 116-117)– una función práctica que aún no logran obtener las lenguas de África y el criollo del Caribe: el alcance de la lectura.

---

<sup>12</sup> Najib Reduane (1998) menciona que algunos autores afirman que el árabe es una lengua de religión, la lengua del Corán, ya que es complicado crear una literatura en esta lengua, más que nada cuando se tratan temas tabúes. Hay otros países, como Argelia, donde hay autores que, al contrario, demuestran un fuerte rechazo a la lengua del antiguo colonizador.

Porque, añade Amadou (Amadou, 2015: 89), “¿quién comprará y leerá los libros para incentivar al escritor en su labor creadora si la salud es un problema y no mejora el poder adquisitivo de los eventuales candidatos a la lectura?” Escribir en francés tiene un objetivo de expansión del público lector, de aceptación dentro del sistema literario mundial y, además, funciona como una herramienta más eficaz para denunciar y representar las problemáticas del entorno cultural, así como para proponer una nueva manera de entender el entorno caribeño y africano. Porque, cuando Amadou habla de la literatura senegalesa (2015: 141), habla en realidad del contexto africano general, “a la literatura senegalesa le quedan unos obstáculos que superar: el número de lectores a causa del analfabetismo relativamente elevado (un 40% como mínimo) y la flaqueza del poder adquisitivo, la distribución de las obras y el problema del idioma” (Amadou, 2015: 141).

¿Por qué comprarían un libro cuando existen necesidades básicas de mayor urgencia? Y, como escritores, ¿qué objeto tiene publicar un libro con un público lector limitado? Quien lo haga así, es claro que no pretende buscar fama o una alta remuneración. Y quizá estará de acuerdo en que su texto lo lean pocas personas, debido al analfabetismo. No obstante, la lectura en voz alta siempre será un medio para salvaguardar las historias que estos autores quieren mostrar a una comunidad lectora así delimitada.

Ante esto, escritores y escritoras piensan en el plurilingüismo como una manera de enfrentar dicha problemática. Representado en mayor o menor medida, según la intencionalidad y función literaria. Aunque Amadou resalta que (2015: 118) “De aquel choque de los dos enfoques que dividen al mismo ser nacen sentimientos como la mala conciencia, el descontento íntimo, la defraudación...”, otra manera de ver este fenómeno es, reconociéndose producto de un número “n” de culturas y lenguas, abrazar la identidad plural.

No pretendo decir que los procesos violentos por los que ha pasado una excolonia tengan una faceta positiva. Lo que intento decir es que, como lo anunciaba Maxette Olsson, se puede hacer del plurilingüismo una herramienta para decirle al mundo lo que es difícil escuchar –o leer–, por ejemplo, en criollo haitiano, kiñaruanda, afrikáans, yuandé, bulú, y otros cientos de lenguas que poco se aprenden, estudian y de las que poco se traduce.

Al respecto, Amadou se lamenta, también que en África se estudie a Europa y a América Latina, pero no al revés (2015: 89): “en Senegal tenemos trabajos monográficos sobre autores como Machado de Asís, Vargas Llosa y hasta tesis sobre Jorge Amado. ¿En qué universidades brasileñas o argentinas se estudia la literatura congoleña o marroquí?”

Creo que este trabajo forma parte de un enfoque académico que se esfuerza por analizar, aprender y traducir textos de lugares tan lejanos –en lenguas y culturas– al contexto literario mexicano actual.

## 2. CONSAGRACIÓN LITERARIA Y PREMIOS

En este punto, considero importante recordar que el francés es utilizado como una herramienta para entrar en el sistema literario mundial, es decir como una forma de consagrarse en la literatura. Esto me obliga a hacer una relación con la sociología de Pierre Bourdieu. No obstante, ya hay algunos trabajos que han logrado relacionar las ideas de “acumulación de capital literario”, “bienes simbólicos”, procesos de “consagración”, *habitus*,

etc., con los estudios de la traducción. Entre otros, destaco a Pascale Casanova (2002 y 2005), Jean-Marc Gouanvic (2010) y Laura Fóllica (2013).

Casanova (2002) propone conceptos por duplas. Primero muestra el concepto “literatura” al que se le pueden adjuntar otros como “nacional” e “internacional” y a estos todavía añadir “dominada” y “dominante”. Trabaja estos conceptos para hablar de la consagración de los textos literarios y formación de capital literario por medio del acto traductor. De manera concisa dice que la consagración de los textos es un proceso fuertemente ligado a las políticas, conexiones y venia de aquellas entidades (inter)nacionales que definen qué es literatura y qué no lo es. En estos procesos hay un fuerte impacto dependiendo de tres factores –que anuncia como una propuesta de metodología de estudio–: las lenguas que se trabajan, el autor que se traduce y quién traduce. A esto se suman las instancias que forman parte del engranaje literario, como las editoriales, las instituciones privadas y gubernamentales. Todo ello se basa en la idea de prestigio o “consagración”.

En este trabajo me he centrado solamente en las lenguas y en definir desde donde traduzco, porque estudiar el campo editorial llevaría a otro tipo de cuestionamientos.

Me parece interesante la diferenciación que hace Casanova entre la literatura nacional e internacional y la dominante y dominada. En este trabajo me gustaría trasladar estos conceptos a la lengua, para catalogar a la literatura escrita en francés no metropolitana.

Tanto la lengua como la literatura francesa ocupan un lugar importante en su esfera nacional y en la internacional. Por ello puedo decir que el francés es una lengua dominante –incluso en rúbricas como la economía, la política, etcétera–, así como su literatura. La literatura francesa dominante dentro del sistema literario mundial es ejemplificada con la alta

presencia e importancia a nivel global durante siglos. Escribir en francés ha sido una herramienta para entrar a este alto nivel de la literatura. Al respecto, Reduane afirma que la literatura del Magreb ha conocido auge gracias a pertenecer al sistema francés: “*cette littérature continue à tenir une place majeure dans la littérature de la francophonie et féconde dans la culture maghrébine, à côté de la littérature d’expression arabe et de la littérature populaire orale*” (Reduane, 1998: 84). Y después añade: “la force et le devenir de la littérature maghrébine se fondent sur le statut privilégié dont elle bénéficie de plus en plus dans les littératures francophones” (Reduane, 1998: 89).

Ahora bien, ¿todo lo que está escrito en francés entra en el sistema internacional dominante de la literatura?

Los cuentos traducidos de Ruanda, Camerún y Guadalupe, en realidad podrían ser erróneamente llamados literatura dominante, por estar escritos en francés, una lengua dominante. Sin embargo, como ya lo he revisado en capítulos anteriores, no es el mismo francés. Sí, esta lengua confiere una mayor probabilidad de éxito en el sistema literario al que podrían obtener si estuvieran escritos en la lengua materna. No obstante, el simple hecho de tratarse de una variante lingüística, o bien, un dialecto, hace que su estatus sea diferente.

Yo creo que, en realidad, me enfrento a una literatura escrita en una lengua dominante, pero de carácter dominado –por la variante, el dialecto–, pero que tiene la oportunidad de ser posicionada en un sistema dominante.

La literatura francesa dominante debe pasar por un proceso de selección y consagración determinada por la élite literaria de Francia que decida qué textos se van a considerar como literatura francesa y cuáles no. El proceso de consagración más común, y el

que Fólica (2013) propone estudiar, junto a la producción editorial, es el concurso literario, cuyo ejemplo más reconocido en Francia es el Premio Goncourt.

Otro método de consagración es que un autor o autora de renombre comente, cite o reseñe obras desconocidas de lenguas extranjeras. Otro, la importación de textos literarios por medio de la traducción. Al respecto Pierre Bourdieu dice que (2002: 4) “*le transfert d’un champ national à un autre se fait à travers une série d’opérations sociales, une opération de sélection [...] et marquage.*” Es decir, si una obra puede circular en distintos sistemas literarios, es solamente gracias al reconocimiento –por parte del otro, Francia– del valor de la cultura que se traduce. Pensando en términos de aporte y aumento de capital simbólico.

El capital simbólico literario es el que más se puede apreciar incluso en los títulos que llegan a las librerías en México. En las cadenas de librerías como Gandhi, El Sótano, El Péndulo, etcétera –es decir, librerías que no sean de uso y cuya venta incluya la importación de textos en francés– es fácil encontrar algunos títulos de literatura universal escrita –o traducida– en francés y, además, los títulos de los galardonados y galardonadas de premios como el Goncourt. Y es gracias a la importancia de ese premio que hemos podido tener un acceso en francés a autores como Mohamed Mbougar Sarr (Senegal) o Djaili Amadou Amal (Camerún). De no ser por los premios, es complicado que estos nombres lleguen a una esfera internacional y quizá no serían conocidos en México, ni a manera de traducción ni en sus lenguas originales.

La traducción es, entonces, una manera de consagrar una obra para introducirla a un sistema literario determinado. Jean-Marc Gouanvic (2010) estudia la forma en la que las traducciones funcionan como medios para adquirir un bien simbólico –definido por Fólica

(2013) como aquellos bienes que poseen un valor no sólo económico sino también y, sobre todo, simbólico, operando como marca de distinción del poseedor–, en términos bourdieusianos. Dice que la traducción permite “moverse (y transformarse) más allá de las fronteras culturales y lingüísticas en las que se producen” (Guanvic, 2020: 124). Es decir, la traducción juega un papel esencial en la circulación de las ideas a nivel mundial. Y después añade: “sin embargo, en la traducción, el hecho de importar un bien simbólico en una cultura receptora contiene otro factor determinante vinculado al capital simbólico, que está relacionado con las obras importadas y la legitimidad global de la lengua/cultura de origen” (Guanvic, 2020: 12).

Aunque creo que esta última afirmación de Gouanvic denota una forma de pensar a la traducción como una actividad hegemónica. Decir que una traducción sólo proviene de, o beneficia a, culturas y lenguas de alta jerarquía<sup>13</sup> está en contra de la perspectiva de la traducción postcolonial, por ejemplo, o la traducción cultural de los años 2010, que presentan a la cultura marginada como una unidad de gran valor, pues su literatura tiene mucho que mostrar, enseñar y denunciar sobre nuestra manera de entender, no sólo la literatura, sino la traducción, la historia, la sociología.

Esta manera de entender la traducción también es cuestionada por Fólica. Para reforzar la antítesis que propongo sobre Guanvic, Fólica (2013: 68) dice que la traducción solía ser considerada como “un transfert de valeur et un apport au capital national (apport de prestige, de pouvoir, de puissance et de volume) qu’elle était presque explicitement décrite comme tels”. Algo que la literatura francesa intenta hacer con cualquier producción literaria

---

<sup>13</sup> Como también lo formula Pym en su libro *Method in translation History* (1998: 135), cuando asegura que algunas lenguas tienen mayor valor de autoridad.

de la francofonía. Es decir, etiqueta “literatura francesa”, por medio de la lengua, la producción literaria de otros países.

En su texto *Campo de poder y campo intelectual*, Bourdieu propone dejar de lado los estudios autobiográficos de los autores literarios si estos no pasan primero por el estudio del sistema en el que están insertos. Esto invita a que toda obra está “en el interior de un campo intelectual que, a su vez, ocupa una determinada posición en el campo de poder” (Bourdieu, 1983:15).

El campo intelectual al que pertenecen los textos que adelante se traducen y comentan es variado. Las autoras de Camerún y Guadalupe son poco conocidas y han publicado en editoriales locales, en páginas web o editoriales francesas poco conocidas. Algo muy diferente ocurre con Mukasonga, que ya ha sido galardonada por múltiples premios franceses y publicada en editoriales, como Gallimard. No obstante, ninguno de los cuentos ha sido traducido al español, y han sido poco, o nulamente, estudiados desde la academia, porque, reitero, se trata de literatura dominante dentro de una variante de lengua dominada.

Casanova (2015) y Fóllica (2013) señalan que, ante este tipo de textos, es importante redefinir conceptos como *fidelidad*, *equivalencia* y *función de un texto literario*. Casanova, por ejemplo, dice que una buena traducción no es una traducción fiel, “*si la ‘fidélité’ est conçue comme la translation la plus proche possible de l’original*” (Cassanova, 2015: 67), pues traducción siempre ha sido vista como una conquista, como una muestra de poder al lograr asir y transformar el texto original, al adaptarlo y reconstruirlo.

Pierre Bourdieu habla explícitamente sobre la traducción en un pequeño texto, usado como conferencia el 30 de octubre de 1989 en la inauguración del Frankreich-Zentrum de la

Universidad de Friburgo. En ésta, el sociólogo trata puntos muy interesantes como las ventajas de la lectura de lo extranjero por encima de lo local –como la libertad de lectura (Bourdieu, 2002: 4)–; que el proceso de selección de un texto a traducir forma parte de una toma de posicionamiento en el campo literario al que pertenece el traductor, el cual puede ser consciente o no (Bourdieu, 2002: 5) y, además, que una traducción sólo se puede comprender si es vista dentro de un complejo internacional de posiciones políticas, académicas, literarias, etcétera.

En esta conferencia Bourdieu afirma, además, que un error en la importación de los textos a través de la traducción es que llegan sin contexto, y por lo tanto pueden llegar a ser malentendidos o poco comprendidos. Los prefacios, la portada, son algunas maneras de transmitir capital simbólico. La traducción comentada es otra de estas herramientas que ayudan a que la importación de capital simbólico tenga una propuesta de traducción tangible, lo cual nos permite abordar la definición del proyecto de traducción.

En el siguiente apartado retomaré conceptos de la Traducción cultural, y del apartado metodológico, que considero pertinentes para la presente traducción comentada. Además, mencionaré las decisiones tomadas al respecto del plurilingüismo, la manera de presentar las traducciones, las razones de una traducción comentada y no anotada, así como los aportes del estudio previo para los Estudios de la traducción. También definiré mi posicionamiento como traductor mexicano, que traduce desde una perspectiva académica, política y cultural determinada.

## CAPÍTULO 4. TRADUCCIÓN COMENTADA

### 1. PROYECTO DE TRADUCCIÓN

El eje fundamental que orienta las decisiones, estrategias y técnicas en este proyecto de traducción se centra en las características de la “Traducción cultural”, que prioriza la preservación de la intención y el contexto del texto original. Surge una cuestión crucial: ¿Por qué es esencial, en este trabajo, adoptar tal enfoque cultural en la traducción?

Los tres cuentos que se presentan aquí, acompañados de su respectivo comentario y traducción, constituyen un ejercicio de visibilización en el que la escritura actúa como un medio –e incluso como una herramienta– para combatir diversas formas de opresión política, lingüística, cultural y social. El uso de técnicas literarias y lingüísticas para expresar la cultura demuestra que las características culturales propias han resistido a ser absorbidas por otras fuerzas, tales como guerras, capitalismo, colonización, censura o exterminio. Es responsabilidad del traductor manifestar esas intenciones de manera efectiva.

El enfoque en la traducción cultural ofrece la oportunidad de brindar a estas autoras –y a otros escritores y escritoras de la periferia francófona, particularmente en el ámbito literario– la posibilidad de expandir su discurso.

Este discurso resulta novedoso –o incluso fresco– para nosotros, lectores mexicanos de literatura africana y caribeña escrita en otras lenguas. Aunque los tres cuentos tienen elementos ya familiares –gracias a películas, mitos, noticias–, la forma en que se desarrollan– implícitamente en la autotraducción o en la sintaxis, y explícitamente en las sugerencias y

los juegos léxicos y de formato– invita a reflexiones que pueden ser relevantes para los estudios y la práctica de la traducción.

Como se ha discutido en apartados previos, dicho enfoque traductológico desplaza la atención del concepto de “traducir, a partir de un texto fuente, un texto meta” hacia un enfoque cultural: cultura fuente y cultura meta. Este cambio de enfoque define el plan –o proyecto– de traducción.

En el ámbito académico, el comentario añadido a la traducción permite la inclusión de elementos que, por ejemplo, son poco viables en el ámbito editorial, como las explicaciones, la inclusión o exclusión de notas al pie –cuya eliminación se detallará más adelante–, ajuste de características que se dirigen al público lector, entre otros aspectos.

El comentario, que precederá a las traducciones, se enmarca en el concepto de *third space* propuesto por Homi Bhabha (1994), un espacio donde las culturas se mezclan e hibridan para (re)definir sus identidades. Aquí no solo se discute la identidad de las autoras, sino también la de los personajes, del traductor y del lector destinatario. Este espacio es el único propuesto para la negociación de conceptos, ideas, procesos y técnicas empleadas para trasladar el texto al español. La presencia de otras lenguas en la traducción altera la lectura habitual en un contexto mexicano y esta propuesta busca mantener la intención del texto original, como lo proponen los acercamientos *Synthesis*, revisados en el primer capítulo.

La traducción se basa en la estrategia de la *overt translation* (Harmon, 2019), que se enfoca en que una traducción revele la cultura del texto fuente en el texto meta. Mi objetivo es centrarme en los aspectos culturales –o culturemas– lingüísticos de cada cuento para presentarlos, en lo posible, en su forma más acercada a la obra original.<sup>14</sup> Es crucial señalar

---

<sup>14</sup> Que no se confunda este ejercicio como un intento más de causar extrañeza en la lectura. Más bien se busca llevar al público lector a una impresión –casi– parecida a la que se obtiene al leer el texto por primera vez. El

que *overt translation* y extranjerización no son sinónimos, aunque puedan parecerlo en ciertos contextos.

La extranjerización<sup>15</sup> se enfoca en una traducción orientada al público lector, buscando facilitar el acceso a una cultura diferente, a menudo presentada como exótica. En contraste, la *overt translation* se enfoca en resaltar y mantener los aspectos culturales del texto para presentarlos como una expresión cultural que posee un valor inherente más allá de lo exótico. Esta traducción busca integrar elementos culturales sin forzarlos a una comparación con la cultura receptora, destacando su ingenio y el juego literario, ideológico y/o lingüístico, en lugar de presentar dichos elementos como algo extraño o exótico, como algo que se puede vender, ofrecer, por sus características de rareza. Creo que las culturas otras y, en particular, las tan lejanas a nuestro contexto mexicano, tienen más que ofrecer fuera de un impresionismo por las tradiciones, comidas o tabúes desconocidos para nosotros. Creo que la traducción cultural debe tomar estos elementos para dejar ver ideologías en sí. A continuación, se detallan las acciones concretas en la traducción.

El texto y su disposición en párrafos se mantienen exactamente igual a los cuentos originales. No obstante, he adaptado la tipografía en discursos y diálogos para hacerla más accesible para el lector. Las versiones en francés suelen utilizar comillas para iniciar diálogos y yo he decidido usar directamente el guion.

He decidido eliminar las notas al pie para presentar los cuentos como lo serían para un lector de francés, buscando mantener el mismo efecto frente a elementos como léxico y

---

traductor espera que esta decisión no cause una mala impresión o que se confunda con una mala ejecución del proceso de traducción.

<sup>15</sup> Y la domesticación, que considero un ejercicio que violenta los principios de la traducción cultural. Además, vuelvo a mencionar que mi posicionamiento ante la domesticación también va en contra de una traducción de traducción en México. Comprendo la necesidad de presentar un texto al lector mexicano lo más próximo a su cultura y su realidad, pero también considero importante demostrar que ya es tiempo de considerar otras estrategias de traducción para otorgar a la lectura –y, luego, escritura– nuevas formas de concebir la literatura.

construcciones sintácticas inusuales. Las explicaciones que normalmente se colocarían en notas al pie se incluirán en el comentario a la traducción de cada cuento. El único uso de notas al pie será para señalar si un elemento tipográfico es de la autora o del traductor.

En adelante, solo se traducirá del francés al español. Todo léxico, frase o discurso en kiñaruanda, criollo haitiano, inglés o latín se mantendrá como en el original, resaltándolo solo si el texto original lo hace así. La convivencia de lenguas se considera un fenómeno natural y persistente. Si las autoras evitaron resaltar tipográficamente palabras u oraciones en otros idiomas, es porque, así lo interpreto, desean evitar la exotización y el extrañamiento de las lenguas, sugiriendo que estas lenguas ocupan el mismo nivel de importancia que las demás. La inclusión de palabras en itálicas en la traducción solo se hará si así aparece en el texto fuente.

El único cambio tipográfico que propongo es el uso de cursivas para las partes en español en el cuento de Guadalupe, para indicar que un personaje habla tres idiomas, subrayando que el español no es el principal.

La inclinación por traducir o no traducir las lenguas también está relacionada con el conflicto de elección lingüística, la *guerre des langues*, que enfrentaron las autoras de cada cuento. Mi aspiración es que la intención de cada autora se refleje al conservar la mayor cantidad posible de elementos culturales en la traducción.

Entonces, ¿qué contiene la traducción?

Se presentan fragmentos de los cuentos en los que se evidencia de manera destacada el tema de la muerte y la pluralidad de lenguas y/o culturas. La traducción se ha realizado exclusivamente del francés al español, mostrando una convivencia de distintas lenguas. Se incluyen elementos que se explican por el contexto o por la autotraducción de las autoras, así

como elementos que no se explican en el texto traducido, sino en el comentario, para evitar añadir explicaciones cuando las autoras no lo consideraron necesario.

En cuanto al habla de los personajes, propongo una equivalencia de registros sin forzar los discursos a una región o estrato social mexicano. Aunque intento que el texto sea accesible para el lector local, no quiero inducirlo a pensar que algún personaje o narración tiene raíces mexicanas.

¿Qué se encuentra en el comentario?

El comentario es un aparato que complementa sin interrumpir ni alterar demasiado el texto traducido. En el comentario se presentarán explicaciones sobre los culturemas más relevantes para que la lectura de la traducción sea lo más completa posible. También se detallará el proceso de elección, las técnicas utilizadas y su justificación. Se abordarán culturemas de carácter léxico, sintáctico y relacionados con la pluralidad de lenguas y culturas.

Asimismo, se proporcionará una interpretación de la función de las lenguas, así como una reflexión sobre el tipo de francés empleado y el público al que se dirige cada texto. De esta forma, se justificará el tipo de español utilizado, el registro y se desglosarán algunas decisiones de traducción para ejemplificar los procesos más complicados y/o interesantes del trabajo de traducción.

Al final de cada comentario, se incluirá un pequeño glosario, si es necesario, para evitar las notas al pie o la explicitación dentro de los textos. Este glosario servirá como una herramienta adicional para la comprensión, asegurando que el lector pueda acceder a la información relevante sin interrumpir la fluidez de la lectura. Considero importante mantenerlo puesto que de tal forma se preserva un acercamiento a la obra como un evento orgánico, natural, como se hace con mucha literatura traducida desde y para Occidente. Creo

que cuando nos acercamos a autores franceses, alemanes, no se busca rareza, exotismo, sino estética, modelos de escritura y pensamiento, etcétera. Para mí es esencial demostrar que estos cuentos tienen mucho por aportar más allá de sus elementos “exóticos”.

## 2. RUANDA

### I. COMENTO A “LE DEUIL”

Uno de los primeros desafíos que enfrenté al traducir este texto fue el manejo de la puntuación, la cual desempeña un papel crucial en el ritmo de la lectura. En las primeras versiones, realicé modificaciones en la puntuación con la intención de simplificar el texto para el lector en español, creyendo erróneamente que la reestructuración de oraciones subordinadas y coordinadas mejoraría la narración. Sin embargo, alterar la puntuación de un texto ajeno, especialmente cuando ésta tiene un propósito específico, resulta inapropiado, porque es la puntuación un reflejo del contexto bélico, caótico en el que nos encontramos.

A lo largo del relato, el lector se encontrará con párrafos extensos y de escasas pausas, así como oraciones que comienzan con conjunciones copulativas como "y" o adversativas como "pero".

Considero que la autora ruandesa, Scholastique Mukasonga, ha utilizado la puntuación para mantener el suspenso, reflejando el estado de expectativa de la protagonista exiliada, quien está inmersa en un constante ir y venir de ideas, miedos, recuerdos e hipótesis que la hacen temblar. Aunque su estilo pueda resultar exhaustivo, considero que es preferible mantenerlo, ya que contribuye a la inmersión en el contexto de los personajes y su historia, marcada por la crueldad, la injusticia, el racismo y las masacres. El ritmo de lectura está diseñado para corresponder al estado emocional de la protagonista.

En francés, el artículo de tercera persona singular *on* puede asumir diversas significaciones en función del contexto, incluyendo cercanía o lejanía en términos afectivos,

pluralidad o impersonalidad. Por ejemplo, he optado por traducir "*on ne parlait pas de génocide*" como "Nadie hablaba del genocidio" para reflejar la distancia y la falta de implicación que Francia –y Europa en general– tuvo respecto al genocidio en Ruanda. Aunque, en la narración, *on* suele ser impersonal o referirse a una tercera persona del plural, en ocasiones se utiliza para un primer plural cuando el personaje principal dialoga con individuos que considera parte de su círculo cercano, es decir, tutsis. Esta elección facilita una comprensión más clara de la percepción de los personajes y grupos. Mientras que, en la versión francesa, el pronombre *on* puede deducirse por el contexto o los adjetivos que lo acompañan, en la traducción al español esto se aclara mediante el uso de pronombres y formas verbales.

He decidido mantener los nombres de lugares geográficos y los nombres propios tal como aparecen en el texto original, ya que su presencia contribuye al contexto narrativo. Gracias a esos elementos, no es necesario añadir explicaciones adicionales sobre la geografía o aspectos circundantes como instrumentos, costumbres, flora, fauna. Considero que la fonética de los nombres de lugares evoca sonidos que remiten a África. Las sílabas, que parecen golpes de bombo, recrean un imaginario mental en el lector sin necesidad de precisar la ubicación exacta. No obstante, es relevante mencionar que nombres como Burundi, Butare y Ruhendi tienen un significado dentro del contexto del genocidio contra los tutsis en Ruanda.

En contraposición a la visión del proyecto de traducción, he decidido ajustar algunos diálogos para evitar cambios tipográficos extensivos. He preferido modificar el formato de los párrafos para facilitar la lectura, haciendo el texto más accesible sin perder el sentido original.

La distinción entre tutsis y hutus originalmente se basaba en la actividad laboral y el estatus social. Los hutus, que constituían la mayoría y generalmente eran más pobres, se dedicaban a la agricultura, mientras que los tutsis, minoría asociada a la riqueza y expansión territorial, eran ganaderos. El genocidio de Ruanda tiene, por lo tanto, un trasfondo económico. Esta matanza indiscriminada resultó en la muerte de aproximadamente el setenta por ciento de la población tutsi, con cerca de un millón de víctimas en solo cien días. Además, es importante señalar que la violencia sexual contra las mujeres fue una estrategia militar, con más de medio millón de mujeres violadas al menos en una ocasión.

Por ello, considero que el recuerdo es un elemento de gran importancia. La narradora y protagonista del cuento a menudo evoca recuerdos de su familia en diversas situaciones – en cuclillas, con los ojos cerrados, en su estudio, llorando en el cementerio del refugio en Burundi, con el guardián de los Muertos–, pero cuando finalmente encuentra a sus muertos, ya no desea cerrar los ojos. Esa corrupción<sup>16</sup> de la memoria está estrechamente relacionada con las estrategias de humillación y corrupción que los hutus ejercieron sobre los tutsis. La autora no busca explicar el evento, sino encarnarlo, por lo que siempre escribe "hutus" con minúscula y "tutsi" en mayúscula, excepto cuando son personajes hutus mencionan la palabra "tutsi".

El tema del duelo es central en el cuento, como indica su título, pero se presenta de manera particular. El relato muestra que la realidad de los "blancos" y los tutsis –exiliados o no– es muy distinta. La palabra "genocidio", desde la visión de la autora, no puede aplicarse adecuadamente a lo que ocurrió en Ruanda, y el duelo que la protagonista desea experimentar

---

<sup>16</sup> En un sentido de que la imagen del ser querido ahora es grotesca, repugnante, triste, en la memoria de quien se queda a presenciar los estragos del genocidio.

no se alinea con el modelo occidental europeo. Ella aspira a vivir el duelo de una manera similar a la francesa, pero nunca logra alcanzar la paz interior; sus raíces le exigen un ritual, un enfoque, diferente. La apropiación del duelo occidental no es suficiente; es necesario vivir y nombrar la experiencia de otra manera. El título del cuento resume una postura traductora que he mencionado anteriormente: el problema de traducción reside en que las palabras no expresan la misma experiencia en contextos distintos.

El uso de mayúsculas en "*Morts*" cuando se refiere a sus muertos y los de su pueblo refleja un posicionamiento histórico y político definido. Creo que el uso de la mayúscula encarna cercanía. No es lo mismo hablar de los muertos en general, a hablar de mis Muertos, que me llaman y me piden un proceso específico para sobrellevar su muerte. Mantengo este uso en la traducción para preservar su sentido.

Finalmente, es importante aclarar que las "tres piedras" que la protagonista busca al regresar a Ruanda son los vestigios del inicio de la construcción de las chozas familiares. La ausencia de estas piedras podría significar que sus raíces han sido arrancadas.

El fenómeno de autotraducción en este cuento reduce considerablemente la necesidad de un glosario, ya que la autora ha integrado explicaciones dentro del texto para términos específicos. Las palabras como *gutsembatsemba*, *Inyenzi*, *ignobyi*, *umuzimum*, "tutsi", y "hutu" son explicadas en el texto original, aunque en los casos de "Tutsi" y "hutu" se clarifica su rol a través de acciones y consecuencias. Sólo queda mencionar que "*abapadri*" en kiñaruanda es una combinación de "abad" y "padre" en su sentido de sacerdote.

## II. “EL DUELO” (FRAGMENTO)

\*

- Para, dijo al chofer, aquí está el sendero que lleva a mi casa y a la plantación de eucaliptos en lo alto de la colina. Esa choza a la orilla de la terracería es la taberna de Népomucène. Vendía cerveza de plátano, Fanta y a veces, pero no tan seguido, Primus. Recuerdo que un día mi padre, al regresar del mercado, me compró una Fanta de naranja. Seguro había vendido bien su café.
- ¿De verdad quieres ir?, suspiró el chofer. ¿Sabes? No vale la pena, ya no hay nadie en tu casa, quizá no sea buena idea que vayas y menos sola. Nunca se sabe. Puedes encontrarte con un loco y aún hay quien dice que el trabajo hay que “terminarlo” y bueno, tú, sola, con los que murieron allá arriba...
- Prometí ir. Quizá encuentre lo que vine a buscar... debo ir, lo prometí.
- Volveré por la tarde, antes de que se ponga el sol. Voy a pitar, te espero diez minutos, no más. A mí también me esperan en casa.
- Aquí estaré. Nos vemos en la noche

La pick-up Toyota y su cargamento de racimos de plátanos, colchones y láminas, donde se amontonaban una docena de pasajeros y algunas cabras, se alejó envuelta en una nube de polvo rojizo. Miró por largo tiempo a su alrededor. La terracería serpenteaba entre la vertiente de la colina y la depresión pantanosa; los juncos y los papiros habían conquistado la tierra negra de las aguas profundas donde su madre, en sequía, cultivaba camote y maíz.

La taberna de Népomucène no era más que ruinas. El adobe escamado dejaba aparecer, en su mayor parte, el esqueleto de los bambúes entrelazados. Las altas hierbas casi habían borrado la entrada del sendero que escalaba la colina. ¿De verdad estaba en Gihanga? Se preguntó por un instante.

Pero pronto se recompuso. Era normal que todo hubiera cambiado: la muerte había pasado por ahí y ahora era su territorio.

La pendiente estaba escarpada, pero el camino se hizo pedregoso y la adusta maleza, que al comienzo ofuscaba su caminar, se despejaba poco a poco. En el desorden vegetal que invadió el sendero de la colina, intentaba reconocer las antiguas parcelas de cultivo.

Era fácil percibir el cuadro de cafetos, pero los arbustos sin talar, hirsutos, demostraban el abandono. Desmesuradas e infértiles yucas aún brotaban de las malas hierbas que terminaban de asfixiar los últimos tallos de sorgo.

A mitad de la colina, en medio de cultivos abandonados, subsistía un pedazo de bosque. Era una arboleda muy espesa. De matorrales inextricables emergían enormes ficus que dominaban a los racimos de flores dracaenas aceradas. Eran, le había dicho su padre, los vestigios del cercado de un antiguo rey.

Su umizimy, su espíritu, asediaba los lugares y, se creía, había reencarnado en la pitón que cuidaba el bosque sagrado al que nadie se atrevía a entrar. “No se acerquen, repetían los más viejos, porque la pitón está furiosa desde que los abapadri prohibieron llevarle ofrendas. Si se acercan, ¡se los comerá!” Le parecía que, desde ahora, el fúnebre bosque y su pitón eran dueños de la colina y terminarían por devorarla.

Llegó hasta la bananera cuyas hojas brillantes ocultaban antes el cercado. Muchas bananeras yacían en el suelo y habían adquirido el color parduzco de la podredumbre. Las hojas, de las que aún estaban erguidas, colgaban amarillentas y a pedazos. Algunas tenían irrisorios conatos de racimos.

A medida que llegaba al cercado, reducía el paso. Ahora no sabía si tendría la fuerza de terminar su viaje, de enfrentar lo que se le había anunciado. Pero ya había llegado a la valla. Las ramas entrelazadas se habían combado y aflojado, pero las estacas se habían convertido en arbustos de vigoroso follaje y flores escarlata que le parecieron indecentes, como si esas simples estacas hubieran cobrado vida de la muerte de quienes las habían plantado.

De la casa principal, una choza rectangular, sólo quedaba un muro abierto. Buscó en vano los rastros del hogar y sus tres piedras: sólo había un montoncillo de teja rota. No pudo contener una bocanada de orgullo: ¡Su padre había logrado cubrir la casa con un techo de teja! Aunque constató que los asesinos se tomaron el tiempo de llevársela. No les faltaban razones para matarlos: eran tutsis y tenían una casa de teja. Los grandes muebles de mimbre estaban volcados y destripados en la parte trasera, el establo de terneros no era más que una pila de ceniza y heno a medio quemar. Para no romperlos aún más, tuvo cuidado de no pisar

los fragmentos esparcidos que cubrían el suelo, era todo lo que restaba de las grandes jarras en las que se recogía el agua de lluvia.

Entre los escombros del toldo caído donde cocinaban, creyó distinguir un pedazo de tela. Quizá, esperó, un pedazo del pareo de su madre. Pero, al acercarse, se dio cuenta de que sólo era una hoja de taro seca.

Lo sabía, no era en las ruinas del cercado donde encontraría lo que venía a buscar. Cuando había llegado a la comuna de la que dependía Gihanga, fue a la iglesia misionera donde se refugiaron los Tutsis, y donde fueron masacrados. Cuatro, cinco mil, no se sabía con certeza.

En el atrio, sentado detrás de una mesa de madera, estaba un pequeño viejecillo de barba canosa, con un gran sombrero de paja con bordes deshilachados. Era el guardián de sus Muertos. Tenía un cuaderno frente a sí. Los visitantes que salían debían escribir algo, como para una exposición. El viejo la miró por un largo tiempo, asintió y dijo al fin:

- Eres tú, te reconocí, la hija de Mihigo. ¿Vienes a ver a tus Muertos?
- Sí, ellos me llamaron.
- No los encontrarás aquí. Aquí sólo existe la Muerte.
- Déjame entrar.
- Por supuesto, ¿quién podría prohibirlo? Voy contigo. Sígueme. Pero después te diré algo...
- Ya ves, dijo el viejecillo, los abapadri y sus muchachos lo lavaron todo, ya no hay nada, ni un rastro de sangre sobre los muros o el altar, aunque quizá aún haya entre los pliegues del velo de la Virgen María, si miras detenidamente. Cuando limpiaron todo, Monseñor vino. Quería que se volviera a dar misa como antes.

“Un poco de agua bendita y listo. Los sobrevivientes protestaron: “¿Dónde estaba Dios cuando nos mataron? Los soldados blancos vinieron por los sacerdotes y Él se fue con ellos. No volverá. Ahora, la iglesia pertenece a nuestros Muertos.” El alcalde y el prefecto están de acuerdo. Haremos una casa sólo para ellos. Un memorial, dijeron. Mientras tanto, te mostraré dónde están nuestros Muertos.

Tomó una llave que colgaba de su cuello en un cordel y abrió una puerta detrás del altar, al fondo del ábside. En una gran sala sombría estaban amontonados, hasta el techo, costales largos como los que se usan para transportar leña.

- Aquellos, dijo el guía señalando los sacos contra el muro a su izquierda, son para los cráneos, y los que están frente a ti, para los huesos. Son los que estaban en la iglesia y los que pudimos recoger de las colinas, que dejaron las hienas, chacales y perros que se volvieron salvajes. Hasta los niños de las escuelas iban a recolectar huesos en las vacaciones y sus días libres.

“Dijeron que construirían unas vitrinas para ponerlos dentro, como las que tiene el paquistaní del mercado. Los tuyos están ahí, en esos costales, pero nadie podrá decirte de quién son los huesos y cráneos. Sólo podemos reconocer los cráneos de los bebés porque caben en una mano. Lo que sí puedo decirte es que tu padre no está aquí, su osamenta sigue en su casa, allá arriba, en Gihanga. Pero por ninguna razón vayas a buscarla, está en un lugar que no debes ver.

“Bueno, te acompaño afuera, tú no tienes nada que escribir en el cuaderno, los cuadernos son para los Bazungu, los Blancos, si es que vienen, o para los grandes señores de Kigali que llegan en sus 4x4. Tú no tienes nada que escribir, estás del lado de los Muertos. Y te lo repito, no vayas a buscar los restos de tu padre, no tiene caso que veas dónde lo tiraron.

Atravesó la cerca dismantelada del patio trasero y fue a la platanera que le pareció más densa que la anterior. A pesar de las hierbas, aún se adivinaba un sendero que conducía a un espeso matorral del que exhalaba una horrible pestilencia.

La agitación frenética y zumbante de mosquitos, moscas de carne y mosquitas creaba una niebla que envolvía el bosquecillo. Un río negruzco como una lava nauseabunda se había expandido alrededor. Grandes y lívidos gusanos, casi transparentes, se retorcían donde la marea fecal aún no se transformaba en corteza inmunda.

Se abrió paso entre las altas hierbas y fue a sentarse un instante sobre el termitero donde, cada mañana, cada cual esperaba su turno. El hedor la agobiaba como si el aire cargado de miasma se hubiera vuelto más pesado. No sabía si tendría el valor de avanzar más, de superar

los pocos metros que la separaban de la arboleda pestilente. Se persuadió de que debía ir hasta el final, que allá, a pocos pasos, habría llegado al fin de su viaje.

Tambaleando, subió la última cuesta y apartó las ramas de la arboleda. Intentó espantar la llovizna de moscas que la cegaba y se inclinó sobre el borde de la fosa séptica. Creyó distinguir la forma de un cuerpo esculpido en el fango y, quizá, pero era sin duda una ilusión, el reflejo negruzco, espantoso, de lo que había sido un rostro.

La invadió una violenta náusea y, luego de vomitar, consiguió regresar al termitero. Cerró los ojos y pronto surgió el rostro descarnado, recubierto con una máscara viscosa y abyecta, que creyó ver en el pozo negro. Abrió los ojos para borrar aquella horrible visión.

Pensó que ahora jamás podría cerrar los párpados sin que apareciera, de lo más profundo de la oscuridad, ese horrible rostro. Bajó con rapidez la pendiente de la colina y, a la orilla del camino, se refugió entre los ruinosos muros de la taberna de Népomucène. Para no cerrar los ojos, miró fijamente la cerca de bambú donde aún quedaban algunos jirones de tierra rojiza. Temblorosa por la fiebre y sacudida por las náuseas, esperó largas horas el regreso de la camioneta, como una promesa de alivio.

Toda la noche, en la habitación que había alquilado en la misión, luchó contra el sueño. Intentaba repeler las crecientes visiones y pesadillas que la llevarían a un mundo de terror si cedía a la más mínima somnolencia. Desde el toque de queda apagaron el generador y los edificios de la misión quedaron en total oscuridad.

Por la estrecha ventana, percibió el resplandor de un fuego con el que probablemente se calentaban los vigías en la noche de sequía. Tuvo ganas de unirse a ellos, de extender sus manos al fuego y hablarles. Pero, claro, una joven no podía, en plena noche, mezclarse así con hombres desconocidos.

Recordó que, sobre la pequeña mesa, había una lámpara de parafina y, probablemente, a su lado, una caja de cerillos. Los buscó a tientas, raspó uno y encendió la mecha de la lámpara de petróleo.

Le pareció que la pequeña y temblorosa llama con su azulada cresta velaba por ella, repeliendo las fuerzas oscuras que la amenazaban. Se acostó en la cama y finalmente cayó en un letargo sin sueños.

Cuando despertó, había alguien en su habitación. En la penumbra de la madrugada reconoció al guardián de la iglesia, sentado en la única silla.

- Fuiste a tu casa, en Gihanga, dijo el viejo, no quiero saber qué viste o lo que has creído ver. Llegaste al final de tu peregrinaje, pero no hay salida alguna. No encontraras a tus Muertos en las tumbas, ni cerca de los huesos, ni en la fosa de las letrinas. No es ahí donde te esperan, sino dentro de ti. Sólo sobreviven en ti y tú sólo por ellos.

“En ellos desde ahora sacarás tu fuerza, no tienes más opción. Esa fuerza, nadie podrá arrebatártela. Te hará capaz de hacer lo que quizá hoy te parece imposible imaginar. La muerte de los nuestros, y nada podemos hacer al respecto, nos ha alimentado, no con rencor ni con odio, sino con una energía que nada podrá romper.

En ti también habita esa energía. Que nadie venga a hablarte de duelo si esa palabra significa que tus seres queridos deben alejarse. Al contrario, están contigo para darte el coraje de vivir, de triunfar sobre las pruebas, ya sea en Ruanda o en el extranjero, si decides regresar. Están ahí, a tu lado y puedes contar con ellos.

El sol saliente iluminaba la estrecha celda. Se había sentado al borde de la cama. Había escuchado con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

Se dejó invadir por las palabras del guardián de los Muertos y la desesperación, poco a poco, había abandonado todo control.

Permanecieron un largo tiempo cara a cara, sin decir nada. El visitante tomó una pequeña calabaza que había puesto a sus pies. Le hundió una pajilla:

- Esta cerveza de sorgo la preparé para los Muertos de quienes soy huésped. Compártela con ellos como lo hago yo.

Se la acercó y ella sorbió el líquido. Cerró los ojos. Una dulce amargura invadió su boca, como una sensación redescubierta.

- Ahora, dijo el guardián de los Muertos, ¿de qué tendrías miedo?

### 3. CAMERÚN

#### I. COMENTO A “*MÉMOIRES D’UN SUICIDÉ*”

Este cuento trata de un hombre que se cuestiona sobre el derecho a quitarse la vida sin que dicho acto tenga repercusiones para quienes se quedan, familia, negocios, pueblo, hogar. Cuando concreta su muerte, el personaje dará cuenta a los lectores que no basta morir pensando que no habrá repercusiones, ya espirituales ya terrenales, sino que también es necesario saber en dónde morir.

El francés de este cuento tiene un léxico usual. El habla y la narración no están demasiado localizados, por lo que su traslado al español no se ha visto confrontado con el problema del registro del habla. Hay algunas intervenciones léxicas, y de frase, que sitúan bien el cuento en una zona específica. Si bien no se especifica que se habla de Camerún, sí se da a entender que se trata de un país de África: por las costumbres, rituales, instrumentos, etcétera. Estas palabras, como nombres de pueblos, barrios –Bami–, lagos –Mendongo–, lugares habitacionales –*Concession*–, vestimenta –*Kaba*– o nombres propios –*Thrisia*– se mantienen en la traducción para ayudar a la construcción tanto ideológica como geográfica del cuento –la única excepción es en el nombre de la niña Fifi, en español he añadido el acento para que tuviera la misma fonética–. Es importante que el cuento defina por sí mismo a qué cultura pertenecen los personajes, para comprender el confrontamiento de discursos que expone nuestro personaje principal, *Caporal Muscle*.

El cuento comienza con un problema de traducción interesante: la intertextualidad y referencias a una literatura occidentalizada. El cuento abre diciendo “*Aujourd’hui, je suis mort. Ou peut-être était-ce hier ?*”, la cual es una clara referencia al inicio de *L’Étranger* de Albert Camus: “*Aujourd’hui maman est morte. Ou peut-être hier...*”. La referencia directa a la literatura occidental genera un choque en la concepción de “muerte” y “suicidio” en el contexto del cuento.

Hay además otra referencia a los textos de Albert Camus. Ya convertido en ánima – espíritu o alma– en pena se pregunta sobre el sentido de la vida. Preguntarse si la vida vale o no la pena de ser vivida es una cuestión central en *Le mythe de Sisyphe*, también de Camus. Considero que el estudio del concepto de lo absurdo, que está fuertemente ligado a la idea del suicidio en este mismo ensayo, podría ayudar a la interpretación del cuento y al contexto ideológico de los personajes.

Ante un comienzo con referencia, he decidido tomar la forma tradicional de las traducciones al español de *El extranjero*. Esta elección hace que, aunque el inicio parezca extraño –por el pretérito perfecto, pues normalmente se utilizaría el pretérito–, se logre la referencia intertextual.

“Hoy **he muerto**. ¿O quizá fue ayer?...”

Así mismo he debido realizar un par de calcos. El primero es el grito de la anciana que encuentra al suicida colgado de un árbol. A la izquierda la versión en francés y a la derecha la de la versión en español:

Yéh ! Yékéh ! Yékékéléh ! Yékékélékéléléééééééh !	¡Yéh! ¡Yeké! ¡Yekekelé! ¡Yekekelé kelé!
---	---

Considero que mantener la grafía y fonética de la lengua en este pequeño espacio ayuda contextualizar el cuento.

Con la palabra *concession* tuve la idea inicial de hacer un calco, ya que existe una palabra con similar grafía y fonética. Sin embargo, se trata de una palabra que no puede ser traducida, pues se refiere a una realidad específica, y es ésta la que da contexto geográfico al cuento. Considero que es mejor si se define desde otro texto literario camerunés. El significado de esta palabra, en el glosario, se toma de en la novela *Les Impatientes*, de la autora camerunesa Djaili Amadou Amal.

Ya he mencionado que los nombres propios se mantienen como en su versión francesa. Sin embargo, con el personaje principal, y narrador, he decidido hacer la traducción del apodo para aportar a la imagen mental del personaje. *Caporal Muscle* que se traduce como Caporal/Cabo Músculo se recrea en la mente como una figura militar, ancha, fuerte. Pero también torpe, de temperamento iracundo y peleonero. Creí que esto ayudaría a contrastar el físico con la forma de pensar del personaje y, además, con la manera en la que es visto por los demás.

Resulta así un personaje casi patético, que no sabe por qué se quita la vida. Tampoco sabe por qué se cansa de su vida familiar de quince años, y cree que su decisión es la correcta hasta que se ve enfrentado a los rituales de desprecio por la comunidad a la que pertenece. La descripción del personaje me hace pensar que se trata de un narrador no muy confiable –

cuyo discurso va de un uso léxico culto al vulgar—, un hombre torpe, alcohólico, controlador y abusivo. Es difícil recrear un discurso con una variedad de registros en un mismo personaje. El traductor espera que, en lugar de parecer un descuido en la elección de palabras, se note la poca fiabilidad que hay que tener con respecto a “Caporal Músculos” y sus desvaríos emocionales e intelectuales.

En el cuento hay dos temas relacionados al suicidio que quisiera discutir en este apartado: el trato del cuerpo y los rituales fúnebres, temas, en realidad, muy relacionados entre sí. Hay que recordar que el cuento se desarrolla en Camerún. El suicidio no se concibe de la misma manera que en occidente, aunque tiene algunas relaciones con la cristiandad.

Desde el comienzo del relato se nos indica que el suicidio es algo que trae mala suerte, y es aún peor si el suicida lo ha hecho colgándose. Cuando Thrisia, la esposa de Capo, pide a la multitud que alguien le ayude a cortar la soga que sostiene a su esposo, todos retroceden, por miedo a que se adhiera la maldición a su familia, a su gente. Nadie quiere cortar la cuerda, por lo que ella debe hacerlo, para después maltratarlo, insultarlo y patearlo. Dado que Capo fue demasiado desconsiderado con ella y sus hijos, ahora su vida será aún peor. Y su futuro incierto es culpa de él.

En ese contexto, la mujer tiene poca, o nula, agencia en la serie de acciones que sucederán y que pasaron. Capo un día decide que Thrisia será su esposa y eso es suficiente para hacerla su esposa. Un día Capo decide quitarse la vida por una razón que después no comprende, y la familia de éste le quita a Thrisia a los niños: no tiene familia, ni hijos ni a dónde ir. Se le acusa a ella de ser la culpable del suicidio de Capo, aunque no haya hecho nada y las consecuencias las tiene que pagar sólo ella.

¿Cuáles son las consecuencias del suicidio en este contexto?

El cadáver no puede entrar en la casa, ni ser conservado en la morgue, de lo contrario traería mala suerte a sus habitantes. No tiene derecho a un ataúd, sólo pueden embalarlo en tela o algo parecido. Nadie debe llorar por el muerto, ni ofrecer comida en el velatorio. Se debe desalojar la casa del muerto. El cuerpo<sup>17</sup> es tratado como deshecho: es tomado por las extremidades, escupido, arrojado, azotado en el trasero. El velatorio es en el patio y por nada se le puede quitar la cuerda con la que se mató. El cuerpo es arrojado desnudo, porque no merece ni vestimenta, a un lugar lejano en el campo. Se deja a la intemperie, solo, en la lluvia nocturna. Al siguiente día se arroja a una fosa improvisada a la mitad del campo, cuando la costumbre dicta enterrarlos detrás de la choza.

Y no sólo se denigra el cuerpo, sino que a la parte espiritual del suicida se le niega la convivencia con los dioses y la entrada a su tierra divina, para que no los corrompa. Se le niega el reposo eterno. Se considera que el suicida ha caído en un sacrilegio, por haber sido desagradecido con el don de la vida que los dioses le habían otorgado al nacer.

Cuerpo y espíritu están abandonados a la maleza de la naturaleza y al acompañamiento de los demonios.

Hay un grupo de personajes llamados *féticheurs*, que he decidido traducir como “brujos curanderos” a falta de un equivalente en español. Ellos son los únicos que pueden tratar con cuerpos de suicidas ahorcados.

---

<sup>17</sup> La autora camerunesa del cuento, Stéphanie Dongmo Djuka, escritora y periodista, tiene otro texto sobre la violencia hacia el cuerpo de las mujeres en zonas de guerra. La relación con el cuerpo me ha hecho pensar en que todo el campo semántico que lo acompaña debe tener especial cuidado, como respeto a las posturas sociales y políticas que encierra su escritura.

## **Glosario**

- *Concession* [en la traducción se muestra como “concesión”, calco]: Definido por Djaili Amadou Amal como un complejo habitacional “rodeado de una muralla de altos muros que impiden ver hacia el interior”, en donde habita una familia cuyo centro es el jefe de familia. La concesión puede tener tantas edificaciones como esposas puede mantener. La figura de la coesposa está muy presente en estos lugares.
- *Kaba*: Vestido de tela holgada que cubre todo el cuerpo. Comúnmente usado por las mujeres del sur de Camerún en tiempo de fiestas.

## II. “MEMORIAS DE UN SUICIDA” (FRAGMENTO)

Mis funerales fueron los más tristes a los que haya asistido. Sin llantos ni colación. Si alguien quería recuperar las fuerzas, salía de la concesión e iba a comer a otra parte. Habían aventado mi cuerpo al patio como si fuera un vulgar envoltorio. Aún tenía la soga al cuello, la lengua me colgaba y mis ojos estaban en blanco. Mi cadáver daba miedo a cualquiera que se acercara. Y ahí permaneció en el patio todo el día bajo el sol. Desde el escándalo con mi madre, Thrisia se escondía. Durante ese tiempo, algunos hombres fueron a buscar a los brujos curanderos para llevar a cabo los ritos de purificación necesarios para ahuyentar la maldición de la familia y desvincularse de mi acción. Llegaron al caer la noche. Uno me tomó del brazo y otro del pie. Me transportaron a un rincón apartado del lugar, en el campo. Eran los únicos con la capacidad de llevar a cabo esos ritos fúnebres particulares, los de los suicidas y, principalmente, los ahorcados. Porque no todos los suicidas están al mismo nivel. Para esos rituales, la presencia de cualquier no iniciado estaba prohibida. Me desvistieron porque, decían, ni siquiera merecía la ropa que llevaba. Luego, con largas fustas, tres de ellos me azotaron las nalgas hasta el agotamiento, mientras que el cuarto sostenía la soga entre sus manos. Ese último sacó un cuerno de antílope de su bolso y vertió un líquido negruzco sobre mí diciendo:

- *Sí*, dios de nuestros ancestros, nuestro hijo ha sido tan malo que se ha colgado. Aún tiene la cuerda de su crimen alrededor del cuello. *Sí*, cierra para él las puertas de tu casa; desprécialo para que no entre en tu santa morada y que deambule eternamente como el hijo infiel que es. Padres míos, he aquí al hijo indigno. Expúlsenlo para que no los corrompa. No es digno de descansar ante los ilustres ancestros que son ustedes.

Enseguida sacó un polvo blanquecino y la esparció sobre mi rostro.

- Que el reposo te sea para siempre negado; que la tierra de nuestros ancestros pese densamente sobre tu cuerpo; que las hormigas te devoren hasta el último hueso; que tu alma jamás repose en paz. Hijo ingrato, mira cómo nos agradeces por haberte dado la vida, con una muerte vil y denigrante. Que la desgracia y desaprobación que has derramado sobre tu familia y tu pueblo te sean devueltas cien veces.

Por turnos, cada uno de ellos me escupió al rostro. Se fueron sin volverse. Mi cuerpo pasó toda la noche al descubierto.

Qué extraño velorio el que me organizaron. Velé por mí mismo.

No podría describir los sentimientos que me animaron toda la noche. Al matarme, creía escapar a mis tormentos, pero en la muerte encontré tormentos peores. Mi sufrimiento pasado no era nada comparado con el dolor presente. Nunca había sido tan desdichado, mi alma lloraba sangre. Ser rechazado en la muerte es la peor cosa que le puede suceder a un hombre.

Pensaba que mi muerte sólo me afectaría a mí, pero no. Toda mi patria se encontraba herida. Mi familia, mis pocos amigos, mi comunidad, todos me condenaban sin preguntarse por qué lo había hecho. No les interesaba. Para ellos, nada justificaría el suicidio y lo consideraban como un perjurio.

Siempre he creído que somos libres de morir si la existencia nos parece odiosa. No comprendo por qué el mundo reprueba mi acción. ¿Entonces no puedo morir cuando quiero? ¿Mi vida no me pertenece acaso? ¿El derecho de vivir no conlleva, lógicamente, el derecho a morir? ¿Por qué esas personas me condenan? Fui un paria toda mi vida y en la muerte también lo soy. Los manes de mis ancestros me pidieron cuentas a la media noche: *¿qué has hecho de la vida que te hemos dado?* Los espíritus me miran con circunspección. Dios mío, ¿no acabará nunca?

Quizá hubiera sido mejor dejar una carta de explicación. Pero me parecía estúpido y denigrante. Es como suplicar a los demás que por favor nos comprendan. Una vez muerto, pensaba, ya no me importará la opinión de los demás. Pero, uno deja una carta cuando sabe que lastima a alguien más. De mi parte, no había nadie que sufriría mi partida, fuera de mi vieja mamá que, de todas maneras, estaba a punto de irse al otro lado. Con mi muerte, no perjudicaba a nadie. Al contrario, liberaba a mi familia de una presencia que apenas soportaba.

Pero comenzaba a dudar de las razones que me habían empujado al suicidio. Ya no me pesaba tanto la carga que les atribuía cuando estaba vivo.

¿Y por qué me maté, entonces? No sabría decirlo exactamente. Quizá las circunstancias desafortunadas y mi extrema lasitud me llevaron al límite. Otra vez experimenté mis tormentos.

Era indiscutible que ya no quería vivir. Estaba cansado de matarme trabajando, ¿y por nada? Desde que fui a la ciudad en busca de fortuna, ejercí distintos oficios con beneficios inciertos. No saqué provecho en ningún lugar: albañil, zapatero, vendedor ambulante, guardia nocturno, sepulturero... Terminé por convertirme en ebanista. Pero tampoco las cosas mejoraron. Me hundía más y más en la miseria y la pobreza. Y, sin embargo, el cielo es mi testigo, no pedía mucho a la vida. Sólo con qué criar, incluso modestamente, a mis hijos y un poco de amor. Pero ese amor, no lo encontraría en mi hogar. Mis hijos sólo querían de mí un techo, comida y educación y no me daban nada a cambio.

Estaba solo en una casa llena de gente. Nadie con quien hablar, nadie que se interesara en mí, por lo que soy; ni siquiera mi esposa, mucho menos mis hijos que habían heredado la sumisión y docilidad de su madre. Jamás me dieron la oportunidad de amarlos. Esos críos que me veían con sus ojotes hambrientos nunca me pedían nada, pero esperaban de mí más de lo que les podía dar, algo que yo no poseía: el presente y el futuro.

Si estoy muerto, no es por falta de amor hacia mi mujer e hijos, aunque estaban envueltos en mi vida de una forma superficial. No eran más que sombras que habitaban mi existencia. Peor, eran lobos que me devoraban poco a poco. No merecieron que viviera para ellos.

Estaba cansado de fingir estar bien en mi pellejo, de ser lo que no era. Nunca fui la persona dura que todo el mundo creía. Al contrario, tenía una sensibilidad a flor de piel y una necesidad de cariño que se intensificó con la edad y que disimulaba en los puñetazos muy generosamente distribuidos.

Se dice que la esperanza hace vivir, pero la esperanza nunca ha saciado a nadie. Las decepciones repetidas de mi vida me hicieron renunciar a ella sin pena. Estaba agotado de todo; mi vida estaba vacía y mis ambiciones eran vanas. La vida sólo se soporta si tiene una razón de ser. Sin embargo, la mía no tenía ningún objetivo. Me acusaban de ser deshonesto, buscapleitos, apostador, déspota, etcétera. ¿Era mi culpa ser yo mismo y no alguien más? Los pocos amigos que hubiera podido tener se alejaron de mí; mi familia nunca me fue cercana; fui incapaz de hacer el bien a quien sea, incluso a mí mismo.

Era un fracasado, mi esposa me lo decía claramente con su mirada. Nadie me ama, nadie me extrañará, pensaba. ¿Por qué debía vivir por gente que no me necesitaba? ¿Por qué debería soportar esa vida, trabajando hasta el cansancio hasta fallecer un día? Así que mis esfuerzos habrían sido en vano. Mejor morir hoy. Además, ¿qué diferencia tiene morir ahora o en veinte

años? Los años que aún podría haber vivido no parecían valer la pena. Ya no tenía la fuerza. Quería abandonarlo todo, antes de que me abandonara a mí.

Se dice que nada se compara con el precio de la vida. Pero ¿la vida misma vale algo? Quizá tenía inclinaciones suicidas. Varias veces lo pensé, pero siempre me abstuve, reconfortándome con la idea que era para cobardes. Sin embargo, ¿no se necesita una buena dosis de valentía, de valor mórbido nacido de la desesperación, para meditar y organizar la muerte propia? Escuché decir que el suicidio es el estado donde se mezclan la extrema valentía y la absoluta cobardía. Yo digo que hace falta más valentía que cobardía para renunciar al bien que el mundo entero persigue. Mi acción no fue un impulso, yo preparé mi suicidio por tres días y tres noches, con calma y perseverancia.

Todas las razones que evocaba ya no me parecían tan apropiadas, tampoco tan terribles a como me parecían cuando saltaba del mango con la soga al cuello. ¿Me confundí sobre lo que me impulsó a hacerlo? ¿Convertí mi fastidio y mis pequeños enojos cotidianos en cargas insoportables? ¿Entonces, por qué me maté? ¿Estaba predispuesto a hacerlo? Debo ser parte del contingente de muertos voluntarios que la sociedad se paga como impuesto cada año.

La lluvia cayó sobre mi cadáver toda la noche. La tierra se acumuló sobre mi cuerpo en pequeños terrones, de forma que, cuando vinieron a enterrarme temprano por la mañana, ya estaba casi sepultado. Me di cuenta de inmediato que mi hermana Esther estaba ahí. Debió viajar de noche para llegar antes del amanecer. De todos mis hermanos y hermanas, Esther era la que me ofrecía cierto cariño. Pero nos veíamos tan raramente que a veces olvidaba su existencia. Cuando vio mi cuerpo, llevó sus manos a la cabeza y sacudió los pies en el lodo.

- Capo, Capo, ¿Qué hiciste? ¿Por qué no me hablaste? Habríamos encontrado una solución. Capo, ¿tan poco valgo para que no pensaras en mí antes de pensar en un acto así?

Aunque murmuraba esas palabras, las oía, lo que aumentó mi angustia. Escrutó los árboles de los alrededores, como si buscara algo.

- Capo, ¿me escuchas? Sé que estás aquí, puedo sentirlo, respóndeme.

Pero por desgracia ya no podía. Habría querido besarla una última vez, decirle cuán arrepentido estaba de la pena que le causaba. Pero ¿de qué habría servido? Hay cosas que no podemos deshacer.

Los sepultureros cavaron una tumba. Cuando terminaron, los brujos de la noche anterior me agarraron una vez más y, sin más preámbulos, me echaron en la fosa, donde caí de cara al lodo. El más anciano de ellos murmuró otra vez unos hechizos para evitar la maldición. Después espetó:

- Que nunca vuelva a pasar. Ni en esta familia ni en este pueblo. Ninguna desgracia, por grande que sea, justifica que alguien se mate. El hombre puede aguantarlo todo. ¿Para qué precipitar la muerte que llegará de manera inexorable un día u otro? ¿Por qué acelerar su venida y dejar a sus seres cercanos con remordimientos sin fin? La vida es sagrada, nadie tiene el derecho a tomarla, porque toda vida pertenece a *Sí*. Nosotros no debemos desdeñar esta vida que se nos otorga gratuitamente. Nadie tiene el derecho de matar, ni siquiera a sí mismo, y todo suicidio es un sacrilegio. Por eso, hijo ingrato, no te decimos adiós, sino que te damos la espalda.

Luego, se volvió hacia los asistentes:

- Hermanos míos, aquí está uno de nosotros, tendido. Reconozcamos cada cual nuestras acciones y veamos en qué hemos fallado. Pongámonos al servicio del otro, para que pueda apoyarse sobre nosotros en la desesperación. Sepamos rodearnos de amor y afección, para que nunca más experimentemos lo que presenciamos hoy. Bien, he hablado, añadió enfático, antes de retirarse, seguido por sus compañeros.

Los sepultureros me cubrieron.

No tuve derecho a puños de tierra delicadamente arrojados por manos amigas. No hubo, en mis exequias ni flores, ni llantos, ni mortaja, ni ataúd, ni cánticos religiosos, ni siquiera una autopsia tradicional. Tenemos la costumbre de enterrar a nuestros muertos detrás de la choza. Pero a mí me enterraron en el campo, que estaba a punto de ser abandonado a la maleza y a los demonios. Me habían azotado y arrojado al barro durante toda la noche. Me habían enterrado desnudo y me habían negado los honores de un funeral.

Quizá la vida no valga la pena de ser vivida, pero el suicidio menos. El suicidio arrebató la etiqueta de ser humano para remplazarla por la de parásito, perro, menos que gusano de tierra. Lloraba de tristeza. Mi vida no podría haber sido peor que la muerte.

Poco a poco, la gente dejó el campo para regresar a la concesión. Yo miraba mi tumba. ¡Ni siquiera había un túmulo para indicar una sepultura! Mi cuerpo estaba ahora abandonado a las

termitas y otros insectos antropófagos. Ya no tenía más que hacer ahí. Me aterrorizó la idea de estar solo. Mi espíritu siguió a las últimas personas que dejaban el lugar.

Cuando llegué a la concesión, vi a mi madre que le gritaba a Thrisia y la jalaba del cabello con las pocas fuerzas que le quedaban. Había convencido a mis hermanos de expulsar a mi esposa de la familia. Le habían quitado a los niños.

- ¡Vete!, gritaba mi dulce madre. Mujer de mala ralea, tú mataste a mi hijo, tú lo asesinaste por tus malos tratos. Te irás de la familia como viniste, sin hijos. No los vas a alimentar con tu perfidia.

Mi mujer lloraba. Suplicaba que le dieran a sus hijos. Que le dejaran irse al menos con la más pequeña. Se tiró a los pies de mi madre, pero la rechazó. Uno de mis hermanos, con quien nunca me llevé bien, agarró a Thrisia por el brazo y la arrastró fuera de la concesión.

Miraba tristemente a la que había sido mi compañera por largo tiempo. Si nunca me confesó amor, tampoco había sido mala conmigo. Indiferente, sí, pérfida, hipócrita, pero nunca mala. Yo la miraba irse por el camino, titubeante, desgredada, descalza, sin otra cosa más que su eterno *kaba* del día internacional de la mujer. ¿Dónde se refugiaría? No tenía familia, amigos ni lugar a donde ir.

No quería eso, Dios es mi testigo. Al morir, quería simplificarle la vida a mi esposa. Pero la puse en una situación inextricable. Estaba perdida sin nuestros hijos, su razón de vida.

¿Qué le esperaba en ese camino? ¿La locura, la muerte...? ¿El suicidio quizá?

No soy más que un ánima en pena que deambula en lo profundo de la eternidad.

¡Qué no daría por morir otra vez y escapar a mis tormentos!

#### 4. ANTILLAS. GUADALUPE

##### I. COMENTO A “*LA MORT CRÉOLE ET LA VEILLÉE CRÉOLE*” (TERCERA PARTE DE “*DAMIDA LA PETITE CRÉOLE*”)

Maxette Olsson, escritora de Guadalupe, presenta este cuento, rico en multilingüismo y pluricultura, escrito en tres partes. Se trata de una narración de algunas costumbres en el distrito de Belle-Terre, en Guadalupe. Habla sobre el baile, la comida, el tipo de viviendas, la herbolaria, lo que se hace para matar el tiempo, la educación, el canto y el ritual fúnebre en comunidad.

Lo interesante de este cuento no es en sí lo que dice sobre los aspectos culturales, sino la manera en que lo hace. Contiene varias lenguas: criollo antillano, francés, un poco de español, latín, inglés e italiano. La lengua principal es el francés, aunque a veces parece un francés con un trato distinto –marcado por el uso local.

Quizá la idea principal es demostrar que no se trata de un francés metropolitano. En español he querido mantener eso en algunos espacios, como el final. En francés, la narradora dice que Léotine, fue inspirada “*de partir en France faire bonne*”, faltando la preposición “la” antes de *bonne*. Para estas expresiones particulares, a veces de difícil comprensión, he recurrido a nativos de Haití y Guadalupe para clarificar mis dudas, como con la palabra *lolos*, que me han clarificado que se refiere a restaurantes y no al pecho femenino en un registro despectivo como lo creí al inicio.

Todo el texto en criollo he querido dejarlo tal cual, para evidenciar de dónde proviene. La autora soluciona la lectura del criollo con una glosa en francés. Así tenemos diálogos como el siguiente:

Sa ki pa konèt Bad-la-Sous pa konnèt Bèltè. (Ceux qui ne connaissent pas Bas-de-Source ne connaissent pas la Belle-Terre.)

Por el ejemplo anterior debo explicar un par de aspectos. La primera es que todas las partes en criollo antillano, con la excepción de un par de frases al final de cuento, están glosadas. Es decir, la autora se autotraduce. Para este cuento decidí dejar las partes en criollo y sólo traducir el texto en francés. Las partes en español las dejo en cursivas, para demostrar que tal personaje está cambiando de lengua, evidenciar que el español en el que se lee no es su lengua principal.

Lo segundo que quisiera mencionar es que toda intromisión entre paréntesis, ya se muestre una glosa, ya una traducción léxica, son de la autora.

Sobre el uso de varias lenguas, como ya lo he mencionado en apartados anteriores, la autora se justifica con los epígrafes. La mezcla de culturas y lenguas forma parte de una identidad que ya no se quiere ocultar o erradicar.

La autora celebra la pluralidad y la encarna en sus personajes que la ejercen de manera natural. Los epígrafes, que expanden esta idea de celebración identitaria, se muestran en el anexo como división de cada una de las tres partes de la narración.

Este cuento “Damida la petite Créole” dividido en tres partes, tiene en sí mucho sabor, olor, color y sonido. Hay una narración sobre una receta de tomatillos, una descripción de las plantas medicinales; hay baile, música, bares, charlas y gritos.

Toda esa sensibilidad que propone la autora exige un arduo cuidado léxico. Por ejemplificar un poco, cuando se narran los usos medicinales de plantas, he tenido que decidir si conservaba los nombres que la autora proponía o si los trasladaba al español. Decidí traducirlos porque creo que la intención de la autora es demostrar su utilidad y la riqueza que la isla ofrece en cuanto a procesos de sanación. Maxette Olsson coloca el nombre científico de las plantas para hacer un juego entre el habla popular y el científico. Lo anterior añade una lengua más al texto.

Una expresión más del sonido en el cuento es la notable presencia de onomatopeyas e interjecciones que he adaptado a la fonología del español.

Sin embargo, hay algo que no he podido recuperar del todo. En el cuento hay algunos juegos de palabras que considero de una gran dificultad traductora. El siguiente extracto lo ejemplifica:

Damida accueillait sa douzième année dans la maison haute et basse à la rue du Père Labat. Et tout se passait Labat...

El nombre de la calle “Père Labat” hace referencia fonética a la construcción *là-bas*, que significa “por ahí” o “allá”. En español simplemente considero que es complicado hacer el juego en ese pasaje. Sin embargo, creo que lo que este juego de palabras propone se compensa en el habla y registro de los personajes.

Considero que es imposible abarcarlo todo, aclararlo y reproducirlo en una traducción. Los juegos de palabras los he elidido para no perder de vista el resto de los juegos entre lenguas y expresiones culturales.

La autora, además de su postura con respecto a las lenguas y la identidad, explicita muchas ideas. Entre ellas la situación económica en la que se encuentran los personajes. Creo que el problema se resuelve añadiendo algunos adjetivos que no distorsionan el sentido del texto. Por ejemplo, cuando dice que “Damida recibía sus doce años en la casa de un piso” está diciendo que es poco común que haya casas con un segundo piso. Para solucionar esto, añadí el adjetivo “gran” a “casa de un piso” para dar a entender al lector que está frente a una casa privilegiada.

También he decidido dejar un hipervínculo que la autora colocó en el nombre de un personaje. Este vínculo es la entrada a otro cuento en el que dicho personaje participa. Me parece interesante cómo esta autora hace uso de la digitalización para hacernos ver que su universo literario está vinculado. Creo que la relación entre textos puede ayudar a futuras interpretaciones e investigaciones sobre la literatura escrita en Guadalupe.

El fragmento que presento en este comentario es una muestra de cómo se vive la muerte en Guadalupe, o al menos en esa zona. Se muestran los cantos, las rimas, la música, la comida, las flores y cómo los personajes se desenvuelven en torno a la celebración. Me parece interesante que los personajes hablen –a veces de manera hipócrita y otras de manera egoísta– sobre la muerte. Sus intervenciones dan al relato un tono gracioso que refleja la concepción que tienen sobre la muerte y sus rituales.

El único momento en el que traduje desde el criollo es cuando se responde en las letanías. La narradora explica que en algún momento el "*Priez pour elle !*" se convierte en "*Pwiyé pwèl*" ou "*Piépoil*", es decir, en una contracción de la frase. Algo parecido sucede con el “ruega por ella” en español.

Hay un par de expresiones que la autora no glosa al final de su cuento, cuando cantan a la muerta: *Yé krik*, *Yé krak* y *Yé Mistrikik*, *Yé Mistrikrak*. Estas frases no tienen una traducción literal y, según nativos, son utilizadas al comienzo de los cantos para contar una historia y atraer la atención de los oyentes. Mantengo estas frases tal cual para mantener la fonología de la lengua criolla en los personajes.

Finalmente, este cuento no exige un glosario, pues muchas de las palabras las explica la misma autora. Quizá sólo cabe resaltar que “*manman*” es utilizado en el cuento de tres maneras: para decir “mamá”, “mami”; para expresar cariño, y con otro registro, en su forma corta “*man*”, que he decidido traducir como “amá”; y como adjetivo a nombres propios de las mujeres de la comunidad, ese caso “*man*” es algo similar a “señora, mujer”.

He querido dejarlo en su forma criolla –con una sola excepción al final del cuento–, sabiendo que el lector puede acudir a este aparato que explica la resolución de los problemas de la traducción cultural. Quizá si se tratara de otro tipo de publicación, con otro lectorado, el resultado de la traducción sería completamente diferente. Añadiría, por ejemplo, todas estas aclaraciones de manera implícita o explícita en la traducción.

## II. “LA MUERTE CRIOLLA Y EL VELORIO CRIOLLO” (TERCERA PARTE)

Necesitamos ser lúcidos sobre nuestras imperfecciones de neocolonizados, al tiempo que trabajamos para oxigenar nuestros sofocos con una visión positiva de nosotros mismos. Tenemos que aceptarnos tal como somos, totalmente, y desconfiar de esa identidad incierta, impulsada aún por grandes alienaciones.

Éloge de la créolité - in praise of creolness - Jean Barnabé, Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant (Edición bilingüe Gallimard)

\*

En el piso de arriba, la dueña del bar tenía un magnífico salón siempre ordenado, con auténticos sillones acolchados, alfombras de lana tejida y jarrones de porcelana decorados con rosas de plástico rojas y rosas que sólo Léontine podía desempolvar. En un rincón se extendía un viejo piano desafinado, detrás del cual Damida y Léontine jugaban al caliente-escóndete. Sólo en raras ocasiones las dejaban sentarse allí, para escuchar a Casimir Létang, algo de música y el juego de los mil francos, seguido de los avisos fúnebres de la gran radio, que les recordaba la hora de volver a la escuela a las dos de la tarde.

Súbitamente, un delirium tremens hundió a la mamá de Léontine. Un latín que Damida nunca había oído en misa. Falleció con los ojos bien abiertos a la vida. El velatorio fue extraordinario. Los hombres lucharon y cayeron. Los tamborileros se abrieron los dedos de tanta nalgada a los cajones que firmemente sostenían entre las piernas, al son de los boulagyèl:

- ¡GGhhmm! ¡GGhhmm! HHmmm ¡Hhhmm! ¡GGhhmm! ¡GGhhmm! HHmmm  
¡Hhhmm! ¡GGhhmm! ¡GGhhmm! ¡HHmmm Hhhmm! Un percusionista reventó su  
tambor para elevar el alma de la muerta al cielo. Las adivinanzas, charadas, discursos,  
jédimo (juegos de palabras), los ye-krik y ye-krak volaron como tilili (gran cantidad)  
por todo el Bas-de-Source.

- ¡Yé krik!

- ¡Yé krak!

- ¡Yé Mistrikrik!

- ¡Yé Mistrikrak!

- ¡Pli-y ka lonji, pli-y ka vin kout ! (¡Cuánto más se alarga, más se acorta!)
- Lavi (La vida)
- ¡Dlo doubout! (¡Agua vertical!)
- Kann (¡Caña de azúcar!)
- Bout rouj, fanm enmé sa (La punta es roja y a las mujeres les gusta)
- Fa a bouche (Lapiz labial)
  
- *¡Ye krik!*
- *¡Yé krak!*
  
- ¡Pli-ou soufflé-y, pli-y ka vin kout ! (Cuanto más soplas arriba, más se acorta)
- ¡Sigarèt ! (¡Cigarrillo!)
- Kouvèti dè lèspri (Manta del espíritu)
- Pannanma (Sombrero panamá)
- No soy rey ni reina, pero hago temblar al mundo
- Ròn (Ron)

En cuanto a los elogios, todos fueron en honor a la dama del ron. Los recitadores de juegos de palabras rebosaban de inspiración.

- Man Baraviré pa janmé ban nou on ti-zing-ti-tak.  
Sété boutèy la anlè tab la,  
mé avan sa i ka pwan kou a'y.  
Sé tradisyon a tan mwen sé tan mwen é ta-w sé ta-w.  
Padavwa tan mwen a pa ta-w  
é ta-w pa tan mwen,  
piskè si sé tan mwen  
i pé pa ta-w.  
Saki ta-w ta-w.  
Sa ki pata-w, pa ta-w.  
Pa mété sa ki pa ta-w  
anlè ta-w.  
¡An nou menm!  
On bon fanm Mézyézedanm.

*¡Krik!*

*¡Kraak !*

Man Baraviré lè-y té chajé,  
si-w té anmègdé-y,  
i té ka chajé-w.  
É kom pawól an bouch pa chaj,  
i pa té ka gadé chaj anlè kè a-y.

*¡Yé krik!*

*¡Yé kraak!*

*¡Yé Mistrikrik!*

*¡Yé Mistrikraak!*

Inè fanm kè nou règréttons mézyédam?

- (Man Baraviré no nos servía a cuentagotas.  
siempre la botella sobre la mesa,  
pero primero se servía ella.  
Es la tradición de la caridad bien obedecida  
empieza por ti mismo.  
Porque lo mío  
no es tuyo  
y lo tuyo  
no es mío  
porque si es mío  
para nada es tuyo.  
Lo que te pertenece es tuyo  
No pongas lo que no es tuyo  
sobre lo tuyo.  
¡Salud!  
Mujer de gran bondad, caballeros y damas.

*¡Krik!*

*¡Kraak!*

La Señora Baraviré cuando ebria estaba,  
si la hacías emputar,  
te emborrachaba con palabras

y como la palabra es viento  
no dudaba en ventilar.

¡Ye krik!  
¡Ye Mistrikrik!  
¡Ye Mistrikrak!

Una mujer a la que echamos de menos de todo corazón, señores y señoras).

Por supuesto, Man Baraviré no escapó a la regla de la hipocresía humana santificante después de la muerte.

- La vida es corta pero larga su cola. Mame Baraviré no era mala persona. Maldecía para eximirse, porque no es sano guardar porquerías en el corazón, sollozó una inquilina, sonándose ruidosamente la nariz.
- La echaremos de menos, se lamentó una vecina, secándose una especie de lágrima con el dedo índice doblado.

Otra sacudió la cabeza:

- Ah, pobrecita. No era su culpa. Nadie de su familia la visitaba.
- Wonm la mwen ka mandé-w padon ayayay'! (¡Ron, te pido perdón ayayay'!)  
entonaron dos hombres, vertiendo un mar de alcohol en vasos de agua.

Man Baraviré, cuyo nombre oímos por primera vez, Florence, bien perfumada con agua de Colonia, vestida con un deslumbrante vestido bordado de seda blanca, aureolada por velas, con rasgos sonrientes y relajados en su lecho, parecía haberse liberado de una pesada carga. Emanaba de ella una paz indescriptible. Siguiendo la tradición, se habían detenido todos los relojes de péndulo y despertadores y habían cubierto los espejos con tela negra.

Antes del momento crucial de cerrar el ataúd y antes de llevarse el cadáver, todos hicieron fila para besarla en la frente. Era la primera vez que Damida besaba a una persona muerta. Fría. Nunca olvidó el contacto de aquella epidermis gélida en sus labios.

Para no cambiar, Papa Baraviré se limitó a su diálogo interior. Los ojos de Léontine se arrugaban con una tristeza inexpresada, estaba demasiado ocupada en alimentar a la manada de individuos hambrientos con sopa de patas de cerdo, empanadas de carne, empanadas de plátano, panecillos rellenos de salchicha, trocitos de salchicha rociados con vinagre de pimienta, rebanaditas de pan con paté Dolo, bacalao marinado (masa frita también llamada acras), morcilla picante, ...

Un buen funeral se definía por el gran número de personas presentes, incluso a las que no se conocían. En los funerales, pululaban. Muchas coronas desbordaban del coche fúnebre y algunas se quedaron en el suelo. En la del patio se leía en letras doradas: "A nuestra querida vecina".

- ¡Su atención, por favor! ¡Kouté mwen pou tann mwen byen! (¡Escúchenme para oírme bien!) ¡Si quieren regalarme flores, háganlo ahora! Para que pueda disfrutarlas. ¡No esperen a que me muera! Me han oído bien, comentó Man Zoune, la vendedora de dulces y pistaches tostados en cucuruchos de papel frente al cine Vazi, mientras miraba confundida todas esas flores marchitas por la inclemencia de la canícula.
- Estoy totalmente de acuerdo contigo, dijo Gilda. Pobre mujer, nunca recibió un ramo de flores en su vida y ahora, al morir, la floreal como un flamboyán. El buen Dios nunca dijo eso, pero ¿qué le vamos a hacer? Así son las cosas y no podemos cambiarlas. Es la mala consciencia.

En la ceremonia de la iglesia, el hermano de Florence, un antiguo soldado que jamás la visitaba, lloraba a caudales que casi se ahoga sorbiendo y hasta se desmayó frente al ataúd. Una prima tuvo que ir a la fuente para mojar un pañuelo y plantárselo en la frente.

- Yo byen apwé lanmò a Térézin ou ka vwè mouvman a Pyè. ¡Apajé hon! Madanm-la té-la, pon fanmi a-y paté ka mandé-y kay ka vann. Mi konyéla, yo ka pléré. (Nunca se puede estar seguro de la sinceridad del otro. ¡No es broma! La señora estaba allí, su familia nunca la visitó y ahora mírenlos llorar). La muerte es algo serio, susurró man Zoune.

Un cortejo de casi toda Belle-Terre siguió al coche fúnebre mientras bajaba lentamente hacia el cementerio en Bas-de-Source. Una verdadera tumba esperaba a la dama y no un montículo de tierra rodeado de caracolas lambi. Papa Baraviré, Léontine, la hermana de Florence, su madre y su padre se alinearon y todo el mundo se acercó a decirles cuán tristes estaban, incluso los que no estaban tristes.

Damida asistió durante nueve días a los rezos "por ella", sólo para echarle un ojo a Pierre-Aimée Laurent, su desconocido padre, asiduo a las oraciones para elevar las almas de los muertos. Asistía muy pensativo con los ojos cerrados.

"¡San Vicente!", murmuró una voz.

La reunión respondía a coro:

“¡Ruega por ella!”

"¡Santa Teresa!"

“¡Ruega por ella!”

"¡San Francisco!"

“¡Ruega por ella!”

"¡Santa María Magdalena!"

“¡Ruega por ella!”

"¡Santo Padre!"

“¡Ruega por ella!”

Una oración por ella que se convirtió en "Rueapoe" o "gapoella".

Damida lloró mucho tiempo en secreto con Léontine, que tan joven había perdido a su madre, porque "On manman sé on manman (Una madre es una madre)". Damida la encontraba seguido en un rincón gritando de dolor, con un pañuelo entre los dientes. En pocos días había madurado sorprendentemente y sufría un dolor de estómago de adulta sin quejarse.

- Es la amá de mi vientre (matriz) que me duele, gimoteaba.

Léontine vivió unos meses con su padre, que pronto se volvió a casar con una joven sobria y discreta que prefería el salón al bar. Con pasividad, aceptó a la intrusa, quien aprovechó para desposeerla sutilmente de su herencia y empujarla con su tía, hermana de Papa Baraviré, con quien se alojaba. A cambio, llevaba su sueldo que ganaba fregando, lavando y planchando, esta vez en el patio de "Kyenbérèd" (valor), aún en Labat, antes de que el B.U.D.A.F. (Oficina Unida para la Despoblación de las Antillas Francesas) le diera la inspiración para ir a Francia de sirvienta.

## Conclusiones

La Traducción cultural resulta ser un enfoque de gran ayuda práctica y conceptual para textos con presencia de pluralidad de lenguas y, también, para textos donde impera la visibilización histórica, literaria y cultural. Tal acercamiento me ha permitido solucionar y crear herramientas para resolver los problemas de traducción más relevantes de estos tres cuentos con pluralidad de lenguas y culturas.

Reitero mi postura con respecto a los estudios tradicionales de la traducción: como lo he explicado a lo largo de este trabajo, algunas de las posturas son insuficientes y están definidas para textos hegemónicos.

Considero importante revisar las posturas traductoras de Occidente con aquellas que se producen en Oriente, Medio Oriente, las Antillas, y mucho más que aún no se estudia en la academia. Estos acercamientos pueden ayudarnos a vislumbrar nuevas maneras de comprender la traducción.

Creo que lo más importante con respecto a la idea anterior aplicada al presente trabajo es que nos permite ver que hay conceptos que se deben reformular y que he intentado hacerlo en los primeros tres capítulos: “extranjerización”, “domesticación” “estrategias”, entre otros.

La traducción cultural no es extranjerizante, aunque lo parezca, porque la traducción cultural tiene en mente presentar un texto que refleje la intencionalidad y las implicaciones ideológicas de cada elemento dentro o fuera del texto. Mientras que la estrategia extranjerizante busca causar un efecto de extrañeza y exotización de la cultura que se traduce.

La traducción cultural también busca crear un espacio de diálogo entre las dos, o más, culturas que están en contacto a través del ejercicio traductor; también propone que la lengua tiene más propósitos implícitos que un texto proveniente de una literatura hegemónica. El

uso de la lengua tiene implicaciones políticas y, cuando se trata de una cultura con historia de violencia, colonización y contacto continuo con otras culturas, siempre significará algo. Basta recordar que la elección de las lenguas forma parte de un proceso complejo que lleva en sí afinidad, repulsión, estrategia de difusión, denuncia... “La intención de la obra literaria” se vuelve un elemento crucial en la toma de decisiones a la hora de traducir un texto literario con dicho enfoque.

En mi experiencia con estos cuentos considero que la traducción es un proceso que atiende al contexto, no sólo de la obra y el autor(a), sino también del traductor y el público lector al que dirige la traducción. Lo interesante aquí es que siempre se pueden analizar las razones: por qué se usa tal lengua; por qué se cambia el formato; por qué se explica o se elude un elemento, y un largo etcétera. Estas preguntas dan agencia total a quien traduce, lo hace responsable de los conflictos o acercamientos culturales que provoque.

Finalmente, considero que sí existe la intraducibilidad entre lenguas. Una solución a este problema es la adaptación de un texto, la domesticación, pero creo que esta estrategia elimina mucho del “otro”. Creo que es positivo que haya elementos, frases, cantos, estructuras, referencias, que no se puedan traducir o explicar, porque eso implica que no somos, ni seremos los mismos. Demuestra que nuestras palabras significan diferente; los conceptos, por más equivalencia que se pueda buscar entre distintas lenguas; pertenecen a contextos distintos. Y creo que si lo que queremos es acercarnos –y mostrar– a esa cultura otra, el enfoque de la traducción cultural es indispensable.

## **ANEXO I. TRADUCCIONES COMPLETAS**

## 1. EL DUELO

En la televisión, en la radio, en los periódicos, nadie hablaba de genocidio. Como si la palabra estuviera reservada. Demasiado grave. Demasiado seria para África. Sí, había masacres, como siempre en África. Y tenían lugar en un país del que nunca habían oído hablar. Imposible localizarlo en el mapa. Odios tribales, atávicos, primitivos, de los que nada había por comprender. “Qué cosas pasan en tu país”, le decían.

Ella tampoco conocía la palabra “genocidio”, pero en kinyarwanda ya existía desde hace mucho tiempo una para nombrar lo que ocurría en su país, *gutsembatsemba*, verbo para referirse a los parásitos, a los perros rabiosos por erradicar y que se aplicaba a los Tutsis, llamados Inyenzi, cucarachas, a quienes también había que eliminar. Recordaba la historia que, entre risas, sus compañeros hutus contaban en la escuela de Kigali: Un día, un niño le preguntará a su madre:

- Mamá, ¿quiénes eran esos Tutsis de los que oigo hablar? ¿Cómo eran?
- No son nada, hijo mío, respondería la madre, sólo una leyenda.

Pero seguía esperando. En cualquier caso, quería saber. Su padre, su madre, sus hermanos y hermanas, toda su familia que permaneció en Ruanda, ¿tal vez habría aún algunos con vida, algunos que hubieran escapado a las matanzas o que, como ella, hubieran podido tomar el camino del exilio? Sus padres no tenían, desde luego, teléfono en la colina, pero llamó a uno de sus hermanos, profesor en Ruhegeri. El timbre sonó por largo tiempo en el vacío. Nadie respondió. Llamó a su hermana, casada con un comerciante en Butare. Una voz desconocida contestó: “No, no hay nadie”, pero quizá haya dicho: “No, ya no hay nadie”. Llamó a su hermano en Canadá. Era el mayor y sería el jefe de familia si sus padres habían perecido. Quizá él tenía noticias, algo que proponerle, y ella podría depositar en él una parte de su angustia. Hablaron, y luego hubo largos silencios. ¿Qué podrían decirse? A partir de ahora estaban solos.

A partir de ahora ella estaría sola. Claro, había algunas compatriotas, amigas de la uni donde había retomado sus estudios porque sus diplomas africanos no tenían valor en Francia. Pero había toda una parte de ella que aún se conectaba con quienes habían permanecido en Ruanda y que constituía, a pesar de la lejanía, del tiempo o la imposibilidad de una reunión, un punto de arraigo, un anclaje de identidad que fortalecía su voluntad de vivir. Esos vínculos iban a desaparecer y su desaparición la dejaría, en el frío de la soledad, como amputada.

Entonces tuvo la impresión de haberse vuelto frágil. “Soy como un huevo, se repetía, cualquier cosa me rompería”. Medía cada gesto, sus movimientos le parecían ahora más lentos. Caminaba como a tientas, como si, en cualquier momento, fuera a encontrarse con un obstáculo donde corría el riesgo de desplomarse. Subir las escaleras exigía un esfuerzo desmesurado, un peso enorme caía sobre sus hombros. Se sorprendía contando los escalones

que debía subir, preguntándose si lo lograría. Presa del vértigo, se aferraba al pasamanos como al borde de un precipicio y lograba llegar a su piso, pero sin aliento, exhausta.

Intentaba huir en la repetición mecánica de las tareas domésticas. Se ensañaba en ordenar el estudio. Siempre había algo que no estaba en su lugar: los libros tirados sobre el sillón, los zapatos en la entrada, la mala alineación de las cestas anidadas de Ruanda sobre el estante. Estaba convencida de que se sentiría mejor si por fin todo estaba en su lugar. Pero siempre había que recomenzar.

Si tan sólo hubiera tenido una foto de su padre y de su madre. Hurgó en la pequeña maleta que la había acompañado en sus errancias. Había cartas, libretas, diplomas inútiles, su identificación ruandesa sobre la cual había intentado rayar la mención “Tutsi”, también había algunas fotos en las que estaba con sus amigas de Burundi (en casa de un fotógrafo del barrio asiático, en Bujumbura, como un recuerdo antes de separarse), postales de su hermano en Canadá y algunas hojas de un diario íntimo abandonado, pero no encontró foto alguna de sus padres.

Se reprochó amargamente esa ausencia. ¿Por qué nunca pensó en pedirles que se tomaran una foto y que se la enviaran? ¿Era una hija ingrata? ¿Los había olvidado poco a poco? No, estaban allí en su memoria y ella podía hacer resurgir las imágenes. Se sentaba a la mesa y, con la cabeza entre las manos, los ojos cerrados, volvía a ver uno a uno los rostros que la muerte, quizá, ya habría borrado.

\*

Luego, hacia fin de junio, recibió una carta. No podía equivocarse respecto a su procedencia: un sobre de borde rojo y azul, el timbre de pájaro exótico, la dirección escrita con torpeza. Ya sabía lo que contenía, pero no se decidía a abrirla. La colocó en el estante, detrás de las cestas de Ruanda. Fingió olvidarla. Había tantas cosas más urgentes, más importantes por hacer: preparar la cena, planchar un pantalón, ponerse al día con las materias. Pero la carta seguía ahí, detrás de las cestas. Y, de repente, se encontró abriendo el sobre. Sacó una hoja cuadriculada arrancada de un cuaderno escolar. No le hizo falta leer las pocas frases que servían de introducción a una larga lista de nombres: eran los de su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas, sus tíos, sus tías, sus sobrinos y sus sobrinas... En adelante sería la lista de sus Muertos, de quienes habían muerto lejos de ella, sin ella, sin que pudiera hacer algo, ni siquiera morir con ellos. Miraba fijamente la carta sin lograr llorar y le pareció que habían sido los Muertos quienes se la habían enviado. Un mensaje proveniente de la tierra de los Muertos. Y pensó que tal vez esa era su tumba, esa columna de nombres que no tenía necesidad de releer, porque esos nombres tan familiares resonaban en su cabeza como gritos dolorosos.

Siempre llevaba la carta de sus Muertos y no la mostraba a nadie. Cuando le preguntaban: “¿qué ha sido de tu familia?”, ella respondía: “Los mataron, todos están muertos, todos. ¿Cómo te enteraste? Sólo lo sé y ya, no me pregunten más.” A menudo, necesitaba tocar la

hoja, mirar la columna de nombres sin leer, ni llorar, esos nombres que aullaban como apelaciones a las que no sabía de qué manera responder.

No quería ver: las imágenes de la televisión, las fotos en los periódicos, en las revistas, cadáveres en los bordes de las sendas, cuerpos desmembrados, rostros rajados por los machetes. No quería escuchar: aquel rumor que dejaba entrever la locura de sexo y sangre contra las mujeres, jóvenes, niñas...

Quería proteger a sus Muertos, conservarlos intactos en su memoria, con sus cuerpos íntegros, vírgenes de toda mancha, como aquellos santos de los que le hablaban en el catecismo, que un milagro preservó de la corrupción.

Lo que menos deseaba era dormir, porque hacerlo era entregarse a los asesinos. Estaban ahí, tomando el control de su sueño, dueños de sus pesadillas. Sin rostro, avanzaban hacia ella como una masa gris ensangrentada. O, al contrario, no tenían más que un sólo rostro, enorme, sarcástico, que se apoyaba contra el suyo para aplastarla.

No, no debía dormir.

Por supuesto, hubiera tenido que llorar. Le debía sus lágrimas a sus Muertos. Llorar sería estar muy cerca de ellos. Imaginaba que la esperaban detrás del velo de lágrimas, inaccesiblemente cercanos. Quizá por eso se había ido lejos de ellos, en exilio, porque era necesario que alguien llorara por aquellos cuya memoria querían exterminar, negar que habían existido. Pero no podía llorar.

\*

- ¿Sabes?, le dijo un amigo, mi padre acaba de morir.
- Iré a su entierro, respondió ella sin pensar.

Pronto se arrepintió de aquella promesa. ¿Debía honrar a muertos ajenos cuando no podía llorar por los propios?

Recordó a las mujeres en Ruanda que lloraban a sus muertos y que podían hacerlo porque el cuerpo del difunto estaba ahí, frente a ellas, antes de ser enterrado. Sí, las ruandesas sabían llorar a sus muertos. Primero lo hacían erguidas, inmóviles, en silencio, y las lágrimas corrían como gotas de lluvia que chorrean de los altos eucaliptos. Luego llegaba el momento de los lamentos, de los quejidos, las mujeres temblaban, sollozos entrecortados les recorrían todo el cuerpo. Al final se encorvaban, desaparecían tras su pareo, sólo se escuchaban suspiros que se tragaban las lágrimas. Y luego se tranquilizaban poco a poco. El ser querido podía ir al más allá porque se había saciado de lágrimas y, aun si el dolor de la pérdida persistía, se sabía que en adelante sería un dolor discreto, que se podría vivir con él, que el difunto dejaría en el mundo un recuerdo apacible, una memoria indulgente, quizá sea eso a lo que los Blancos llaman el duelo.

Se dejaba ir al difunto a su última morada. Se transportaba en la ingobyi, una camilla alargada y grande hecha de listones de bambú. Por largo rato, las mujeres lo acompañan con la mirada hacia su lejano viaje como si debieran sostenerlo una última vez antes de que el mundo desconocido del Espíritu de los Muertos los reciba. El ingobyi también servía de palanquín de la joven esposa el día de su boda. Ella también debía verter lágrimas. Cuando la conducían de casa de sus padres con la nueva familia, los sollozos, demasiado estruendosos para ser sinceros, demuestran a todos que, contra su voluntad, la arrancaban del seno familiar. El ingobyi siempre exigía su lote de lágrimas.

Recordó con pesar el pequeño cementerio donde a ella y a sus compañeras del exilio les gustaba reunirse. Era en Bujumbura, un pequeño seminario donde se albergaban provisionalmente. A cambio de la hospitalidad, un tanto forzada, las cuatro refugiadas limpiaban, ayudaban en la cocina, servían a los sacerdotes en la mesa, lavaban los platos. Intentaban escapar a la insistente curiosidad de los seminaristas, alterada por la presencia de las jóvenes

Se veían obligadas a inventar continuamente nuevos pretextos para eludir las invitaciones a sus habitaciones para escoger un libro o charlar un poco. Ellas aprovechaban la hora de la siesta para ir al jardín y hablar de lo que les había sucedido, para pensar en su futuro incierto. Descubrieron, detrás de la platanera, un pequeño cementerio abandonado con una decena de cruces de madera. La pintura blanca estaba descarapelada y, en su mayoría, las letras negras de los nombres de los difuntos se habían borrado. “Hagamos una plegaria, dijo Espérance, siempre se debe hacer algo por los muertos.”

Cada día regresaron a las tumbas. El pequeño cementerio se convirtió en su territorio secreto, el refugio donde se sentían seguras, lejos de la hosca vigilancia de la vieja madre regidora, de las miradas encendidas de ardores indiscretos de los seminaristas y de los abades. Desherbaron las tumbas y colocaron algunas flores violetas que recolectaron de la enorme buganvilia que trepaba por la fachada del pabellón, donde se alojaba el padre superior. “Podrían ser las tumbas de nuestras familias, dijo Eugénie, quizá los mataron. Tal vez los mataron por nuestra culpa, porque nos fuimos.” Se apretaban una contra otra y se abrazaban como cuando se saluda según la costumbre ruandesa. Las cuatro rompían en llanto y encontraban, en aquel lamento común, alivio y sostén.

Cada día, al iniciar la tarde, una vez terminado de lavar los platos, a la hora de la siesta, corrían hacia el pequeño cementerio. Cada una había elegido su tumba. Era la de los padres, la de un hermano, una hermana, un prometido... de quienes lloraban la ausencia. Hasta, quizá, la muerte si los habían asesinado en represalia a su huida. Recubrieron poco a poco los túmulos, donde la tierra se agrietaba y desmoronaba por el calor y las lluvias, con grava que tomaban puñado por puñado sobre el largo sendero que llevaba al calvario. En la sacristía encontraron jarrones un poco desportillados, que colocaron al pie de las cruces, ya enderezadas. Ahí depositaron flores que tomaron prestadas del altar de la Santa Virgen. Así, acuclilladas ante la tumba, con los brazos ciñendo sus rodillas que les rozaban el mentón,

vertían lágrimas en silencio, temiendo que algún seminarista las sorprendiera y se burlara de su extraña ceremonia.

Cuando dispersaron al pequeño grupo de refugiadas en distintos establecimientos escolares, extrañó por mucho tiempo el asilo de consuelo que había constituido el pequeño cementerio. Y hoy se daba cuenta que desearía encontrarse nuevamente cerca de aquellas extrañas tumbas que la hacían verter tantas lágrimas.

\*

Frente al pórtico de la iglesia estaba estacionado una especie de miniván, de un gris discreto y elegante. En los escalones del atrio, dos hombres en traje oscuro se aburrían. Entró en la iglesia y se deslizó por la nave lateral hasta un lugar vacío donde podía ver el coro y el altar. Un sacerdote hablaba de un más allá reconfortante. Algo que no le interesaba a sus muertos. En la primera fila reconoció a su amigo, ahí debían estar los miembros de la familia. Se sorprendió al notar que las mujeres no lloraban, aun si tenían los ojos enrojecidos, y se lamentó de que no estuvieran cubiertas por largos velos de luto, como había visto en fotos antiguas. Los hombres ponían un rostro grave, que juzgó sombrío.

Pronto atrajo la atención de su mirada el ataúd, posado sobre un pequeño estrado con infinidad de flores al pie. No pudo evitar admirar el brillante barniz, las elegantes molduras, las asas doradas. Seguramente el difunto descansaba en su caja acolchonada, vestido con su más bello traje y quizá, como le habían contado, le habían maquillado el rostro para persuadirse de que la muerte no era más que un apacible sueño. Y comenzó a odiar a ese viejo que había muerto sin sufrimiento, “de muerte natural”, como su amigo le repetía incesablemente. Entonces, de tanto mirarlo fijamente, le pareció que penetraba al interior del ataúd que se volvía transparente. Y el cuerpo que veía, en esa burbuja irisada por una suave luz, era el de su padre, vestido con la camisa blanca de día de misa y el pareo immaculado atado a la cintura, vestimenta de los sabios. Y de pronto sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas y se escuchó a sí misma romper en llanto con estruendo. No podía tragarse el llanto ni los gemidos. Dejó fluir sus lágrimas, no intentó ni retenerlas ni secarlas. Era como si una onda de sosiego hubiera brotado del centro mismo de su dolor. No pudo evitar murmurar el lamento que en Ruanda acompaña a los muertos. Sintió el peso de las miradas de sus vecinos, atónitas, incómodas, recriminatorias. Creyó oír un cuchuceo que se propagaba por los asientos a su alrededor. Y huyó. Empujó a su paso a mujeres arrodilladas en el reclinatorio. Sus pasos resonaron sobre la losa, como denunciándola: ¿con qué derecho lloraba por ese desconocido muerto que sus allegados acompañaban con una tristeza decente y justificada? Ella parasitaba su duelo.

Le habría gustado olvidar lo ocurrido en la iglesia: la visión del cadáver de su padre, el ataque de llanto. Evitaba a su amigo por miedo a tener que responder a sus preguntas. Pero un extraño pensamiento la invadía hasta la obsesión, que la convencía de que los Muertos le habían dado señales, y temía averiguar lo que significaban. Sin embargo, se dio cuenta de que las largas caminatas que le gustaba hacer por las calles de la ciudad la llevaban

constantemente hacia las iglesias esperando ver, estacionada frente al pórtico, la carroza fúnebre negra o gris. Lo que se produjo varias veces. Entonces una fuerza irresistible la obligaba a entrar en la iglesia y a mezclarse en la asistencia enlutada. Sabía dónde colocarse. Protegida por un pilar. Pero siempre de forma que pudiera ver bien el ataúd. Le clavaba la mirada con intensidad, esperando, como ya le había pasado, que su mirada penetrara el cajón para depositar a alguno de sus Muertos: su madre envuelta en su pareo, su hermanita con el vestido azul de la escuela... No lo conseguía siempre, pero al intentarlo surgía, sin lugar a duda, el llanto. Y estaba convencida de que, con su presencia, quienes estaban ahí para llorar por un hijo muerto en un accidente de tráfico, un hermano fallecido de lo que llamaban una larga enfermedad, un padre fulminado por un ataque al corazón, lloraban también por sus Muertos. “A cambio, se convencía, también participo yo en el dolor de quienes han perdido a uno de los suyos. No pueden enojarse conmigo”.

Creyó que sus Muertos le pedían asistir a los entierros para que ellos también tuvieran su parte de duelo y llanto. Cada mañana abría el periódico con febrilidad sólo para buscar los avisos de decesos y exequias. Tuvo la costumbre de ir a la iglesia cerca de su casa. Aquello duró varios meses, pero su extraña constancia terminó por notarse. Un día que intentaba salir discretamente de la iglesia, un joven abad, le bloqueó el paso en el atrio:

– Señora, por favor...

No podía ni empujarlo ni regresar.

– Señora, por favor, permítame un momento, quisiera decirle algunas palabras... He notado que asiste a casi todos los entierros y llora como si el difunto fuera su familiar. A veces es incómodo para la familia, para los que han perdido a un ser querido. Quizá yo puedo ayudarla. Sólo pido que me deje escucharla, ayudarla... si hay algo que pueda hacer por usted...

– No. Déjeme. Ya no volverá a verme, se lo prometo.

Erró durante mucho tiempo por las calles de la ciudad, en el laberinto sin final de su angustia. Le parecía que se había roto para siempre el delgado y frágil lazo que, mediante los muertos de los demás, la conectaba con sus Muertos. Tuvo la sensación de haberse hundido en una soledad definitiva. Ya no le quedaba más que esa hoja de cuaderno, ahora muy arrugada, y la lista de nombres que era incapaz de leer, pero que se repetía murmurando como una lacerante cantinela de remordimiento y dolor.

Al regresar a casa intentó sumergirse en sus apuntes de la última clase, pasarlos en limpio, pero los nombres de sus Muertos aparecían en la hoja en blanco. Tuvo miedo, se estaba volviendo loca. Estaba loca. Lo que había hecho no era lo que sus Muertos hubieran querido. No estaban ahí, en ese país de exilio, en esas iglesias extranjeras. Ellos la esperaban en casa, en la tierra de los Muertos que ahora es Ruanda. La esperaban. Iría hacia ellos.

\*

- Para, dijo al chofer, este es el sendero que lleva a mi casa y a la replantación de eucaliptos en lo alto de la colina. Allá, esa choza a la orilla de la terracería es la taberna de Népomucène. Vendía cerveza de plátano, Fanta y a veces, pero no tan seguido, vendía Primus. Recuerdo que un día mi padre, al regresar del mercado, me compró una Fanta de naranja. Seguro había vendido bien su café.
- ¿De verdad quieres ir?, suspiró el chofer. ¿Sabes? No vale la pena, ya no hay nadie en tu casa, quizá no sea buena idea que vayas, y menos sola. Nunca se sabe. Puedes encontrarte con un loco, y aún hay algunos que dicen que el trabajo hay que “terminarlo”, y bueno, tú, sola, con los que murieron allá arriba...
- Prometí ir. Quizá encuentre lo que vine a buscar... debo ir, lo prometí.
- Volveré por la tarde, antes de que se ponga el sol. Voy a pitar y esperaré diez minutos, no más. A mí también me esperan en casa.
- Aquí estaré. Nos vemos en la noche

La pick-up Toyota y su cargamento de racimos de plátanos, colchones y láminas, donde se amontonaban una docena de pasajeros y algunas cabras, se alejó envuelto en una nube de polvo rojizo. Miró por largo tiempo a su alrededor. La terracería serpenteaba entre la vertiente de la colina y la depresión pantanosa; los juncos y los papiros habían conquistado la tierra negra de las aguas profundas donde su madre, en sequía, cultivaba camote y maíz. La taberna de Népomucène no era más que ruinas. El adobe escamado dejaba aparecer, en su mayor parte, el esqueleto de los bambúes entrelazados. Las altas hierbas casi habían borrado la entrada del sendero que escalaba la colina. ¿De verdad estaba en Gihanga? Se preguntó por un instante. Pero pronto se recompuso. Era normal que todo hubiera cambiado: la muerte había pasado por ahí y ahora era su territorio.

La pendiente estaba escarpada, pero el camino se hizo pedregoso y la adusta maleza, que al comienzo ofuscaba su caminar, se despejaba poco a poco. En el revoltijo vegetal que invadió el sendero de la colina, intentaba reconocer las antiguas parcelas de cultivo. Era fácil percibir el cuadro de cafetos, pero los arbustos sin talar, hirsutos, demostraban el abandono. Desmesuradas e infértiles yucas aún brotaban de las malas hierbas que terminaban de asfixiar los últimos tallos de sorgo.

A mitad de la colina, en medio de cultivos abandonados, subsistía un pedazo de bosque. Era una arboleda muy espesa. De matorrales inextricables emergían enormes ficus que dominaban a los racimos de flores dracaenas acerada. Eran, le había dicho su padre, los vestigios del cercado de un antiguo rey. Su umuzimu, su espíritu, asediaba los lugares y, se creía, había reencarnado en la pitón que cuidaba el bosque sagrado al que nadie se atrevía a entrar. “No se acerquen, repetían los ancianos, porque la pitón está furiosa desde que los abapadri prohibieron llevarle ofrendas. Si se acercan, ¡se los comerá!” Le parecía que, desde ahora, el fúnebre bosque y su pitón eran dueños de la colina y terminarían por devorarla.

Llegó hasta la bananera cuyas hojas brillantes ocultaban antes el cercado. Muchas bananeras yacían en el suelo y habían adquirido el color parduzco de la podredumbre. Las hojas, de las que aún estaban erguidas, colgaban amarillentas y a pedazos. Algunas tenían irrisorios conatos de racimos.

A medida que llegaba al cercado, reducía el paso. Ahora no sabía si tendría la fuerza de terminar su viaje, de enfrentar lo que se le había anunciado. Pero ya había llegado a la valla. Las ramas entrelazadas se habían combado y aflojado, pero las estacas se habían convertido en arbustos de vigoroso follaje y flores escarlata que le parecieron indecentes, como si esas simples estacas, pensó, hubieran cobrado vida de la muerte de quienes las habían plantado. De la casa principal, una choza rectangular, sólo quedaba un muro abierto. Buscó en vano los rastros del hogar y sus tres piedras: sólo había un montoncillo de teja rota. No pudo contener una bocanada de orgullo: ¡su padre había logrado cubrir la casa con un techo de teja! Aunque constató que los asesinos se tomaron el tiempo de llevársela. No les faltaban razones para matarlos: eran tutsis y tenían una casa de teja. Los grandes muebles de mimbre estaban volcados y destripados en la parte trasera, el establo de terneros no era más que una pila de ceniza y heno a medio quemar. Para no romperlos aún más, tuvo cuidado de no pisar los fragmentos esparcidos que cubrían el suelo, era todo lo que quedaba de las grandes jarras en las que se recogía el agua de lluvia. Entre los escombros del toldo caído donde cocinaban, creyó distinguir un pedazo de tela. Quizá, esperó, un pedazo del pareo de su madre. Pero, al acercarse, se dio cuenta de que sólo era una hoja de taro seca

Lo sabía, no era en las ruinas del cercado donde encontraría lo que venía a buscar. Al llegar a la comuna de la que dependía Gihanga, fue a la iglesia misionera donde se refugiaron los Tutsis, y donde fueron masacrados. Cuatro, cinco mil, no se sabía con certeza. En el atrio, sentado detrás de una mesa de madera, estaba un pequeño viejecillo de barba canosa, con un gran sombrero de paja con bordes deshilachados. Era el guardián de sus Muertos. Tenía un cuaderno frente a sí. Los visitantes que salían debían escribir algo, como para una exposición. El viejo la miró por un largo tiempo, asintió y dijo al fin:

- Tú, te reconocí, eres la hija de Mihigo. ¿Vienes a ver a tus Muertos?
- Sí, ellos me llamaron.
- No los encontrarás aquí. Aquí sólo está la Muerte.
- Déjame entrar.
- Por supuesto, ¿quién podría prohibirlo? Voy contigo. Sígueme. Pero después te diré algo..

“Ya ves, dijo el viejecillo, los abapadri y sus muchachos lo lavaron todo, ya no hay nada, ni un rastro de sangre sobre los muros o el altar, aunque quizá aún haya entre los pliegues del velo de la Virgen María, si miras detenidamente. Cuando limpiaron todo, Monseñor vino. Quería que se volviera a decir misa como antes. Un poco de agua bendita y listo. Los sobrevivientes protestaron: “¿Dónde estaba Dios cuando nos mataron? Los soldados blancos vinieron por los sacerdotes y Él se fue con ellos. No volverá. Ahora, la iglesia pertenece a nuestros Muertos.” El alcalde y el prefecto están de acuerdo. Haremos una casa sólo para nuestros Muertos. Un memorial, dijeron. Mientras tanto, te mostraré dónde están nuestros Muertos.

Tomó una llave que colgaba de su cuello en un cordel y abrió una puerta detrás del altar, al fondo del ábside. En una gran sala sombría estaban amontonados, hasta el techo, costales largos como los que se usan para transportar leña.

“Aquellos, dijo el guía señalando los costales contra el muro a su izquierda, son para los cráneos, y los que están frente a ti, para los huesos. Son los que estaban en la iglesia y todos los que pudimos recoger de las colinas, que las hienas, los chacales y los perros sometidos al salvajismo. Hasta los niños de las escuelas iban a recolectar huesos en las vacaciones y sus días libres. Dijeron que construirían unas vitrinas para ponerlos dentro, como las que tiene el paquistaní del mercado. Los tuyos están ahí, en esos costales, pero nadie podrá decirte de quién son los huesos y cráneos. Sólo podemos reconocer los cráneos de los bebés porque caben en una mano. Lo que sí puedo decirte es que tu padre no está aquí, su osamenta sigue en su casa, allá arriba, en Gihanga. Pero por ninguna razón vayas a buscarla, está en un lugar que no debes ver. Bueno, te acompaño afuera, tú no tienes nada que escribir en el cuaderno, los cuadernos son para los Bazungu, los Blancos, si es que vienen, o para los grandes señores de Kigali que llegan en sus 4x4. Tú no tienes nada que escribir, tú estás del lado de los Muertos. Y te lo repito, no vayas a buscar los restos de tu padre, no tiene caso que veas dónde lo tiraron.

Atravesó la cerca desmantelada del patio trasero y fue a la platanera que le pareció más densa que la anterior. A pesar de las hierbas, aún se adivinaba un sendero que conducía a un espeso matorral del que exhalaba una horrible pestilencia. La agitación frenética y zumbante de mosquitos, moscas de carne y mosquitas creaba una niebla que envolvía el bosquecillo. Un río negruzco como una lava nauseabunda se había expandido alrededor. Grandes y lívidos gusanos, casi transparentes, se retorcían donde la marea fecal aún no se transformaba en corteza inmunda.

Se abrió paso entre las altas hierbas y fue a sentarse un instante sobre el termitero donde, cada mañana, cada cual esperaba su turno. El hedor la agobiaba como si el aire cargado de miasma se hubiera vuelto más pesado. No sabía si tendría el valor de avanzar más, de superar los pocos metros que la separaban de la arboleda pestilente. Se persuadió de que debía ir hasta el final, que allá, a pocos pasos, habría llegado al fin de su viaje. Tambaleando, subió la última cuesta y apartó las ramas de la arboleda. Intentó espantar la llovizna de moscas que la cegaba y se inclinó sobre el borde de la fosa séptica. Creyó distinguir la forma de un cuerpo esculpido en el fango y, quizá, pero era sin duda una ilusión, el reflejo negruzco, espantoso, de lo que había sido un rostro. La invadió una violenta náusea y, luego de vomitar, consiguió regresar al termitero. Cerró los ojos y pronto surgió el rostro descarnado, recubierto con una máscara viscosa y abyecta, que creyó ver en el pozo negro. Abrió sus ojos para borrar aquella horrible visión. Pensó que jamás podría cerrar los párpados sin que apareciera, de lo más profundo de la oscuridad, ese horrible rostro. Bajó con rapidez la pendiente de la colina y, a la orilla del camino, se refugió entre los ruinosos muros de la taberna de Nepomucène. Para no cerrar los ojos, miró fijamente la cerca de bambú donde aún quedaban algunos jirones de tierra rojiza. Temblorosa por la fiebre y sacudida por las náuseas, esperó largas horas el regreso de la camioneta, como una promesa de alivio.

Toda la noche, en la habitación que había alquilado en la misión, luchó contra el sueño. Intentaba repeler las crecientes visiones y pesadillas que la llevarían a un mundo de terror si cedía a la más mínima somnolencia. Desde el toque de queda apagaron el generador y los edificios de la misión quedaron en total oscuridad. Por la estrecha ventana, percibió el resplandor de un fuego con el que probablemente se calentaban los vigías en la noche temporada seca. Tuvo ganas de unirse a ellos, de extender sus manos al fuego y hablarles. Pero, claro, una joven no podía, en plena noche, mezclarse así con hombres desconocidos. Recordó que, sobre la pequeña mesa, había una lámpara de parafina y, probablemente, a su lado, una caja de cerillos. Los buscó a tientas, raspó uno y encendió la mecha de la lámpara de petróleo. Le pareció que la pequeña y temblorosa llama con su azulada cresta velaba por ella, repeliendo las fuerzas oscuras que la amenazaban. Se acostó en la cama y finalmente cayó en un letargo sin sueños.

Cuando despertó, había alguien en su habitación. En la penumbra de la madrugada reconoció al guardián de la iglesia, sentado en la única silla.

- Fuiste a tu casa, en Gihanga, dijo el viejo, no quiero saber qué viste o lo que has creído ver. Llegaste al final de tu peregrinaje, pero no hay salida alguna. No encontraras a tus Muertos en las tumbas, ni cerca de los huesos, ni en la fosa de las letrinas. No es ahí donde te esperan, sino dentro de ti. Sólo sobreviven en ti y tú sólo por ellos. En ellos desde ahora sacarás tu fuerza, no tienes más opciones. Esa fuerza, nadie podrá arrebátártela. Te hará capaz de hacer lo que quizá hoy te parece imposible imaginar. La muerte de los nuestros, y nada podemos hacer al respecto, nos ha alimentado, no con rencor ni con odio, sino con una energía que nada podrá romper. En ti también habita esa energía, que nadie venga a hablarte de duelo si esa palabra significa que tus seres queridos deban alejarse. Al contrario, están contigo para darte el coraje de vivir, de triunfar sobre las pruebas, ya sea en Ruanda o en el extranjero, si decides regresar. Están ahí, a tu lado y puedes contar con ellos.

El sol saliente iluminaba la estrecha celda. Ella se había sentado al borde de la cama. Había escuchado con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Se dejó invadir por las palabras del guardián de los Muertos y la desesperación, poco a poco, había soltado su control.

Permanecieron un largo tiempo cara a cara, sin decir nada. El visitante tomó una pequeña calabaza que había puesto a sus pies. Le hundió un popote:

- Esta cerveza de sorgo, dijo él, la preparé para los Muertos de quienes soy huésped. Compártela con ellos como lo hago yo.

Le acercó el popote y ella sorbió el líquido. Cerró los ojos. Una dulce amargura invadió su boca, como una sensación redescubierta.

- Ahora, dijo el guardián de los Muertos, ¿de qué tendrías miedo?

## 2. MEMORIAS DE UN SUICIDA

Hoy he muerto. ¿O quizá fue ayer? ¡Da igual! El tiempo ya no existe para mí. Sólo hay eternidad vacía, inmensa, infinita.

Me suicidé. Sí, me colgué de un mango, cerca del pequeño lago Medongo no lejos de Bami. Hice un nudo corredizo y lo até a una rama. Subí al árbol y me pasé la soga al cuello. Cerré los ojos intentando no pensar en nada. Pronto acabará, me dije, seré libre. Abrí los ojos, miré la naturaleza por última vez. El sol estaba abajo, la noche no tardaría en caer. El clima era gris, una lluvia se anunciaba. No perdía nada al partir, sin duda. Crispé los puños y salté.

*¡Yéh! ¡Yeké! ¡Yekekelé! ¡Yekekelé kelé!*

Aquel grito de sorpresa me sacó de la nada. Es una anciana arqueada por el aplastante por el peso de una cesta llena de tubérculos de yuca. Estaba paralizada y hacía muecas de reprobación frente a mi cuerpo sin vida, que se balanceaba suavemente al final de la soga, a merced del viento: los ojos en blanco, la lengua colgante; tenía baba en las comisuras de los labios y la cabeza se inclinaba un poco de lado. Cuando salió de su asombro, la anciana huyó a toda prisa, abandonando la carga que, de cualquier manera, era demasiado pesada para sus frágiles hombros.

Yo miraba con tristeza el cuerpo que jamás volvería a habitar. Quise tocarlo y mis dedos sólo encontraron el vacío. Ya no era más que un espíritu. Solté una queja y los pájaros que cruzaban por el cielo precipitaron su vuelo, atemorizados.

Pensaba en mi nueva condición cuando oí pasos precipitados. La anciana había alborotado a todo el barrio. *¡Vengan a ver la brujería!* No paraba de repetir, aun sin aliento. Los recién llegados me reconocieron al instante.

- Pero... pero... es Capo –balbuceó alguien.
- Increíble, pero sí es él, Capo Músculo –confirmó otro.

- Dios mío, ¿en qué estaba pensando? –Preguntó un tercero– No puedo creer que Capo se haya matado, si era tan fuerte y temido.

¡Ya hablaban de mí en pasado!

Es cierto, era conocido por mi fuerza física. Me conocían como un peleonero. Si alguien buscaba pleito, yo golpeaba, lo que me había costado algunas estancias cortas en prisión, por cierto. Era duro y la gente me temía. Me apodaban Caporal Músculo y, para hacerlo más corto, todo el mundo me llamaba Capo. Y pues ya nadie recordaba mi nombre. Capo me iba como una segunda piel.

- ¡Qué lástima matarse así! Quizá tuvo un acceso de locura para hacer algo así – continuó alguien.

Daban vueltas alrededor de mi cadáver con hipótesis sobre las causas de mi suicidio.

- No, no estaba loco. Y pensándolo bien, por más músculos que tuviera, sólo era un cobarde, respondió otro.

Esas palabras me irritaron en lo más profundo. Habría querido decirles que pararan de hablar de mí como si no estuviera, como si ya no existiera. Abrí la boca y emití sonidos ininteligibles para ellos. Si estuviera vivo, haría que se tragaran sus comentarios, uno a uno.

Aún rumiaba mi ira cuando mi esposa llegó. Llevaba su viejo *kaba*, un largo vestido decorado del día internacional de la mujer, edición de hace cuatro años. Llevaba el pañuelo torcido. Empapada de lágrimas, se arrojó a mis pies, que pendían a un metro del suelo.

- Capo, Capo –dijo mientras me sacudía– Capo, en nombre del cielo, dime que no es verdad, que no lo has hecho. ¿Por qué, Capo? ¿Qué te hice para merecer este castigo?

Balbuceaba y, por turnos, se lanzaba sobre mi cadáver, se tiraba de los pelos o se tiraba al suelo.

- ¿En manos de quién me dejas? ¿Y nuestras criaturas? ¿Pensaste en nosotros? ¡Dímelo!, ¿siquiera lo hiciste? ¿Qué le voy a decir a la gente, a tu familia?

Levantó el costado de su *kaba* y enjugó sus lágrimas. Luego, con tranquilidad repentina, se volvió hacia los asistentes. Tenían cara de entierro.

- ¿Alguien puede cortar la soga?

Nadie se propuso. Al contrario, todos retrocedieron, horrorizados. Desamarrar a un suicida, dicen, atrae la desgracia. Alguien sugirió llamar a la policía. Mi esposa, con un tono que no admitía negativas, dijo que no sería necesario.

– Como nadie quiere bajarlo, lo haré yo misma.

Recogió un machete que sobresalía de la cesta que abandonó la anciana y escaló el árbol con movimientos decididos. Con tres enérgicos golpes cortó la soga y mi cuerpo cayó pesadamente sobre el suelo, con un ruido sordo.

Thrisia se acercó a mi cadáver que miró por un momento. Luego, de repente, me asestó una violenta patada en las costillas.

– Ingrato, cruel, egoísta –me insultaba pateándome de nuevo–. Mira lo que has hecho con tu vida. Nunca pensabas en los demás. Quizá crees que me voy a lamentar y llevar el duelo. Pues bueno, te equivocas. No mereces la más pequeña gota de lágrima. ¿Quisiste morir? ¡Pues vete! Nadie te detiene. Viviste como un perro, mueres como una rata y serás enterrado como un bandido.

Se preparaba a darme otra patada cuando unos brazos vigorosos la detuvieron.

Yo estaba pasmado. No reconocía a Thrisia. Ella, siempre tan tímida, tan temerosa, tan dócil. La esposa con la que pasé quince años de mi vida. Sentado sobre la rama para contemplar la escena en mi modo espectador, algo en mí se agitaba. Mi corazón sangraba. ¡Qué palabras tan duras me lanzaba! ¡Qué palabras tan difíciles de escuchar! Desesperado, dejé escapar un lamento desgarrador. Los perros huyeron ladrando. Un silencio lleno de miedo se instaló en el lugar y a todos los invadió una extraña angustia. Se les pusieron los pelos de punta

Tenía dolor, pero no en el cuerpo que ya estaba muerto, sino en el alma. Aún no lograba creer que mi mujer me hubiera dicho todo eso. Hacía tiempo que sabía qué esperaba de ella, pero su violencia me impactó. Me consolaba creer que había hablado y actuado bajo la ira nacida de su desesperación. Thrisia nunca me había hablado así en los años que vivimos juntos. Jamás un grito; jamás una palabra más fuerte que otra. Era la calma personificada y justo por eso me había casado con ella. Quería una mujer condescendiente que no me

fastidiara, que fuera parte de mi casa y que dejara amablemente que la olvidara la mayor parte del tiempo. Y rebasó por mucho mis expectativas.

Thrisia había perdido a sus padres a los 16. Sus dos hermanos habían muerto el mismo año, de una enfermedad misteriosa. Como fue la única sobreviviente de su familia, los habitantes de su pueblo la miraban con desconfianza. Un familiar me contó un día la historia de aquella chica que, desamparada en el mundo, vivía aislada. Añadió que, dócil y tímida, casi nunca hablaba. Fue entonces que decidí hacerla mi esposa. Correspondía exactamente con lo que buscaba. Una mujer para la que yo sería todo y que no sería nada para mí. Mi madre no estaba totalmente de acuerdo. Decía que Thrisia tenía ojos de desdicha. Pero no se atrevió a oponerse a mi decisión, muy contenta de que por fin haya decidido casarme a los 34 años. Lo que para ella era un récord de celibato.

Dicen que el matrimonio tiene efectos profilácticos. Yo nunca conocí ninguno. No tuve de mi matrimonio más que una tediosa monotonía, soledad y algunos críos: seis en total. Si dos no hubieran muerto a corta edad, serían ocho. Mi mujer, como algunos graciosos se divertían en hacérmelo notar, siempre estaba embarazada o dando pecho. Es Dios quien los regala Dios da los hijos y nosotros los recibimos con los brazos abiertos.

Thrisia ostentaba permanentemente una máscara de pena. Indiferente y pasiva, era fría como un iceberg. Nada la hacía reír. Si yo pasaba la noche fuera de casa, nunca me preguntaba dónde había estado. Si yo le explicaba, escuchaba en silencio y no decía nada, no preguntaba ni se quejaba nunca. Para la mesa, ella aceptaba los 10,000 francos que yo le daba con la misma expresión que aceptaría 200. No cambiaba ni cuando le decía que no tenía absolutamente nada. Después de un tiempo, su silencio e indiferencia eran exasperantes. A veces, para intentar relajarla, la tomaba de manera violenta, salvaje. Tampoco reaccionaba; sufría mis embestidas sin quejarse, pero con un atisbo de desprecio en los ojos que me miraban fijamente con insondable e infinita tristeza. Tomé de ella todo el placer que podía, y habría renunciado a tocarla desde hace mucho si no me llamara Capo. Su gélida mirada habría bastado para volver impotente a cualquier otro hombre. Apenas reía y a veces me daba la impresión de que era una muerta andando.

Mi esposa no tenía ni amigos ni pasatiempos. Su única felicidad era nuestros hijos, a quienes amaba sinceramente. Y ellos a ella. Formaban un clan unido del que yo era excluido. Lo confirmé un día cuando regresaba a casa más temprano que de lo habitual. Como de costumbre, caminé con pasos silenciosos, porque me gustaba saber qué pasaba en mi casa en mi ausencia. Nadie me escuchó llegar. Thrisia y los niños estaban sentados en el patio, reían a carcajadas. Mi mujer parecía ser feliz en aquel instante, quizá porque reía. Esa felicidad la hacía bella, de una belleza tranquila que nunca había sospechado. Mi hijita de cinco años, Fifi, le contaba cómo había bailado balé en la escuela, y sus hermanos asentían.

- Es verdad, mamá, bailó muy bien y la gente aplaudió mucho –dijo mi primogénito de doce años.
- A ver, muéstranos cómo bailas.

Acompañada de los demás, comenzó a tararear una canción, marcando el ritmo con las palmas.

Y mi hija bailó. Era cierto, bailaba bien y yo estaba orgulloso de ella. Thrisia bailó también, luego tomó a la niña, la hizo dar vueltas en el aire y la cubrió de besos. Los demás también le pidieron.

- ¡Un beso, un beso, mami!
- Les dio a todos un poco, generosamente.
- ¿Quién quiere? ¿Quién quiere besos? ¡Muac!

Estaba atónito. Mi esposa e hijos, normalmente lúgubres y tan aburridos, reían. No lo habría creído de no haber asistido a la escena. Entonces, mi esposa no era un iceberg. Podía amar y mimar, si lo quisiera. ¿Por qué nunca me lo había demostrado?, ¿por qué nunca me había abrazado, con ojos relucientes de alegría, como lo hacía en ese instante con nuestros hijos? A mí, nunca me sonreía. A mí, nunca me acariciaba. Acababa de descubrir una nueva Thrisia y una esperanza irracional nació del fondo de mi corazón. Salí de la penumbra y caminé al patio.

En cuanto me vieron, mi mujer y mis hijos dejaron inmediatamente su juego. Sus rostros ya no reían y reencontraron su pasividad, con culpa además, como si los hubiera pescado

haciendo algo prohibido. Evidentemente, esperaban que los reprendiera. Me acerqué a mi hija y me acuclillé para estar a su altura.

- Entonces, Fifi, ¿es cierto que bailaste en la escuela? –pregunté con mi más grande sonrisa.
- Sí, papá –respondió con una voz apenas perceptible. Bajó los ojos, atemorizada.
- Muy bien, hija mía, te mereces un regalo. ¿Qué quieres de regalo?

Silencio. Fifi miraba fijamente el suelo, lista a salir disparada a la más mínima amenaza. Se habría podido escuchar un mosquito pasar. un poco sorprendida Mi mujer me miraba fijamente como diciendo: *déjala tranquila, déjanos en paz*. Thrisia podía ocultar sus sentimientos, mostrarse indiferente, pero siempre supe leer sus ojos. No entendía por qué no me apoyaba en ese preciso instante en el que necesitaba tanto su ayuda. Perdí la paciencia, mi voz subió de tono.

- Bueno, Fifi, ¿vas a querer el regalo sí o no, mierda?

Su cuerpecito entero se puso a temblar. Lágrimas escurrieron por sus mejillas y corrió a agazaparse en los brazos de su madre, quien la estrechó como si acabara de escapar del más grande peligro. Me levanté. Seis pares de ojos me miraban con hostilidad, esa hostilidad contra la cual varias veces había chocado sin poder comprenderla. ¿Pero qué hice, Dios mío, para asustarla a tal punto? Nunca había levantado la mano sobre mi mujer ni mis hijos. Sin embargo, se comportaban como si yo fuera el peor de los tiranos. Giré los pies y regresé al bar del que venía.

Mi esposa parece ser pequeña e inofensiva. Pero sólo yo conozco el violento odio del que es capaz y cuánto puede disimular sus sentimientos. No, Thrisia no hablaba, decía todo con la mirada. Varias veces había notado que me detestaba. Sabía que nunca me había amado; sólo se había casado conmigo porque no sabía a dónde ir. Yo era para ella maná caído del cielo cuando más lo necesitaba. le aseguraba una techo y comida, además le permití tener hijos, su única pasión. Cuando le pedí que se casara conmigo, ella me miró por mucho tiempo, con una de sus miradas incomprensibles, luego, simplemente asintió. Entonces la llevé e instalé en mi vida.

Siempre tuve la impresión de que ella conocía mi más mínimo pensamiento, que me podía leer. El día de mi muerte, mi decisión estaba definitivamente tomada. Me quedé en casa todo el día, tranquilo en apariencia, pero nervioso por dentro. Mis manos temblaban. Había fumado en unas horas tres cajetillas de cigarros, uno tras otro. Me bañé, me puse ropa limpia y negra. Luego desaté la soga con la que había anudado unas tablas algunos días antes. Mi mujer, que nunca indagaba nada, me preguntó a dónde iba con esa cuerda. Me miraba como si lo supiera, y una pequeña sonrisa de satisfacción, que le costaba contener, le torcía los labios. Su mirada parecía decirme *mientras más rápido, mejor*. No me tomé la molestia en responderle y me fui a paso lento hacia el lago Medongo.

Transportaron mi cadáver al patio de la pequeña casa con habitaciones que alquilaba en Bami. La noche y una fina lluvia lo habían cubierto todo en sombría envoltura. Me dejaron al ras del suelo, con la soga aún atada al cuello, los ojos todavía abiertos, enormes. Era la tradición. El cadáver de un suicida no puede entrar a la casa, o daría mala suerte a sus habitantes. Mi mujer tuvo un conciliábulo con los ancianos de mi tribu.

- Hay que llevar el cadáver al pueblo esta misma tarde. Los restos de un ahorcado no se pueden quedar en la morgue. Sería un gasto inútil, además. También hay que embalarlo en mimbre o en una tela, no tiene derecho a un ataúd –dijo el más viejo de ellos.

Y añadió:

- Mujer, cuídate de no soltar un sólo grito, ninguna lágrima debe salir de tus ojos, aunque te duela mucho. Y vigila que tus hijos hagan igual. Y habrá que desalojar la casa. Empaca todo, nos vamos al pueblo a medianoche.

El decano lanzó una mirada circular en mi casa y asintió. A decir verdad, pensó, no habrá mucho por empacar.

Ahora regresaba al pueblo treinta años después con los pies por delante y, como únicos bienes, una viuda y seis huérfanos, algunas viejas cazuelas, tres sillas cojas, una cama rota y una radio antigua que heredé de mi abuelo. Una radio que, de vez en cuando, no captaba más

que la emisión nacional, con una interferencia insoportable. En ese instante comprendí todo el significado del adagio que dice que un carnicero sólo come huesos y que un zapatero va descalzo. Yo era ebanista desde mis veinte años y no tenía muebles. Qué raro, era como si no lo hubiera notado hasta este momento. Había pasado la vida fabricando muebles para los demás, pero no poseía ninguno.

El camión salió a medianoche en punto, demasiado apresurado por llevarme a mi última morada. Habían envuelto mi cadáver con en el colchón que apestaba a pipí de los niños. Varios hombres y mujeres de mi pueblo acompañaron mis restos. Mi esposa estaba sentada en la parte trasera del vehículo, rodeada de nuestros hijos. La más pequeña, de apenas seis meses, jalaba del flácido seno de su madre. Como no logró acomodarse, comenzó a patallar y a lanzar unos gritos que rompieron el silencio del camión. Al borde de los nervios, Thrisia le propinó un manotazo bien dado en las nalgas.

– Cállate, ya cállate. ¿Me quieres volver loca?

El bebé gritó con más intensidad. Thrisia la tomó en sus brazos y la meció estrechándola fuertemente. Tenía lágrimas en la comisura del ojo y se veía que le costaba contenerlas.

– Perdón, perdón mi bebé, mami no lo volverá a hacer. Sabes que mamá te ama mucho. Shhhh, bebé hermosa, cálmate y duerme, duérmete.

Tarareó una canción de cuna en voz baja. La niña se durmió. Yo miraba el rostro apacible de mi hija y el remordimiento me asaltó. ¿Qué será de ella? Yo sabía que mi esposa amaba a nuestros hijos y que los consentía en exceso, pero ¿eso bastaría? Tuve lástima por ella, por nuestros hijos.

Nosotros – los pasajeros y yo– llegamos al pueblo al alba. La concesión aún dormía. El chofer tocó el claxon y la coesposa de mi madre salió primero, encorvada sobre su bastón de caña. Como mi padre había muerto hace un incalculable número de años y todos los hijos vivían en la ciudad, no quedaban en aquel lugar más que ella y mi vieja madre. Después de ella, salió mamá. Algunos vecinos también.

– ¿Qué pasa? –preguntó mi madre apretujando a sus nietos con sus brazos.

El patriarca le tomó la mano y, de la manera más tranquila posible, le anunció que me había suicidado, que me había colgado, y que mi cadáver estaba ahí, sobre el portaequipajes, envuelto en el colchón.

Mi madre lanzó un grito estridente y cayó inerte sobre el suelo. Por un momento temieron por su vida, pero rápidamente recobró sus espíritus.

- ¿Qué acabas de decir? Espetó. No lo creo, ¡mi hijo Capo no se pudo suicidar, y menos así! ¿Colgado? No es posible, debe haber un error. Debió perder la razón. No, no, no es verdad.

Sacudía la cabeza y se arrancaba el pelo. Su pañuelo yacía sobre el suelo. Thrisia caminó hacia ella para consolarla, pero mi madre la rechazó violentamente.

- Atrás, malvada mujer. ¿Qué le has hecho a mi hijo para llevarlo al suicidio? Tú lo mataste con tus malos tratos. Eres mala, siempre lo supe. Atraes la desgracia a la gente que te rodea. A mi hijo sólo le diste mala suerte. Desde que te encontré, su vida se fue al fracaso. Dime lo que hiciste. ¡Dímelo, maligna!

Mi esposa retrocedió hasta verse atrapada de espaldas al muro. Mi madre le escupió al rostro, antes de desplomarse nuevamente sobre el suelo, donde permaneció postrada. Me acerqué para sentarme junto a ella. Me habría gustado acariciarle el pelo, decirle que ahí estaba, cerca de ella. murmuraba palabras incomprensibles y de pronto parecía más vieja. Con casi ochenta años, no tenía, en realidad, necesidad de todo eso.

Mis funerales fueron los más tristes a los que haya asistido. Sin llantos ni colación. Si alguien quería recuperar las fuerzas, salía de la concesión e iba a comer a otra parte. Habían aventado mi cuerpo al patio como si fuera un vulgar envoltorio. Aún tenía la soga al cuello, la lengua me colgaba y mis ojos estaban en blanco. Mi cadáver daba miedo a cualquiera que se acercara. Y ahí permaneció en el patio todo el día bajo el sol. Desde el escándalo con mi madre, Thrisia se escondía. Durante ese tiempo, algunos hombres fueron a buscar a los brujos curanderos para llevar a cabo los ritos de purificación necesarios para ahuyentar la maldición de la familia y desvincularse de mi acción. Llegaron al caer la noche. Uno me tomó del brazo y otro del pie. Me transportaron a un rincón apartado del lugar, en el campo. Eran los únicos

con la capacidad de llevar a cabo esos ritos fúnebres particulares, los de los suicidas y, principalmente, los ahorcados. Porque no todos los suicidas están al mismo nivel. Para esos rituales, la presencia de cualquier no iniciado estaba prohibida. Me desvistieron porque, decían, no merecía ni siquiera la ropa que llevaba. Luego, con largas fustas, tres de ellos me dieron nalgadas hasta el agotamiento, mientras que el cuarto sostenía la soga entre sus manos. Ese último sacó un cuerno de antílope de su bolso y vertió un líquido negruzco sobre mí diciendo:

- *Sí*, dios de nuestros ancestros, nuestro hijo ha sido tan malo que se ha colgado. Aún tiene la cuerda de su crimen alrededor del cuello. *Sí*, cierra para él las puertas de tu casa; desprécialo para que no entre en tu santa morada y que erre eternamente como el hijo infiel que es. Padres míos, he aquí al hijo indigno. Expúlsenlo para que no los corrompa. No es digno de descansar ante los ilustres ancestros que son ustedes.

Enseguida sacó un polvo blanquecino y la esparció sobre mi rostro.

- Que el reposo te sea para siempre negado; que la tierra de nuestros ancestros pese densamente sobre tu cuerpo; que las hormigas te devoren hasta el último hueso; que tu alma jamás repose en paz. Hijo ingrato, mira cómo nos agradeces por haberte dado la vida, con una muerte vil y denigrante. Que la desgracia y desaprobación que has derramado sobre tu familia y tu pueblo te sean devueltas al céntuplo.

Por turnos, cada uno de ellos me escupió al rostro. Se fueron sin volverse. Mi cuerpo pasó toda la noche al descubierto.

Qué extraño velorio el que me organizaron. Velé por mí mismo.

No podría describir los sentimientos que me animaron toda la noche. Al matarme, creía escapar a mis tormentos, pero en la muerte encontré tormentos peores. Mi sufrimiento pasado no era nada comparado con el dolor presente. Nunca había sido tan desdichado, mi alma lloraba sangre. Ser rechazado en la muerte es la peor cosa que le puede suceder a un hombre.

Pensaba que mi muerte sólo me afectaría a mí, pero no. Toda mi patria se encontraba herida. Mi familia, mis pocos amigos, mi comunidad, todos me condenaban sin preguntarse

por qué lo había hecho. No les interesaba. Para ellos, nada justificaría el suicidio y lo consideraban como un perjurio.

Siempre he creído que somos libres de morir si la existencia no parece odiosa. No comprendo por qué el mundo reprueba mi acción. ¿Entonces no puedo morir cuando quiero? ¿Mi vida no me pertenece acaso? ¿El derecho de vivir no conlleva, lógicamente, el derecho a morir? ¿Por qué esas personas me condenan? Fui un paria toda mi vida y en la muerte también lo soy. Los manes de mis ancestros me pidieron cuentas a la media noche: *¿qué has hecho de la vida que te hemos dado?* Los espíritus me miran con circunspección. Dios mío, ¿no acabará nunca?

Quizá hubiera sido mejor dejar una carta de explicación. Pero me parecía estúpido y denigrante. Es como suplicar a los demás que por favor nos comprendan. Una vez muerto, pensaba, ya no me importará la opinión de los demás. Pero, uno deja una carta cuando sabe que lastima a alguien más. De mi parte, no había nadie que sufriría mi partida, fuera de mi vieja mamá que, de todas maneras, estaba a punto de irse al otro lado. Con mi muerte, no perjudicaba a nadie. Al contrario, liberaba a mi familia de una presencia que apenas soportaba.

Pero comenzaba a dudar de las razones que me habían empujado al suicidio. Ya no me pesaba tanto la carga que les atribuía cuando estaba vivo.

¿Y por qué me maté, entonces? No sabría decirlo exactamente. Quizá las circunstancias desafortunadas y mi extrema lasitud me llevaron al límite. Otra vez experimenté mis tormentos.

Era indiscutible que ya no quería vivir. Estaba cansado de matarme trabajando, ¿y por nada? Desde que fui a la ciudad en busca de fortuna, ejercí distintos oficios con beneficios inciertos. No saqué provecho en ningún lugar: albañil, zapatero, vendedor ambulante, guardia nocturno, sepulturero... Terminé por convertirme en ebanista. Pero tampoco las cosas mejoraron. Me hundía más y más en la miseria y la pobreza. Y, sin embargo, el cielo es mi testigo, no pedía mucho a la vida. Sólo con qué criar, incluso modestamente, a mis hijos y un

poco de amor. Pero ese amor, no lo encontraría en mi hogar. Mis hijos sólo querían de mí un techo, comida y educación y no me daban nada a cambio.

Estaba solo en una casa llena de gente. Nadie con quien hablar, nadie que se interesara en mí, por lo que soy; ni siquiera mi esposa, mucho menos mis hijos que habían heredado la sumisión y docilidad de su madre. Jamás me dieron la oportunidad de amarlos. Esos críos que me veían con sus ojotes hambrientos nunca me pedían nada, pero esperaban de mí más de lo que les podía dar, algo que yo no poseía: el presente y el futuro.

Si estoy muerto, no es por falta de amor hacia mi mujer e hijos, aunque estaban envueltos en mi vida de una forma superficial. No eran más que sombras que habitaban mi existencia. Peor, eran lobos que me devoraban poco a poco. No merecieron que viviera para ellos.

Estaba cansado de fingir estar bien en mi pellejo, de ser lo que no era. Nunca fui la persona dura que todo el mundo creía. Al contrario, tenía una sensibilidad a flor de piel y una necesidad de cariño que se intensificó con la edad y que disimulaba en los puñetazos muy generosamente distribuidos.

Se dice que la esperanza hace vivir, pero la esperanza nunca ha saciado a nadie. Las decepciones repetidas de mi vida me hicieron renunciar a ella sin pena. Estaba agotado de todo; mi vida estaba vacía y mis ambiciones eran vanas. La vida sólo se soporta si tiene una razón de ser. Sin embargo, la mía no tenía ningún objetivo. Me acusaban de ser deshonesto, buscapleitos, apostador, déspota, etcétera. ¿Era mi culpa ser yo mismo y no alguien más? Los pocos amigos que hubiera podido tener se alejaron de mí; mi familia nunca me fue cercana; fui incapaz de hacer el bien a quien sea, incluso a mí mismo.

Era un fracasado, mi esposa me lo decía claramente con su mirada. Nadie me ama, nadie me extrañará, pensaba. ¿Por qué debía vivir por gente que no me necesitaba? ¿Por qué debería soportar esa vida, trabajando hasta el cansancio hasta fallecer un día? Así que mis esfuerzos habrían sido en vano. Mejor morir hoy. Además, ¿qué diferencia tiene morir ya, ahora o en veinte años? Los años que aún podría haber vivido no parecían valer la pena. Ya no tenía la fuerza. Quería abandonarlo todo, antes de que me abandonara a mí.

Se dice que nada se compara con el precio de la vida. Pero ¿la vida misma vale algo? Quizá tenía inclinaciones suicidas. Varias veces lo pensé, pero siempre me abstuve, reconfortándome con la idea que era para cobardes. Sin embargo, ¿no se necesita una buena dosis de valentía, de valor mórbido nacido de la desesperación, para meditar y organizar la muerte propia? Escuché decir que el suicidio es el estado donde se mezclan la extrema valentía y la absoluta cobardía. Yo digo que hace falta más valentía que cobardía para renunciar al bien que el mundo entero persigue. Mi acción no fue un impulso, yo preparé mi suicidio por tres días y tres noches, con calma y perseverancia.

Todas las razones que evocaba ya no me parecían tan apropiadas, tampoco tan terribles a como me parecían cuando saltaba del mango con la soga al cuello. ¿Me confundí sobre lo que me impulsó a hacerlo? ¿Convertí mi fastidio y mis pequeños enojos cotidianos en cargas insoportables? ¿Entonces, por qué me maté? ¿Estaba predispuesto a hacerlo? Debo ser parte del contingente de muertos voluntarios que la sociedad se paga como impuesto cada año.

La lluvia cayó sobre mi cadáver toda la noche. La tierra se acumuló sobre mi cuerpo en pequeños terrones, de forma que, cuando vinieron a enterrarme temprano por la mañana, ya estaba casi sepultado. Me di cuenta de inmediato que mi hermana Esther estaba ahí. Debí viajar de noche para llegar antes del amanecer. De todos mis hermanos y hermanas, Esther era la que me ofrecía cierto cariño. Pero nos veíamos tan raramente que a veces olvidaba su existencia. Cuando vio mi cuerpo, llevó sus manos a la cabeza y sacudió los pies en el lodo.

- Capo, Capo, ¿Qué hiciste? ¿Por qué no me hablaste? Habríamos encontrado una solución. Capo, ¿tan poco valgo para que no pensaras en mí antes de pensar en un acto así?

Aunque murmuraba esas palabras, las oía, lo que aumentó mi angustia. Escrutó los árboles de los alrededores, como si buscara algo.

- Capo, ¿me escuchas? Sé que estás aquí, puedo sentirlo, respóndeme.

Pero por desgracia ya no podía. Habría querido besarla una última vez, decirle cuán arrepentido estaba de la pena que le causaba. Pero ¿de qué habría servido? Hay cosas que no podemos deshacer.

Los sepultureros cavaron una tumba. Cuando terminaron, los brujos de la noche anterior me agarraron una vez más y, sin más preámbulos, me echaron en la fosa, donde caí de cara al lodo. El más anciano de ellos murmuró otra vez unos hechizos para evitar la maldición. Después espetó:

- Que nunca vuelva a pasar. Ni en esta familia ni en este pueblo. Ninguna desgracia, por grande que sea, justifica que alguien se mate. El hombre puede aguantarlo todo. ¿Para qué precipitar la muerte que llegara de manera inexorable un día u otro? ¿Por qué acelerar su venida y dejar a sus seres cercanos con remordimientos sin fin? La vida es sagrada, nadie tiene el derecho a tomarla, porque toda vida pertenece a *Sí*. Nosotros no debemos desdeñar esta vida que se nos otorga gratuitamente. Nadie tiene el derecho de matar, ni siquiera a sí mismo, y todo suicidio es un sacrilegio. Por eso, hijo ingrato, no te decimos adiós, sino que te damos la espalda.

Luego, se volvió hacia los asistentes:

- Hermanos míos, aquí está uno de nosotros, tendido. Reconozcamos cada cual nuestras acciones y veamos en qué hemos fallado. Pongámonos al servicio del otro, para que pueda apoyarse sobre nosotros en la desesperación. Sepamos rodearnos de amor y afección, para que nunca más experimentemos lo que presenciamos hoy. Bien, he hablado, añadió enfático, antes de retirarse, seguido por sus compañeros.

Los sepultureros me cubrieron.

No tuve derecho a puños de tierra delicadamente arrojados por manos amigas. No hubo, en mis exequias ni flores, ni llantos, ni mortaja, ni ataúd, ni cánticos religiosos, ni siquiera una autopsia tradicional. Tenemos la costumbre de enterrar a nuestros muertos detrás de la choza. Pero a mí me enterraron en el campo, que estaba a punto de ser abandonado a la maleza y a los demonios. Me habían azotado y arrojado al barro durante toda la noche. Me habían enterrado desnudo y me habían negado los honores de un funeral.

Quizá la vida no valga la pena de ser vivida, pero el suicidio menos. El suicidio arrebató la etiqueta de ser humano para remplazarla por la de parásito, perro, menos que gusano de tierra. Lloraba de tristeza. Mi vida no podría haber sido peor que la muerte.

Poco a poco, la gente dejó el campo para regresar a la concesión. Yo miraba mi tumba. ¡Ni siquiera había un cúmulo para indicar una sepultura! Mi cuerpo estaba ahora abandonado a las termitas y otros insectos antropófagos. Ya no tenía más que hacer ahí. Me aterró la idea de estar solo. Mi espíritu siguió a las últimas personas que dejaban el lugar.

Cuando llegué a la concesión, vi a mi madre que le gritaba a Thrisia y la jalaba del cabello con las pocas fuerzas que le quedaban. Había convencido a mis hermanos de expulsar a mi esposa de la familia. Le habían quitado a los niños.

- ¡Vete!, gritaba mi dulce madre. Mujer de mala ralea, tú mataste a mi hijo, tú lo asesinaste por tus malos tratos. Te irás de la familia como viniste, sin hijos. No los vas a alimentar con tu perfidia.

Mi mujer lloraba. Suplicaba que le dieran a sus hijos. Que le dejaran irse al menos con la más pequeña. Se tiró a los pies de mi madre, pero la rechazó. Uno de mis hermanos, con quien nunca me llevé bien, agarró a Thrisia por el brazo y la arrastró fuera de la concesión.

Miraba tristemente a la que había sido mi compañera por largo tiempo. Si nunca me confesó amor, tampoco había sido mala conmigo. Indiferente, sí, pérfida, hipócrita, pero nunca mala. Yo la miraba irse por el camino, titubeante, desgredada, descalza, sin otra cosa más que su eterno *kaba* del día internacional de la mujer. ¿Dónde se refugiaría? No tenía familia, amigos ni lugar a donde ir.

No quería eso, Dios es mi testigo. Al morir, quería simplificarle la vida a mi esposa. Pero la puse en una situación inextricable. Estaba perdida sin nuestros hijos, su razón de vida.

¿Qué le esperaba en ese camino? ¿La locura, la muerte...? ¿El suicidio quizá?

No soy más que un ánima en pena que erra en lo profundo de la eternidad.

¡Qué no daría por morir otra vez y escapar a mis tormentos!

### 3. DAMIDA, LA PEQUEÑA CRIOLLA

#### LA PURGA CRIOLLA Y LA SALUD CRIOLLA (PRIMERA PARTE)

Y, ahora más que nunca, el escritor criollo sentado frente a su hoja se da cuenta de hasta qué punto, sobre aquella línea opaca entre lo oral y lo escrito, debe abandonar una gran parte de su razón, no para divagar, sino para hacerse vidente, inventor de lenguas, anunciador de un mundo otro.

Quiero decir que debe hacerse Poeta.

Escribir.

Escribir para alimentar su soplo hambriento de pasión,  
conteniendo el agua de la mirada interior mediante la atención.  
Véyé jé a-w ! (¡Mantente alerta!)

Escribir para observar la tecnología del mito,  
Oh sede universal de los ermitaños de poder absoluto.  
Pa ni bwui ! (¡Paz y Unidad!)

Escribir para iluminar su PREvisión diaspórica,  
para la dimensión intuitiva de la unión magnética.  
Mété-w an kontak-dirèk ! (¡Conecta directamente!)

Escribir para extraerse la contaminación intelectual  
y brillar en lo oscuro del Principio espiritual.  
Mété limyè ! (¡Resplandece!)

Escribir para que Tradición y Juicio encarnen la alianza  
en la cima de la sumisión, virtud de clarividencia.  
Gadé byen an dèwdan-w ! (¡Mira dentro de ti!)

Escribir para exorcizar la soledad de negra  
en busca del Gran yo en el Reino de la Ternura.  
Ka ki pli bèl ki sa ? (¡Qué bello!)

Escribir porque los elementos de nuestras lágrimas  
son vitales y los vectores de facundia nuestras armas  
Sé kyenbé rèd ! (¡Resiste!)

Escribir para encarnar el Bello Espíritu del Silencio,  
Trozos dorados de benevolencia en opulencia.

Pa ni gran-zafè ! (¡Oh divina simplicidad!)

Escribir para honrar a los griots, hombres y mujeres, literarios, venerados por sus Bellas Palabras Criollas temerarias.

Nobèl kriyé “Mirak !” (Nobel exclamó: ¡Milagro!)

Y, antes que nada, escribir porque no sabemos... NADA.

El vacío en la raíz celeste del terrícola.

I yan ki la O wa-w ! (¡Cerquita de ti, mi Dios!)

\*

Poseída por el Espíritu de la escritura y la lectura, Damida no nictálope, durante su evasión literaria, se escondía bajo la cama la luz de una vela corriendo el riesgo de prenderle fuego, por su mamá, para que no le quitaran el sueño las lámparas que su hija olvidaba apagar, desconectaba el contador de luz. Las noches cuando su madre la sorprendía con un libro en la mano a la luz del fuego, metía rápidamente el ejemplar bajo la almohada, tomaba la luz con el brazo extendido y fingía ser sonámbula que intentaba freír tomatillo, su verdura preferida.

– ¡Los tomatillos! Debo freír los tomatillos, parodiaba acercándose a la escalera, lo que asustaba a la madre y la regresaba a la cama.

Su reputación de caminar dormida fue su truquito en la familia

¿La receta de tomatillos? En sus raros domingos de descanso, la mamá de Damida inventaba platillos para sus hijos. Entre ellos, tomatillos con salsa Guadaquileña. ¡Una delicia! Compraba grandes tomatillos tiernos. Primero, pasaba en una sartén aceite, ajo que machacaba con la hoja del cuchillo, cebollas y un ramillete de hierbas (perejil, civeta y tomillo) finamente picado. Añadía clavo, sal y algunos granos de pimienta molida, rociaba las especias con una copita de ron añejo y dejaba reposar. En otra sartén vertía una gran cucharada de aceite de anato, cubría los tomatillos cortados en gruesas rodajas de harina, los freía ligeramente y luego agregaba la salsa bouquet. En la cima, ponía un gran pimiento rojo. Acompañaba todo de pescaditos rojos, marinados en sal y limón, bien rostizados al carbón. ¡Man, Man! Ñam-ñam, no se desperdiciaba ninguna migaja. Se chupaban los dedos. Huguette era una cocinera excepcional.

Damida recibía sus doce años en la gran casa de un piso de la calle Père Labat. Y todo era pasaba allá, por supuesto, en Bas-de-Source. Calurosa, facinante y prohibida en los años 1960, esa arteria era el centro folclórico de Belle-Terre. "Sa ki pa konèt Bad-la-Sous pa konnèt Bèltè. (Quienes no conocen Bas-de-Source no conocen la Belle-Terre) era la cantinela de la orquesta “Les sousseurs-du-Bas”, muy de ahí.

Los zouk (lugares estrechos donde una gentitud baila) de “Chez Sous” y “Voyélimonté”, lugares prohibidos para las niñas, al exceso ardían. En diez metros cuadrados, un mar de hombres, mujeres y hombres vestidos de mujer se encanallaban, desgarraban, desahogaban y sudaban en el calor yen-yen, frotándose entre ellos al son del merengue, del mambo, de la guajira y del chachachá de Tito Puentes, Ismael Rivera, Pérez Prado y compañía. En los bares, le daban con fuerza al piano, entre ellos el de Man y Papá Baraviré “Aka Baraviré”. Entre los músicos, estaba el favorito de las mujeres, el famoso clarinetista de jazz criollo Christian Jean-Baptiste, peinado a la zazú, y el saxofonista Paul-Emile Toula, iban ahí a recuperar el aliento.

Mujer mamey, muy menudita en su vestido de flores desdibujadas de tanto lavar, Man Baraviré, una honesta mujer desilusionada, los rasgos hinchados de amargura, se bebía un sèk

grande cada que servía uno pequeño a un cliente. A veces se quedaba dormida detrás del mostrador pues no se perdía ni un trago. Del salón se veía el azul del mar. El barecillo, de paredes cubiertas por afiches de publicidad de cigarros “Job” y de bebés rosados alimentados con leche “Nestlé”, alimento de las solitarias dentro de los bebés antillanos, estaba amueblado con sobriedad de mesas cubiertas de viejos manteles encerado y sillas de fierro abolladas. “Aka Baraviré”, sitio popular de Bas-de-Source, siempre lleno de clientes habituales: jugadores de dominó, charlatanes y estribadores con el cigarro Job negligentemente entre los labios, un ojo clavado en el horizonte, para ser de los primeros en encontrar un trabajo a la llegada de los barcos bananeros. Completamente deshecha al término de la tarde, Man Baraviré subía reptando escalón por escalón hasta su sala, cuya ventana daba a su patio y agonizaba exclamando kouni a manmanw (“la vagina de tu madre”), contra todo lo que caía sobre sus glaucos ojos. Aquella altura la protegía mientras que tal ofensa liberadora exasperaba a su gente.

Hija única y heredera de comerciantes adinerados, engulló mucho tiempo con su familia para tener el derecho de invertir en ese despacho de bebidas que su madre aseguraba era la perdición para una joven mujer. Luego de su única visita a la biblioteca del pueblo donde había descifrado un libro, quién sabe cuál, que la había exaltado con el de poder femenino, despotricaría contra la descolonización de las mujeres porque ya era tiempo, pensaba ella, de inculcarse que las mujeres caídas eran como castañas porque volvían a crecer, así que tenían mucho que enseñar a la comunidad si se aliaban. Los hombres, por el contrario, son como frutos del árbol del pan, cuando madura, caen ¡pum! sin esperanza. ¡Y ese era el debate! El embrión de esa filosofía revolucionaria la inspiró a abrir su salón-bar para mujeres donde se imaginaba polemizar, argumentar, refutar, protestar, discutir por discutir, debatir sobre la condición de las mujeres con las mujeres. Pero jamás una mujer puso un pie en su bar, ni siquiera para ir a buscar a su marido. No estaba en código de etiqueta de Guadakera. Las mujeres que frecuentaban bares se aglutinaban más bien en la “Boulangerie-Bar-Bitopin” ([para inmigrantes y masones de Bas-de-Source](#)) el refugio de los marinos noruegos, pero no entraban a los restaurantes porque bebían a escondidas de todos, incluso de ellas mismas.

Con el tiempo, la atención al cliente y su amplia casa abierta que daba hacia el patio Baraviré, donde subarrendaba una amplia parte en recámaras, piezas separadas, en las que se alojaban familias numerosas, que seguido no tenían los medios para pagarle el alquiler y le secaban la garganta que había comenzado a humectar con tragos de ti’punch y que terminó por inundar a grandes tragos de ron que ahogaron su sueño y la embrutecieron al punto de que el sabor amargo había narrado su acrimonia. Su marido docker, Valentin Rosin, el magnífico y fornido negro apodado Papa incluso por los mayores, de notable sobriedad, reinaba en el lugar, con una tierna autoridad y un amordazamiento elocuente. Sorbía jugo de guanábana para calentar los músculos y jugaba al dominó para atraer a los clientes. Como mago, a veces hacía aparecer un centavo en la punta de sus largos dedos, ante los grandes ojos de Damida. Si ella se acercaba demasiado a la mesa de dominó, le lanzaba una miradilla que significaba “te puedes quedar” o “sólo saludas y te vas a jugar”, si la conversación de hombres no era para mujeres, y aún menos para niñas.

- Valanten, mako! Ou pa jan an kaz-la, fè moun chyé! Si apaté mwen ou patéké ni baw-lasa alòs ou ni entéré mété-w dwèt kon pikyèt. Ou konsa-w pè mwen. An sé yenki on fanm, apa kou an ké ba-w. Jòdi-la an paka fouté on mèd. Débouyé-w! (¡Valentin, nunca estás en casa y fastidias a todo el mundo! Si no fuera por mí no tendrías bar, así que mejor compórtate. Parece que tienes miedo de mí. Sólo soy una mujer, no te ganaré. Hoy, poco me importa la casa. Arreglátelas solo), gritaba Man Baraviré.

Por lo general muy ocupado, a Papá Baraviré no parecía molestarle el estado de su mujer. Prefería hacer lo que tenía que hacer: acostar a su mujer, limpiar el bar, reponer las botellas vacías, ir a buscar carbón para vender a las señoras del patio, vaciar los plataneros y ocuparse del jardín.

Su ecuanimidad procedía del cultivo de flores, árboles frutales y plantas medicinales en un inmenso terreno en el Bois-de-Magmo. A menudo se escapaba ahí con su hija Léontine, quien lo adoraba, un amor que Damida compartía. A veces le permitían acompañarlos, se iniciaba a la botánica, la ciencia de las verdaderas riquezas de la tierra. Dalias, rosas, *anthuriums*, rabos de gato, inmortales (*Erythrina corralodendron*), margaritas, adelfas, plátanos, madera, verdolagas (*Portulaca oleracea*), té (*Capraria biflora*), canelos, berenjenas, cristofinos (chayotes), quingombó, cocoteros... una exuberante vegetación se ofrecía a su pasión, fuente de perfecto bienestar. Esa feria de jardinería reavivaba mágicamente su elocuencia, que utilizaba para transmitir a las niñas las virtudes de las plantas: el semencontra se utilizaba para purgar las lombrices, el agoman para bajar la tensión arterial, la corteza de "palo mulato" (Simaruba) era buena contra la disentería, la flor de mantequilla, las bellezas nocturnas (*Calonyction aculeatum*) y las lenguas de buey (*Agave americana*) son venenos. Las raíces de la "Hierba de zorrillo" (*Petiveria alliacea*) son fortificantes si se utilizan en un baño y se añade hojas de "mirobolan" (*Hernandia sonora*) y hojas de "sanatodo" (Glicerina), una famosa panacea, y el remojo le traerá suerte.

Más abajo, un pequeño arroyo de agua helada y pura había creado un estanque. Léontine tenía miedo al agua y no se aventuraba. Endurecida por las duchas frías curativas de Matante Rietta (en otra aventura), Damida se zambulló desnuda, gritando de alegría. Las chicas volvían del Bois-de-Magmo frescas, afrutadas y floridas.

Cada año, antes volver al colegio, Huguette siempre hacía tragar a sus hijos una decocción desparasitante. Primero, tés de grama durante toda la semana, seguidos de un tratamiento consecutivo de té de hojas de semencontra. Luego venía la purga de aceite de ricino, unos días de sopas de verduras, la cura de aceite de hígado de bacalao, ampollas de vitamina B12, el famoso Quintonine, seguido de días de sandía y mango, dietas deliciosas para Damida. Le encantaban los mangos. Sobre todo, manzanas, huevos de codorniz, fruta injertada y venas delegumbre. Los primos de Anse-croix les descargaban sacos de arroz repletos de esas frutas, que su mamá escondía para que maduraran en una pequeña bodega bajo la escalera. Su famoso sonambulismo la convertía en un ratón dentro de un queso: se hundía entre los sacos y se atiborraba de fruta hasta que su vientre se hinchaba a punto de reventar bajo los regaños maternos. El tratamiento iniciaba con la molestia del aceite de ricino, que todos los niños aborrecían.

- Aunque vayan a la escuela descalzos, al menos estarán sanos, decía Huguette, agarrando a su progenitura y metiéndoles la execrable mezcla por la garganta.
- Fenné gyèl a-w Igyèt! Arété siléma a-w! Ba sé timoun-la on koud rònm! Gadé Léontine, pani pli kosto ki-y! (¡Cierra tu bocota Huguette! ¡Deja tu teatro! ¡Dale a los niños un buen trago de ron! Mira a Léontine, nadie más fuerte que ella), aseguraba la dueña, levantando el codo con el vaso vacío en mano.

## **DOS MUJERES MASCULINAS CRIOLLAS (SEGUNDA PARTE)**

Como escritores criollos, nuestra primera riqueza es que tenemos varias lenguas: criollo, francés, inglés, portugués, español, etc. Tenemos que aceptar este bilingüismo potencial y alejarnos de

las formas constreñidas en que las utilizamos. Desde ese caldo de cultivo, podemos alzar nuestra voz. A partir de estas lenguas, construir nuestra lengua.

Éloge de la créolité - in praise of creolness - Jean Barnabé, Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant (Edición bilingüe Gallimard)

\*

Léontine, que estaba a punto de cumplir catorce años, era tan alta y fuerte como su padre. A veces bebía un trago rápido, se limpiaba la boca con el dorso de la mano y gorgoteando que le daba valor. El valor, aceptación de lo que es, fuerza para estar presente, capacidad para transformar el miedo a un peligro real, o la mayoría de las veces imaginario, en fe.

- ¿Existe valor sin el miedo? Todos los miedos derivan de dos temores. El miedo a morir y el miedo a reconocer que somos Dios. El valor no es heroísmo, ese impulso de salvar un mundo que no quiere ser salvado. Valor es trascender el miedo cotidiano, apagando la voz de la imposibilidad en sí. Hace falta valor para ver el mundo tal como es y amarlo igual, afirmaba [Démosthène Démission](#), inmigrante de Guadalupe.

Damida no necesitaba ningún valor para disfrutar de los restos de ponche de coco y granadillo en el vaso de su mamá. Saciaba su sed con vino espumoso Paul Bréhant, en el que mojaba sus galletas Boudoir. Los raros domingos libres, su mamá enrojecía los vasos de agua con vino.

Al consejo de darles a sus hijos un trago de ron como vitamina, Huguette había constestado ssshup limpiándose la boca en forma de trompeta.

- No le estoy hablando, señora Baraviré. Hablo con mis hijos.

La señora, que sólo esperaba una respuesta para dar rienda suelta, dijo rápidamente:

- No entiende nada. Se cree mejor que yo. Yo bebo en público, pero no hago gestos de macaco, digo las cosas como son. Usted bebe a escondidas y no tiene un hombre. Y cuando encuentra uno, le da una paliza (agitó los dedos para respaldar sus palabras). Las supuestas grandes mujeres como usted. Yo tengo un hombre guapo y no me toca un pelo. Y después entonaba con su voz cascada.

"Fanm ki dou

Fanm ki agasan

Fanm ki dou

Mari a yo pa ka lésé yo

(Mujeres dulces

Mujeres que exasperan

¡Sus maridos no las dejan), terminando por kouni a manman zò tout! (La vagina de sus madres)

En el patio, un estanque rebosaba constantemente de agua embotada por el jabón Marsella y teñida de azul por las bolas de tiza azul para lavar las sábanas. Allí vivía una tímida tortuguita que sobrevivía a todos los productos químicos sin sacar casi nunca la cabeza de su caparazón. Las niñas del patio, Léontine y Damida, jugueteaban en el agua de lavado, que les secaba la piel. Más abajo, se elevaba una barricada contra las grandes olas del mar. Había un gran criadero de puercos de al menos veinte metros de profundidad, cubierta de viejas láminas afiladas por donde todos tiraban las sobras de comida a los cerdos. Nada se desperdiciaba. Frente al patio, Huguette alquilaba a los Baraviré un estrecho pasillo de unos cinco metros cuadrados que daba a la calle y al patio, donde vendía de plátanos verdes, madera, ñames, harina de mandioca, mantequilla

Sovaco, bacalao y colas de cerdo salados, mantecas, mantequilla roja y otras necesidades locales, pues no hay gran cosa más. El agujero-tienda estaba regentado por TanTía Gilda, hermana de Fifille, la abuela de Damida.

El patio nunca duerme.

De la race des fanm tombé pa janmé dézèspéré (una mujer caída nunca desespera, cantinela popular de las Antillas), de mujeres que caen y crecen por sí mismas, Gilda nació en Puerto Plata (Port de l'Argent): una ciudad de Santo Domingo en la provincia del mismo nombre, en la costa norte, llamada así por Cristóbal Colón debido al brillo plateado del mar. Allí, su papá, el bisabuelo de Damida, Papa Henri, como le conocían pequeños y grandes, fue a terminar sus estudios de zapatero. Después de recorrer el mundo, su bisabuelo regresó a Guadakéra. En aquella época, Papa Henri, de unos setenta años, era un delgado mulato de raza y baja estatura, que lucía con su elegancia cotidiana una perilla, corbata, traje y sombrero de paja blancos, incluso cuando trabajaba en su taller. Se había casado con una mulata, la madre de Gilda. Sus amantes, en cambio, eran grandes y hermosas esclavas negras más altas que él, incluida la madre de Fifille y bisabuela de Damida.

El patio aún no duerme. Está parada en sus pies.

Escrupulosa y mujer masculina, iluminada por un sentimiento todopoderoso de orgullo, muy apegada a su viejo padre, la filosofía de Gilda, que no había olvidado el español, era llevarse bien con todos, valiéndose por sí misma y Dios, que es tan bueno.

- Ya doy gracias a Dios por lo que tengo, aunque sólo sean fuerzas para levantarme cada mañana. La gente se queja de lo que no tiene. No entienden que sus jeremiadas les impiden disfrutar lo que tienen.

Su gran amor, el padre de sus cinco hijos, se había casado con una mujer infértil de Beauplateau. A partir de ese día, con su profunda decepción enterrada bajo una apariencia de desapego, tomó la firme decisión de vivir con su padre Henri, de quien era el bastón de vejez, sus dos hijos y sus dos hijas, así como un hijo y una hija adoptados. Su hijo mayor, Christophin, apodado El Señor por la distinción innata con la que vestía sus trajes a medida con apenas diez años, vivía en otra parte, a las faldas de su abuela paterna. Durante sus visitas a su mamá, a quien adoraba con la taciturnidad que lo caracterizaba, todos en el patio le auguraban un futuro en el sacerdocio. Lo que no sabía era que El Señor se reservaba discretamente para la gastronomía. Damida estaba convencida de que gastronomía significaba la profesión de cocinar en la luna.

Un día, mientras visitaba a su mamá Tía Gilda, El Señor se atrevió a expresar su amor por la cocina. Una mujer del patio le había dicho:

- No eres un micomadre (homosexual). ¡En lugar de planear que una mujer cocine para ti, quieres cocinar tú, jovencito! ¿En qué tiempos vivimos?

Tía Gilda, muy madre de El Señor, velaba en tercera persona del singular:

- Las barrigas siempre necesitan llenarse. El viento no alimenta al hombre. Los vientos están hechos para dejarlos ir. Si mi hijo quiere ser cocinero, entonces el buen Dios me escucha, porque la verdad estoy cansada de pasar hambre, y me gusta ser atendida sin cocinar. Aliento a todos mis hijos a hacer lo que quieran. Lo principal es que trabajen para mantener la mente ocupada.

Unos años más tarde, Christophin se esfumó para aparecer en largas cartas escritas a máquina. Tía Gilda, con gesto malicioso destinado a atraer el interés del lugar, las deslizaba en sus hermosos pechos, a la espera de retomarlas discretamente durante sus meditaciones. Seigneur contaba cómo, siendo alumno de una escuela de cocina de alto nivel en Suiza, un país que no era Francia, se nutría del camino que había elegido. No hacía mucho que habían abierto uno de esos establecimientos en la comuna de Dombré. Damida no sabía que escuelas así existían en el extranjero. En cualquier caso, su mamá y las grandes cocineras natas no habían aprendido a cocinar en la escuela. El hambre era la mejor educación. Damida nunca había visto un libro de cocina. Al parecer Christophin organizaba banquetes para banqueros en Suiza. Gente que se ocupaba del dinero de los que trabajan.

Gilda alimentaba al resto de su pequeña comunidad, la niña de sus ojos, lavando, blanqueando, almidonando y planchando las camisas y chamarras de colono del Prefecto de Guadakéra, sin seguridad social ni subsidio para mujeres solas, y también se ocupaba de la leche de su sobrina Huguette. Ambas, de la misma edad, habían vivido juntas como hermanas después de que se produjera un incendio en la casa de Fifille, la mamá de Huguette y su tipejo, el tamborilero Ti-Emile, mientras otra familia se hacía cargo de Paul, hermano de Huguette. A pesar de todos los "Tú no eres mi prima, mi hermana o mi hermano", describir las relaciones familiares en Guadalupe es a la vez dramático y cómico, sabiendo que en realidad todos son una gran familia en la isla. "Hermano" se traduce como "peletero". Los primos y primas se tratan como familia. Las hermanas se "sororizan". Todos se unen al calor tropical.

– Pa mélé mwen! (¡Yo no!), advertía la Tía Gilda.

Su vista debilitada por una fracasada operación de cataratas no le impedía vigilarlo todo.

Y su mirada locuaz traspasaba el lente de sus gafas y hasta enseñaba a las lombrices a sentarse erguidas.

Para el asombro de las damas del lugar, conseguía una hoja de papel y un bolígrafo Bic, acercaba una silla a su banquito y se aplicaba a escribir a su hijo.

– Increíble. ¿Sabes escribir, Gilda? pensó en voz alta Pauline Madère, que al anochecer recibía a un maestro de escuela casado.

– ¡Escúchame un poquito! Hoy en día, a los niños no se les enseña a escribir cartas en la escuela. Yo aprendí a leer y a escribir bellas cartas porque cuando recibes una carta que comienza por "Tomo la pluma para contarte las novedades..." te sientes obligada a contestar, porque eso hago yo. Ténganlo por dicho. Soy una contestona. Se llama correspondencia, es un intercambio de cartas. De la correspondencia florecen la comunicación y la permutación. Tenemos que darnos cuenta de que todo en la vida es recíproco. Todos nos necesitamos. Todo es un intercambio, nos guste o no. Así que, para responderte, vecina: Sí, fui a la escuela. ¡Sí! Sé leer y escribir. *Sé leer y hasta escribir en español*<sup>18</sup>. Mi hijo me escribe, así que tengo que responderle al menos con dos palabras. *Es la bella educación criolla*", cantó. ¡Sinyé sa an koko a tèt a zòt ban mwen souplé! (¡Por favor, firmen eso en el coco de su cabeza por mí! ¡Es la lengua francesa!)

– Oh! Gilda ban nou on koud'fwansé é on koud espagnol ou la. ¿Permutación, kasavlédi?", exclamó Pauline, sonriendo con malicia.

– Permutation, *Permutación en español* vlé di bokanté.

La inspiración divina de Gilda catequizaba a su gente en el secreto de la oración en un francés, que han escuchado es tan perfecto como su criollo:

---

<sup>18</sup> N del T. Las cursivas son mías. En adelante se muestra en cursivas todo diálogo que el personaje dice en español, mientras habla en criollo y francés.

- Si rezar fuera tan común como los insultos, las críticas y las habladurías, evitaríamos muchos desastres en la tierra, porque ese contacto interior es la cortesía más pura hacia uno mismo. Quien se jacte de nunca haber necesitado rezar en su vida, miente. Decir "¡Oh, Dios mío!" con fe ya es una oración. Me gusta rezar a la Santísima Virgen de la Bonne Délivrance. La Virgen Negra. Me resulta más fácil identificarme con ella porque simplemente soy una mujer. Gracias, Dios. Y Dios responde a todas mis oraciones. Todas mis oraciones. Todas. Zò woutann bon fwansé-la é pangnol-la on? (¿Han vuelto a oír mi francés y mi español perfectos?)"

Sabiendo que ningún hombre le había puesto nunca la mano encima, cosa que declaraba tranquilamente mientras miraba con desprecio a las cortesanas del patio de Baraviré, de la tierra al cielo, Gilda, de muy fina clase, era a menudo el blanco de la dama del ron. Se refugiaba en un valiente mutacismo. Los demás inquilinos no pudieron resistirse a provocar a su casera, lo que llevó a la dama del bar a descargar su rabia de mujer insatisfecha.

- ¡Ha! Sésa an té ka atann! (¡Eso esperaba!) Y les soltó su rosario de insultos:
- Gadé zòt, zò ka pléré mizè adan on boutchanm zò pa menm ka péyé mwen, on boutchanm plen timoun ka mò fen é sé dè kyou an mwen zò ka okipé zòt, makrèl, anfandèlapatri ki zò yé. Zò salopri, sésa zò yé. Salopri. Kouni a manman zòt! (Mírense, llorando de miseria en un cuarto que ni siquiera pueden pagarme, un cuartucho lleno de niños, y sólo se ocupan de mi trasero. Entrometidos, hijos de la patria que son. ¡Bastardos, eso son! La vagina de su madre)

Para Tía Gilda, que expresaba bellas palabras, era tan importante hablar como callar. Se imponía en el patio con su silencio. Ninguna afrenta podía hacerla temblar. En cuanto el torrente de insultos desbordaba, paraba el diluvio abriendo un libro con diligencia.

- Te hablo y tú lees, Gilda. ¿Desde cuándo sabes leer? Eres tan tonta, dijo la señora Baraviré.

Lo que no sabía era que nuestra señora Gilda leía una Biblia que le había regalado su hermanastra adventista Fiffille:

Lee este libro Gigi. Te informará y te guiará. Te abrirá los ojos y luego te presentaré en mi templo, le dijo su hermana, endosando el libro con firmeza entre sus manos.

- Dios quiso que naciera en una religión Fiffille. Soy católica, nací católica y moriré católica. ¿Por qué tu religión debería ser mejor que la mía? Que te quede claro. Quien quiera convertirme me subestima. ¿Cómo puedes creer que Dios te ama más que a mí? No soy más tonta ni más fea que tú, Fiffille. Si Dios te ama, Dios me ama también. No te pido que vengas a la iglesia. Ya te he dicho que nadie me va a hacer cambiar de religión. No me gusta complicarme la vida, ya bastante es, pero no hace mal leer la Biblia. Por cierto, necesito un libro para leer. Muchas gracias, dijo Gilda, aceptando el piadoso regalo.

Y mientras Man Baraviré lanzaba su diatriba, ella se sentaba en su banquito hecho especialmente para ella por el carpintero el señor Cyrille y se aferraba a un salmo elegido por casualidad. La concentración de su presa en el salterio no desarmó a la señora del bar. Fue detrás del mostrador, bebió un buen trago de ron sin carraspear y volvió al asalto al patio.

- ¿Crees que es fácil retener a un hombre que nunca está y servir bebidas a esos granujas llenos de ron que no dicen más que estupideces en el bar? Estoy harta de ellos y de todos ustedes. Son unos hijos de zorra. Eso son. En cuanto a ti, Gilda, ¿quién demonios te crees que eres? No tienes un hombre. Al menos yo tengo un hombre. Un hombre guapo. Lo único que sabes hacer es engendrar hijos sin padre, pero hablas mal de mí. ¡Váyanse a la mierda!

Gilda, que tenía que cuidar todos los días a su viejo padre, que empezaba a depender sólo de ella, se mataba en todos los trabajos ocasionales para alimentar y enviar a la escuela a su montón de hijos, y también hacer funcionar los pechos, no tenía ni tiempo ni ganas de contradecir las ofensas de Man Baraviré como hacían los demás en el patio.

- Sé palé twòp ki fè si krab pa ni tèt. (Hablar demasiado hizo que el cangrejo perdiera la cabeza.) ¡Yo necesito toda mi cabeza para envejecer bien!, afirmó.

Inmersa en su literatura sagrada, parecía sordomuda. Una tarde, cuando se reanudó el concierto y no podía soportarlo más, un diálogo interior dominado por su lectura bíblica la empujó con seriedad a actuar. ¿Pero qué hacer?

Cerró la Biblia y se concentró un momento en su respiración y en los latidos de su corazón. Luego se apoyó en los muslos y se puso de pie para resguardarse de la lluvia de groserías. Bajo su refugio, hacía planes escudriñando cada rincón de su mente sin saber lo que buscaba. Una botella vacía con la etiqueta "Rhum Guadak" la sacó de sus pensamientos. La besó, la llevó bajo la llave y la llenó de agua fresca. Luego tomó una lata vacía de leche condensada Nestlé sin tapa, que utilizó como vaso, tapó la boquilla del frasco y lo puso en los escalones del bar que daban al patio, y por una vez, antes de sentarse en su banquito y sumergirse de nuevo en su sagrada lectura, dijo unas cuantas palabras a Man Baraviré, que recuperaba el aliento.

- No sé cómo responderte. No hablamos en absoluto el mismo idioma, porque yo nunca he tenido cruda. Si crees que vas a hacerme un lavado sin cánula, ya perdiste. Y como los perdedores ganan, ¡aquí tienes tu premio! ¡Mira bien lo que te ofrezco a modo de calmante! Una botella de ron llena de agua y un tarro porque, mi pobre señora Baraviré, estás en un desierto ingrato y es perfectamente normal que tengas sed. ¡Aquí está tu oasis!

Eran las tres de la tarde. Man Baraviré, que estaba en el primer piso junto a su ventana, se sació de su lengua que se tragó ¡glup! Presa de una torpe mordaza, se desplomó ¡Puf! Después, en un esfuerzo reptiliano, como un soldado de infantería en una trinchera, se arrastró, llegó al fondo de su cama en cuatro patas, intentó sentarse, pero cayó pesadamente sobre su colchón Epeda, superlujo de la época, como para tomar su diaria purger-z-yeux (siesta). Aturdida, se durmió hasta que cantó el gallo.

Durante unos días, la señora del bar se olvidó de maldecir. Sólo los llantos de los niños contrastaban con la calma del patio. Las señoras, en lugar de disfrutar de la calma, se atiboraban estrepitosamente:

- Y bien, Gigi, ¿has saciado la sed de Man Baraviré con agua? pues ahora, ya no la oímos tocar su acordeón (sus insultos). El patio está muy silencioso.

Desconcertada, Tía Gilda se enderezó las gafas y les dijo:

- ¿Cómo pueden decir que el patio está demasiado tranquilo? Pero si parece, señoras, que les encanta que Man Baraviré las humille. Ustedes se alimentan de su sufrimiento. ¿Qué les importa? No es sano para ustedes. Lè zò épi bonDyé, zò ka mandé dyab pwan zòt, apwésa zò ka pléré (Cuando están con Dios, rezan al Diablo para que se las lleve y luego se lamentan). Si no cambian de comportamiento, Man Baraviré no cambiará de actitud. Prefiero haberle dado agua que ron. Prefiero haberla sometido al agua que al ron. Beber demasiado ron es una enfermedad. No sabría responder a esa desafortunada mujer. También soy mujer. No es fácil para ella. Tiene heridas. Sufre. Bebe para mitigar el dolor, pero entre más bebe, más le duele. El ron tiene, como todo, un lado bueno y uno malo. No tengo nada en contra de una alfredita (un vasito de ron seco). Si se bebe con moderación, calienta el alma, pero si se bebe demasiado y mal, indispone, eso dijo.

Léontine, la única hija de los Baraviré, a los doce años iba a la escuela, servía en el bar, lavaba vasos, acomodaba las botellas, limpiaba el lugar, planchaba, fregaba el suelo y el patio, preparaba

la comida, abastecía el bar, a menudo limpiaba y acostaba a su madre cuando se desplomaba entre vapores de ron y vómito, y a veces tomaba el tiempo para divertirse con los niños del patio. Un juego especialmente entretenido consistía en que las niñas se juntaban hombro con hombro mientras una de ellas daba vueltas alrededor del resto mientras cantaban a coro:

"Cuántas gallinas tiene señora, cuántas gallinas tiene.  
Tengo cincuenta y una, señora, tengo cincuenta y una.  
¿Me quiere dar una, señora, me quiere dar una?  
Y si tomo mi pistola y ¡catapún, pun!"

Daban una palmadita en las nalgas de la elegida, que debía continuar la vuelta mientras la otra retomaba un lugar en el grupo.

Ciegas ante el peligro, a veces Damida y Léontine se perseguían y saltaban sobre las láminas onduladas, separadas y sin clavar, que servían de tejado a la pocilga dos pisos más abajo, con el sarcasmo de la madre de su amiga, que ahora apunta a ellas.

– ¡Léontine y Damida! Pero no se pueden quedar quietas. ¡Encontrarán su merecido cuando se rompan el hocico, desgraciadas!

Las niñas se hacían las sordas y seguían saltando de lámina en lámina: biguidi-biguidi-plin-plan-biguidi-biguidi-plin-plan...

Y finalmente se cumplió la predicción de Madame Baraviré. Sintiendo golondrina que vuela al ras de la tierra con grandes frufús de alas antes del mal tiempo, Damida despegó, aterrizó mal sobre en una lámina y ¡zas! terminó literalmente de cabeza en la porqueriza, desparramada en el lodo mezclado con botellas de vidrio aplastadas entre los cerdos.

– ¡Bravo! ¡Bravo! Hace mucho tiempo que esperaba este momento, aplaudió fuertemente la mamá de Léontine desde su ventana, mientras toda la gente, preocupado, intentaba bajar y recuperar a Damida, atascada en el fango de las cerdas, verracos y lechones que refunfuñaban ruidosamente mientras la sacudían con sus hocicos. Con la cara ensangrentada y cortada por los fragmentos de botellas, un lodazal le salía de la nariz, las orejas y la boca, Damida oyó la voz:

– Sésay ka rivé timoun ki pa ka kouté gran moun. Manfou a kyoun a-w ti séléra? (Eso es lo que les pasa a los niños que no obedecen a los adultos. ¡Bien hecho, pequeña desgraciada!)

Los inquilinos gritaron a coro:

– ¡Señora! ¡hágale un favor a la pequeña!

Una ducha en el estanque, el cuerpo frotado con bay-ron y la cara untada con mercurocromo por Tía Gilda, acompañada por las damas, la pusieron en pie antes de que llegara su madre que, por supuesto, le prohibió jugar en el patio. Cosa que hizo... un corto tiempo mientras cicatrizan sus heridas.

## “LA MUERTE CRIOLLA Y EL VELORIO CRIOLLO” (TERCERA PARTE)

Necesitamos ser lúcidos sobre nuestras imperfecciones de neocolonizados, al tiempo que trabajamos para oxigenar nuestros sofocos con una visión positiva de nosotros mismos. Tenemos que aceptarnos tal como somos, totalmente, y desconfiar de esa identidad incierta, impulsada aún por grandes alienaciones.

Éloge de la créolité - in praise of creolness - Jean Barnabé, Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant (Edición bilingüe Gallimard)

\*

En el piso de arriba, la dueña del bar tenía un magnífico salón siempre ordenado, con auténticos sillones acolchados, alfombras de lana tejida y jarrones de porcelana decorados con rosas de plástico rojas y rosas que sólo Léontine podía desempolvar. En un rincón se extendía un viejo piano desafinado, detrás del cual Damida y Léontine jugaban al caliente-escóndet. Sólo en raras ocasiones las dejaban sentarse allí, para escuchar a Casimir Létang, un poco de música y oír el juego de los mil francos, seguido de los avisos fúnebres de la gran radio, que les recordaba la hora de volver a la escuela a las dos de la tarde.

Súbitamente, un delirium tremens hundió a la mamá de Léontine. Un latín que Damida nunca había oído en misa. Falleció con los ojos bien abiertos a la vida. El velatorio fue extraordinario. Los hombres lucharon y cayeron. Los tamborileros se abrieron los dedos de tantas nalgadas a los cajones que firmemente sostenían entre las piernas, al son de los boulagyèl:

- ¡GGhhmm! ¡GGhhmm! HHmmm ¡Hhhmm! ¡GGhhmm! ¡GGhhmm! HHmmm  
¡Hhhmm! ¡GGhhmm! ¡GGhhmm! ¡HHmmm Hhhmm! Un percusionista reventó su  
tambor para elevar el alma de la muerta al cielo. Las adivinanzas, charadas, discursos,  
jédimo (juegos de palabras), los yé-krik y yé-krak volaron como tilili (gran cantidad) por  
todo el Bas-de-Source.

- ¡Yé krik!

- ¡Yé krak!

- ¡Yé Mistrikrik!

- ¡Yé Mistrikrak!

- ¡Pli-y ka lonji, pli-y ka vin kout ! (¡Cuánto más se alarga, más se acorta!)

- Lavi (La vida)

- ¡Dlo doubout! (¡Agua vertical!)

- Kann (¡Caña de azúcar!)
- Bout rouj, fanm enmé sa (La punta es roja y a las mujeres les gusta)
- Fa a bouche (Lapiz labial)
  
- ¡Yé krik!
- ¡Yé krak!
  
- ¡Pli-ou souflé-y, pli-y ka vin kout ! (Cuanto más soplas arriba, más se acorta)
- ¡Sigarèt ! (¡Cigarrillo!)
- Kouvèti dè lèspri (Manta del espíritu)
- Pannanma (Sombrero panamá)
- No soy rey ni reina, pero hago temblar al mundo
- Ròn (Ron)

En cuanto a los elogios, todos fueron en honor a la dama del ron. Los recitadores de juegos de palabras rebosaban de inspiración.

- Man Baraviré pa janmé ban nou on ti-zing-ti-tak.  
Sété boutèy la anlè tab la,  
mé avan sa i ka pwan kou a'y.  
Sé tradisyon a tan mwen sé tan mwen é ta-w sé ta-w.  
Padavwa tan mwen a pa ta-w  
é ta-w pa tan mwen,  
piskè si sé tan mwen  
i pé pa ta-w.  
Saki ta-w ta-w.  
Sa ki pata-w, pa ta-w.  
Pa mété sa ki pa ta-w  
anlè ta-w.  
An nou menm !  
On bon fanm Mézyézédanm.

¡Krik!  
¡Krak!

Man Baraviré lè-y té chajé,  
si-w té anmègdé-y,  
i té ka chajé-w.  
É kom pawól an bouch pa chaj,  
i pa té ka gadé chaj anlè kè a-y.

Yé krik !

Yé krak !

Yé Mistrikrik !

Yé Mistrikrak !

Inè fanm kè nou règréttons mésyézédam?

- (Man Baraviré no nos servía a cuentagotas.  
siempre la botella sobre la mesa,  
pero primero se servía ella.  
Es la tradición de la caridad bien obedecida  
empieza por ti mismo.  
Porque lo mío  
no es tuyo  
y lo tuyo  
no es mío  
porque si es mío  
para nada es tuyo.  
Lo que te pertenece es tuyo  
No pongas lo que no es tuyo  
sobre lo tuyo.  
¡Salud!  
Mujer de gran bondad, caballeros y damas.

¡Krik!

¡Kraak!

La Señora Baraviré cuando ebria estaba,  
si la hacías emputar,  
te emborrachaba con palabras  
y como la palabra es viento  
no dudaba en ventilar.

*¡Yé krik!*

*¡Yé Mistrikrik!*

*¡Yé Mistrikrak!*

Una mujer a la que echamos de menos de todo corazón, señores y señoras).

Por supuesto, Man Baraviré no escapó a la regla de la hipocresía humana santificante después de la muerte.

- La vida es corta pero larga su cola. Mame Baraviré no era mala persona. Maldecía para eximirse, porque no es sano guardar porquerías en el corazón, sollozó una inquilina, sonándose ruidosamente la nariz.
- La echaremos de menos, se lamentó una vecina, secándose una especie de lágrima con el dedo índice doblado.

Otra sacudió la cabeza:

- Ah, pobrecita. No era su culpa. Nadie de su familia la visitaba.
- Wonm la mwen ka mandé-w padon ayayay'! (¡Ron, te pido perdón ayayay'!) entonaron dos hombres, vertiendo un mar de alcohol en vasos de agua.

Man Baraviré, cuyo nombre oímos por primera vez, Florence, bien perfumada con agua de Colonia, vestida con un deslumbrante vestido bordado de seda blanca, aureolada por velas, con rasgos sonrientes y relajados en su lecho, parecía haberse liberado de una pesada carga. Emanaba de ella una paz indescriptible. Siguiendo la tradición, se habían detenido todos los relojes de péndulo y despertadores y habían cubierto los espejos con tela negra.

Antes del momento crucial de cerrar el ataúd y antes de llevarse el cadáver, todos hicieron fila para besarla en la frente. Era la primera vez que Damida besaba a una persona muerta. Fría. Nunca olvidó el contacto de aquella epidermis gélida en sus labios.

Para no cambiar, Papa Baraviré se limitó a su diálogo interior. Los ojos de Léontine se arrugaban con una tristeza inexpresada, estaba demasiado ocupada en alimentar a la manada de individuos hambrientos con sopa de patas de cerdo, empanadas de carne, empanadas de plátano, panecillos rellenos de salchicha, trocitos de salchicha rociados con vinagre de pimiento, rebanaditas de pan con paté Dolo, bacalao marinado (masa frita también llamada acras), morcilla picante, ...

Un buen funeral se definía por el gran número de personas presentes, incluso a las que no se conocían. En los funerales, pululaban. Muchas coronas desbordaban del coche fúnebre y algunas se quedaron en el suelo. En la del patio se leía en letras doradas: "A nuestra querida vecina".

- ¡Su atención, por favor! ¡Kouté mwen pou tann mwen byen! (¡Escúchenme para oírme bien!) ¡Si quieren regalarme flores, háganlo ahora! Para que pueda disfrutarlas. ¡No esperen a que me muera! Me han oído bien, comentó Man Zoune, la vendedora de dulces y pistaches tostados en conos de papel frente al cine Vazi, mientras miraba confundida todas esas flores marchitas por la inclemencia de la canícula.

- Estoy totalmente de acuerdo contigo, dijo Gilda. Pobre mujer, nunca recibió un ramo de flores en su vida y ahora, al morir, está floreada como un flamboyán. El buen Dios nunca dijo eso, pero ¿qué le vamos a hacer? Así son las cosas y no podemos cambiarlas. Es la mala consciencia.

En la ceremonia de la iglesia, el hermano de Florence, un antiguo soldado que jamás la visitaba, lloraba a caudales que casi se ahoga sorbiendo y hasta se desmayó frente al ataúd. Una prima tuvo que ir a la fuente para mojar un pañuelo y plantárselo en la frente.

- Yo byen apwé lanmò a Térézin ou ka vwè mouvman a Pyè. ¡Apajé hon! Madanm-la té-la, pon fanmi a-y paté ka mandé-y kay ka vann. Mi konyéla, yo ka pléré. (Nunca se puede estar seguro de la sinceridad del otro. ¡No es broma! La señora estaba allí, su familia nunca la visitó y ahora mírenlos llorar). La muerte es algo serio, susurró man Zoune.

Un cortejo de casi toda Belle-Terre siguió al coche fúnebre mientras bajaba lentamente hacia el cementerio en Bas-de-Source. Una verdadera tumba esperaba a la dama y no un montículo de tierra rodeado de caracolas lambi. Papa Baraviré, Léontine, la hermana de Florence, su madre y su padre se alinearon y todo el mundo se acercó a decirles cuán tristes estaban, incluso los que no estaban tristes.

Damida asistió durante nueve días a los rezos "por ella", sólo para echarle un ojo a Pierre-Aimée Laurent, su desconocido padre, asiduo a las oraciones para elevar las almas de los muertos. Asistía muy pensativo con los ojos cerrados.

"¡San Vicente!", murmuró una voz.

La reunión respondía a coro:

"¡Ruega por ella!"

"¡Santa Teresa!"

"¡Ruega por ella!"

"¡San Francisco!"

"¡Ruega por ella!"

"¡Santa María Magdalena!"

"¡Ruega por ella!"

"¡Santo Padre!"

"¡Ruega por ella!"

Una oración por ella que se convirtió en "Rueapoe" o "gapoella".

Damida lloró mucho tiempo en secreto con Léontine, que tan joven había perdido a su madre, porque "On manman sé on manman (Una madre es una madre)". Damida la encontraba seguido

en un rincón gritando de dolor, con un pañuelo entre los dientes. En pocos días había madurado sorprendentemente y sufría un dolor de estómago de adulta sin quejarse.

- Es la amá de mi vientre (matriz) que me duele, gimoteaba.

Léontine vivió unos meses con su padre, que pronto se volvió a casar con una joven sobria y discreta que prefería el salón al bar. Con pasividad, aceptó a la intrusa, quien aprovechó para desposeerla sutilmente de su herencia y empujarla con su tía, hermana de Papa Baraviré, con quien se alojaba. A cambio, llevaba su sueldo que ganaba fregando, lavando y planchando, esta vez en el patio de "Kyenbèrè" (valor), aún en Labat, antes de que el B.U.D.A.F. (Oficina Unida para la Despoblación de las Antillas Francesas) le diera la inspiración para ir a Francia de sirvienta.

## ANEXO II

## 1. MUKASONGA, SCHOLASTIQUE (2010). “LE DEUIL” DE *L’IGUIFOU*, ÉDITIONS GALIMMARD

À la télé, à la radio, dans les journaux, on ne parlait pas de génocide. C’était comme si le mot était réservé. Trop grave. Trop grave pour l’Afrique. Oui, il y avait des massacres, comme il y en avait toujours en Afrique. Et ceux-là se déroulaient dans un pays dont on n’avait jamais entendu parler. Qu’on n’arrivait même pas à repérer sur la carte. Des haines tribales, ataviques, primitives, auxquelles il n’y avait rien à comprendre. « Il se passe de drôles de choses chez toi », lui disait-on.

Elle non plus ne connaissait pas le mot « génocide », mais en kinyarwanda il y avait depuis longtemps un mot pour désigner ce qui se passait chez elle, *gutsembatsemba*, un verbe qui était employé à propos des parasites et des chiens enragés qu’il fallait éradiquer et qui s’appliquait aux Tutsis qu’on appelait justement les Inyenzi, les cafards, et qui étaient, eux aussi, à éliminer. Elle se rappelait l’histoire que lui racontaient en riant au lycée de Kigali ses camarades hutu : « Un jour, un enfant demanderait à sa mère : “Dis-moi, maman, qui étaient ces Tutsis dont j’ai entendu parler ? À quoi pouvaient-ils bien ressembler ? — Ce n’était rien, mon fils, répondrait la mère, ce n’était qu’une légende. ” »

Mais elle espérait encore, en tout cas, elle voulait savoir. Son père, sa mère, ses frères, ses sœurs, toute sa famille restée au Rwanda, il y en avait peut-être quelques-uns au moins qui étaient encore en vie, qui avaient échappé jusque-là aux tueries, qui avaient pu, comme elle-même avait fait, prendre le chemin de l’exil ? Ses parents sur la colline bien sûr n’avaient pas le téléphone, mais elle appela un de ses frères qui était professeur à Ruhengeri. La sonnerie retentit longtemps dans le vide. Personne ne répondit. Elle téléphona à Butare, à sa sœur qui était mariée avec un commerçant. Une voix inconnue répondit : « Non, il n’y a personne », peut-être avait-elle dit : « Non, il n’y a plus personne. » Elle appela son frère au Canada. C’était lui l’aîné. Il serait le chef de famille si les parents avaient péri. Peut-être avait-il des nouvelles, quelque chose à lui proposer, pourrait-elle reposer sur lui une partie de son angoisse. Ils parlèrent puis il y eut de longs silences. Que pouvaient-ils se dire ? Désormais, ils étaient seuls.

Désormais, elle serait seule. Bien sûr, il y avait quelques compatriotes, les amies qu’elle s’était faites à la fac où elle avait repris ses études, ses diplômes africains ayant perdu en France toute valeur. Mais il y avait toute une partie d’elle-même, celle qui la rattachait toujours à ceux qui étaient restés au Rwanda, qui constituait malgré l’éloignement, malgré le temps, malgré l’impossibilité de les rejoindre, un point d’attache, un ancrage d’identité qui la confortait dans sa volonté de vivre. Ces liens allaient disparaître et leur disparition la laisserait, dans le froid de la solitude, comme amputée.

Elle eut alors l’impression d’être devenue fragile. « Je suis comme un œuf, se répétait-elle, un rien me briserait. » Elle mesurait ses gestes, ses mouvements lui semblaient devenus plus lents. Elle marchait comme à tâtons, comme si, à chaque instant, elle allait rencontrer un obstacle contre lequel elle risquerait de s’effondrer. Monter un escalier lui demandait un effort disproportionné, un poids énorme pesant sur ses épaules. Elle se surprenait à compter les marches qu’elle avait à gravir, se demandant si elle y parviendrait. Prise de vertige, elle s’agrippait à la rampe comme au bord d’un précipice et parvenait sur son palier, haletante, épuisée.

Elle essayait de fuir dans la répétition mécanique des tâches ménagères. Elle s'acharnait à mettre de l'ordre dans le studio. Il y avait toujours quelque chose qui n'était pas à sa place : les livres qui traînaient sur le canapé, les chaussures dans l'entrée, le mauvais alignement des vanneries gigognes du Rwanda sur l'étagère. Elle était persuadée qu'elle se sentirait mieux si les choses étaient enfin à leur place. Mais tout était toujours à recommencer.

Si au moins elle avait eu une photo de son père et de sa mère. Elle fouilla la petite valise qui l'avait toujours accompagnée dans ses errances. Il y avait des lettres, des carnets de notes, des diplômes inutiles, il y avait même sa carte d'identité rwandaise sur laquelle elle avait essayé de gratter la mention « Tutsi », il y avait quelques photos, celles où elle était avec ses copines du Burundi (c'était chez un photographe du quartier asiatique, à Bujumbura, qu'elles avaient été prises, pour se souvenir, avant de se séparer), des cartes postales envoyées par son frère du Canada, quelques feuillets d'un journal intime qu'elle avait vite abandonné, mais elle ne trouva aucune photo de ses parents.

Elle se reprocha amèrement cette absence. Pourquoi n'avait-elle jamais pensé à leur demander de se faire photographier et de lui envoyer la photo ? Était-elle une fille ingrate ? Les avait-elle peu à peu oubliés ? Non, ils étaient bien là dans sa mémoire et elle pouvait faire resurgir leur image. Elle s'asseyait à sa table et, la tête entre les mains, les yeux fermés, concentrant son esprit, elle revoyait un à un les visages que la mort avait peut-être déjà effacés.

\*

Et puis vers la fin du mois de juin, elle avait reçu une lettre. Elle ne pouvait se tromper sur sa provenance : l'enveloppe au liseré rouge et bleu, le timbre à l'oiseau exotique, l'adresse maladroitement rédigée. Elle savait déjà ce qu'elle contenait. Elle ne se résignait pas à l'ouvrir. Elle la déposa sur l'étagère, derrière les vanneries du Rwanda. Elle fit comme si elle l'avait oubliée. Il y avait tant de choses plus urgentes, plus importantes à faire : préparer le dîner, repasser un jean, mettre de l'ordre dans ses cours. Mais il y avait toujours cette lettre derrière les vanneries. Et soudain, elle se surprit à décacheter l'enveloppe. Elle en tira une feuille de papier quadrillé qu'on avait arrachée à un cahier d'écolier. Elle n'eut pas besoin de lire les quelques phrases qui servaient d'introduction à une longue liste de noms : c'étaient ceux de son père, de sa mère, de ses frères, de ses sœurs, de ses oncles, de ses tantes, de ses neveux, de ses nièces... C'était désormais la liste de ses Morts, de ceux qui étaient morts loin d'elle, sans elle, sans qu'elle puisse faire quelque chose pour eux, même pas mourir avec eux. Elle fixait la lettre sans pouvoir pleurer et il lui sembla que c'étaient les Morts eux-mêmes qui la lui avaient envoyée. C'était un message venu du pays des Morts. Et elle pensa que ce serait sans doute leur tombe, cette colonne de noms qu'elle n'avait même pas besoin de relire puisque ces noms trop familiers résonnaient dans sa tête comme autant de cris de douleur.

Elle conservait toujours sur elle la lettre de ses Morts. Elle ne la montrait à personne. Quand on lui demandait : « Qu'est devenue ta famille ? », elle répondait : « On les a tués, ils sont tous morts, tous. — Comment l'as-tu appris ? — Je le sais, c'est tout, ne m'en demande pas plus. » Souvent, il lui fallait toucher la feuille du cahier, elle regardait la colonne de noms, sans les lire, sans pleurer, ces noms qui hurlaient dans sa tête comme des appels auxquels elle ne savait comment répondre.

Ce qu'elle ne voulait pas voir : les images à la télé, les photos dans les journaux, dans les magazines, cadavres au bord des pistes, corps démembrés, visages tailladés par les machettes. Ce qu'elle ne voulait pas entendre : cette rumeur qui laissait entrevoir la folie de sexe et de sang qui s'était acharnée sur les femmes, les jeunes filles, les enfants...

Ses Morts à elle, elle voulait les protéger, les conserver intacts dans sa mémoire, dans l'intégrité de leurs corps, vierges de toute souillure, comme ces saints dont on parlait au catéchisme, qu'un miracle a préservés de la corruption.

Elle ne voulait surtout pas dormir, car s'endormir, c'était se livrer aux assassins. Ils étaient là, ils avaient pris possession de son sommeil, ils étaient les maîtres de ses cauchemars. Ils n'avaient pas de visage ; ils s'avançaient vers elle en une masse grise et sanglante. Ou, au contraire, ils n'avaient qu'un seul visage, énorme, ricanant, qui s'appuyait contre le sien pour l'écraser.

Non, il ne fallait pas dormir.

Bien sûr, il aurait fallu qu'elle pleure. Ses larmes, elle les devait à ses Morts. Pleurer, ce serait se tenir au plus près d'eux. Elle imaginait qu'ils l'attendaient derrière le voile des larmes, inaccessiblement proches. C'était peut-être pour cela qu'elle était partie loin d'eux, en exil, parce qu'il faudrait quelqu'un pour pleurer ceux dont on voulait anéantir la mémoire, leur dénier d'avoir existé. Mais il lui était impossible de pleurer.

\*

« Tu sais, lui dit un ami, mon père vient de mourir.

— J'irai à son enterrement », répondit-elle sans réfléchir.

Elle regretta aussitôt sa promesse. Devait-elle honorer les morts des autres si elle ne pouvait pleurer sur les siens ?

Elle revit alors les femmes au Rwanda qui pleuraient leurs morts et qui pouvaient les pleurer puisque le corps du défunt était là, devant elles, avant d'être mis en terre. Oui, les Rwandaises savaient pleurer leurs morts. Elles les pleuraient d'abord toutes droites, immobiles, en silence, et les larmes coulaient comme les gouttes de pluie qui ruissellent des grands eucalyptus. Puis venait le moment des plaintes, des gémissements, les femmes tremblaient, tout leur corps était parcouru de sanglots saccadés. Enfin, elles se recroquevillaient, disparaissaient sous leur pagne, on n'entendait plus que des soupirs qui ravalait les larmes et qui s'apaisait peu à peu. L'être cher pouvait rejoindre l'au-delà des morts puisqu'il avait eu son dû de larmes, et même si la douleur de la perte était toujours là, on savait que désormais elle se ferait discrète, qu'on pourrait vivre avec elle, que le défunt laisserait dans le monde des vivants un souvenir apaisé, que sa mémoire serait bienveillante, c'était peut-être cela que les Blancs appelaient le deuil.

On laissait partir le défunt vers sa dernière demeure. On le transportait dans l'ingobyi, une grande civière oblongue faite de lattes de bambou. Longtemps les femmes l'accompagnaient de leurs regards pour son lointain voyage comme si elles devaient le soutenir une dernière fois avant que ne l'accueille l'autre monde inconnu des Esprits des morts. L'ingobyi servait aussi de palanquin pour la jeune épousée le jour de son mariage. Elle aussi devait verser des larmes. Quand on l'emmenait de la maison de ses parents à celle de sa nouvelle famille, des sanglots, trop bruyants pour être sincères, montraient à tous qu'on l'arrachait contre son gré à l'enclos paternel. L'ingobyi exigeait toujours son lot de larmes.

Elle se souvint avec regret du petit cimetière où elle et ses compagnes d'exil aimaient se retrouver. C'était à Bujumbura, au petit séminaire où elles avaient été provisoirement hébergées. En échange d'une hospitalité un peu contrainte, les quatre réfugiées faisaient le ménage, aidaient à la cuisine, servaient les abbés à table, lavaient la vaisselle. Elles essayaient d'échapper à la curiosité pressante des séminaristes que troublait la présence des jeunes filles.

Il leur fallait inventer sans cesse de nouveaux prétextes pour éluder les invitations des abbés à venir dans leur chambre pour choisir un livre ou discuter un peu. Elles profitaient des heures de la sieste pour aller dans le jardin parler de ce qui leur était arrivé et envisager leur avenir incertain. Au bout de la bananeraie, elles découvrirent un petit cimetière abandonné : il y avait une dizaine de croix de bois. La peinture blanche était tout écaillée et les lettres noires des noms des défunts s'étaient pour la plupart effacées. « On fait une prière, dit Espérance, il faut toujours faire quelque chose pour les morts. »

Chaque jour, elles revinrent auprès des tombes. Le petit cimetière devint leur domaine secret, le refuge où elles se sentaient en sûreté, loin de la surveillance hargneuse de la vieille sœur économe, des regards brûlants d'ardeurs indiscretes des séminaristes et des abbés. Elles désherbèrent les tombes, y déposèrent quelques fleurs violettes qu'elles cueillirent sur le grand bougainvillier qui grimpait sur la façade du pavillon où logeait le père supérieur. « Cela pourrait être la tombe de nos parents, dit Eugénie, peut-être qu'on les a tués. Puisque nous sommes parties, peut-être qu'on les a tués à cause de nous. » Elles se serrèrent l'une contre l'autre, s'étreignirent comme quand on se salue selon la coutume rwandaise. Elles éclatèrent toutes les quatre en sanglots et elles trouvèrent dans cette déploration commune consolation et réconfort.

Chaque jour, en début d'après-midi, une fois la vaisselle terminée, à l'heure de la sieste, elles couraient vers le petit cimetière. Chacune avait choisi sa tombe. C'était tantôt celle des parents, tantôt celle d'un frère, d'une sœur, d'un fiancé... dont elles pleuraient l'absence, peut-être la mort si on l'avait assassiné en représailles de leur fuite. Elles recouvrirent peu à peu les tumulus, dont la terre se craquelait et s'effondrait sous la chaleur et les pluies, de graviers qu'elles dérobaient poignée par poignée sur la grande allée qui menait au calvaire. Dans la sacristie, elles trouvèrent des vases un peu ébréchés qu'elles placèrent au pied des croix qu'elles avaient pris soin de redresser. Elles y déposèrent des fleurs empruntées à l'autel de la Sainte Vierge. Alors, accroupies devant la tombe, les bras enserrant les genoux qui frôlaient le menton, elles versaient des larmes en silence, redoutant qu'un séminariste ne vienne les surprendre et se moquer de leur étrange cérémonial.

Quand le petit groupe des réfugiées fut dispersé dans différents établissements scolaires, elle regretta longtemps l'asile de consolation qu'avait constitué le petit cimetière. Et aujourd'hui, elle se rendait compte combien elle aurait désiré se retrouver auprès de ces tombes étrangères qui lui avaient fait verser tant de larmes

\*

Devant le porche de l'église était stationnée une sorte de minibus d'un gris discret et élégant. Deux hommes en costume sombre s'ennuyaient sur les marches du parvis. Elle pénétra dans l'église et se faufila par le bas-côté jusqu'à une chaise restée vide d'où elle pouvait voir le chœur et l'autel. Derrière un micro, un prêtre parlait d'un au-delà consolant. Cela n'intéressait pas ses Morts. Au premier rang, elle reconnut son ami. Sur la même rangée de chaises devaient se tenir les membres de la famille. Elle fut choquée de constater que les femmes ne pleuraient pas, même si certaines avaient les yeux rougis, et elle regretta qu'elles ne soient pas enveloppées dans ces grandes voilures de deuil comme elle l'avait vu sur de vieilles photos. Les hommes se composaient un visage d'une gravité qu'elle jugea compassée.

Son regard fut bientôt attiré par le cercueil, qui était juché sur une petite estrade au pied de laquelle étaient disposées des brassées de fleurs. Elle ne put s'empêcher d'admirer le vernis brillant, les moulures élégantes, les poignées dorées. Sans doute le défunt reposait-il dans sa boîte capitonnée revêtu de son plus beau costume, peut-être, comme on le lui avait raconté, avait-on fardé son visage pour se persuader que la mort n'était qu'un paisible sommeil. Et elle se mit à haïr ce vieillard qui, lui avait dit son ami, était mort sans souffrances, « de sa belle mort », comme il le répétait sans cesse. Alors, à force de le fixer, il lui sembla que son regard pénétrait à l'intérieur du cercueil, que celui-ci devenait transparent. Et le corps qu'elle voyait, dans cette bulle irisée d'une douce lumière, c'était celui de son père qu'on avait habillé de la chemise blanche qu'il portait le dimanche pour aller à la messe et du pagne immaculé, noué à la ceinture, qui est le vêtement des sages. « Et soudain, elle sentit que les larmes coulaient sur ses joues et elle s'entendit éclater en un bruyant sanglot. Elle ne pouvait plus ravalier ses pleurs, ses gémissements. Elle laissa ses larmes couler, elle ne cherchait ni à les retenir ni à les essuyer. C'était comme si une onde d'apaisement avait jailli du sein même de sa douleur. Elle ne put s'empêcher de murmurer la lamentation qui, au Rwanda, accompagne les morts. Elle sentit peser sur elle les regards de ses voisins, étonnés, gênés, réprobateurs. Elle crut suivre un chuchotement qui parcourait les travées de chaises devant et derrière elle. Elle s'enfuit, bouscula au passage quelques femmes agenouillées sur les prie-Dieu. Ses pas résonnaient sur les dalles comme pour la dénoncer : de quel droit pleurerait-elle ce mort inconnu que les siens accompagnaient d'une tristesse décente et justifiée ? Elle était le parasite de leur deuil.

Elle aurait voulu oublier ce qui s'était passé à l'église : la vision du cadavre de son père, la crise de larmes. Elle évitait désormais son ami de peur d'avoir à répondre à ses questions. Mais une étrange pensée l'envahissait jusqu'à l'obsession, qui la persuadait que ses Morts lui avaient fait signe et elle craignait de mettre au clair ce qu'ils voulaient lui signifier. Cependant, elle se rendit compte que les longues promenades qu'elle aimait faire par les rues de la ville la ramenaient sans cesse vers les églises et qu'elle espérait y voir stationnée devant le porche la carrosserie noire ou grise d'un

corbillard. Ce qui se produisit plusieurs fois. Alors une force irrésistible la poussait à entrer dans l'église et à se mêler à l'assistance endeuillée. Elle savait où se placer. À l'abri d'un pilier. Mais toujours de façon à bien voir le cercueil. Elle le fixait intensément, espérant, comme cela lui était déjà arrivé, que son regard pénétrerait la bière et y déposerait l'un de ses Morts : sa mère enveloppée dans son pagne, sa petite sœur dans sa robe bleue d'écolière... Elle n'y réussissait pas toujours mais cela déclenchait désormais à coup sûr ses sanglots. Et elle s'était persuadée que, par sa présence, ceux qui étaient là pour pleurer un fils tué dans un accident de la circulation, un frère décédé de ce qu'on appelait une longue maladie, un père foudroyé par une crise cardiaque, pleuraient aussi un peu pour ses Morts. « En retour, se disait-elle, je participe moi aussi à la peine de ceux qui ont perdu un des leurs. Ils ne peuvent m'en vouloir. »

Elle crut que ses Morts lui demandaient d'assister aux enterrements afin qu'eux aussi aient leur part de deuil et de pleurs. Elle qui ne lisait jamais le journal, elle l'ouvrait chaque matin avec fébrilité pour rechercher les avis de décès et d'obsèques. Elle prit l'habitude d'aller dans l'église qui se trouvait près de chez elle. Cela dura plusieurs mois mais son étrange assiduité finit par être remarquée. Un jour qu'elle essayait de sortir discrètement de l'église, un jeune abbé, sous le porche, lui barra le passage :

« Madame, s'il vous plaît... »

Elle ne pouvait ni le bousculer ni revenir en arrière.

« Madame, s'il vous plaît, permettez-moi, je voudrais vous dire quelques mots... J'ai remarqué que vous assistiez à presque tous les enterrements et vous pleurez comme si le défunt était l'un de vos proches : c'est parfois gênant pour la famille, pour ceux qui ont perdu un des leurs. Peut-être que je peux vous venir en aide ? Je ne demande qu'à vous écouter, qu'à vous aider... si je peux faire quelque chose pour vous... »

— Non, laissez-moi, je vous le promets, vous ne me reverrez plus. »

Elle erra longtemps dans les rues de la ville qui étaient devenues le labyrinthe sans issue de son désarroi. Il lui semblait que les liens si ténus, si fragiles qui, à travers les morts des autres, la reliaient à ses Morts avaient été à jamais rompus. Elle eut le sentiment d'être plongée dans une définitive solitude. Il ne lui restait plus que cette feuille de cahier, à présent toute froissée, et cette liste de noms qu'elle était incapable de lire mais qu'elle se murmurait comme une lancinante ritournelle de souffrances et de remords.

Rentrée chez elle, elle essaya de se plonger dans les notes qu'elle avait prises au dernier cours et de les retranscrire au propre mais c'étaient les noms de ses Morts qui apparaissaient sur la feuille blanche. Alors elle prit peur : elle allait devenir folle, elle était folle, ce qu'elle avait fait jusque-là, ce n'était pas ce que voulaient ses Morts. Ils n'étaient pas là, dans ce pays d'exil, dans ces églises étrangères, ils l'attendaient chez elle, dans ce pays des Morts qu'était devenu Le Rwanda. Ils l'attendaient. Elle irait vers eux.

\*

« Arrête-toi, dit-elle au chauffeur, c'est là, je reconnais le sentier qui mène chez moi et, si on continue, on monte jusqu'au reboisement d'eucalyptus, tout en haut de la colline. Et là, cette case là-bas, au bord de la piste, c'est le cabaret de Népomucène, il vendait de la bière de banane et des Fanta et même quelquefois, pas souvent, de la Primus. Un jour, je m'en souviens encore, mon père, au retour du marché, m'a payé un Fanta orange, il avait sans doute bien vendu son café.

— Tu veux vraiment y aller ? soupira le chauffeur. Tu sais, ça ne vaut pas la peine, il n'y a plus rien chez toi, ce n'est peut-être pas bien pour toi d'y aller, en tout cas d'y aller toute seule, on ne sait jamais. Tu peux tomber sur un fou et il y a ceux qui disent que le "travail", il faut le terminer, alors, toi, toute seule, avec ceux qui sont morts là-haut...

— J'ai promis d'y aller. Je trouverai peut-être ce que je suis venue chercher... j'ai promis, il faut que j'y aille.

— Je repasserai ce soir, avant que le soleil se couche. Je klaxonnerai. J'attendrai dix minutes, tu vois, j'ai une montre comme toi, dix minutes, pas plus, moi aussi, on m'attend à la maison.

— Je serai là. À ce soir. »

Le pick-up Toyota et son chargement de régimes de bananes, de matelas, de tôles, entre lesquels s'entassaient une dizaine de passagers et quelques chèvres, s'éloigna dans un nuage de poussière rousse. Le bruit du moteur s'éteignit peu à peu. Elle regarda longuement autour d'elle. La piste serpentait entre le versant de la colline et la cuvette du marais mais les roseaux et les papyrus avaient reconquis la terre noire du bas-fond où sa mère en saison sèche cultivait des patates douces et du maïs. Le cabaret de Népomucène n'était plus qu'une ruine dont le torchis écaillé laissait apparaître le plus souvent le squelette de bambous entrelacés. De hautes herbes desséchées avaient presque effacé l'entrée du sentier qui escaladait la colline. Était-elle bien à Gihanga ? se demanda-t-elle un instant. Mais elle se reprit bien vite. C'était normal si tout avait changé : la mort était passée par là, c'était maintenant son domaine.

La pente était raide mais le chemin devint bientôt rocailleux et la broussaille revêche qui avait d'abord entravé sa marche s'éclaircit peu à peu. Dans le fouillis végétal qui avait envahi le versant de la colline, elle essayait de reconnaître les anciennes parcelles cultivées. Le carré des caféiers était facile à distinguer mais les arbustes ébouriffés, hirsutes, témoignaient de leur abandon. Quelques maniocs démesurés et stériles émergeaient encore des herbes folles qui achevaient d'étouffer les dernières tiges de sorgho.

À mi-pente, au milieu des cultures abandonnées, subsistait un lambeau de forêt. C'était un bosquet très épais. D'un fourré inextricable émergeaient d'énormes ficus qui dominaient les bouquets des feuilles acérées des dracénas. C'étaient, lui avait dit son père, les vestiges d'un enclos d'un ancien roi. Son umuzimu, son esprit, hantait les lieux et il s'était peut-être réincarné dans le python qui gardait le bois sacré où personne n'osait pénétrer. « N'en approchez pas, répétaient les anciens, car le python est furieux depuis que les abapadri ont interdit de lui apporter des offrandes. Si vous

approchez, il vous avalera ! » Il lui sembla que, désormais, la forêt funèbre et son python s'étaient rendus maîtres de la colline et qu'ils finiraient par la dévorer.

Elle parvint à la bananeraie dont les feuilles luisantes dissimulaient autrefois l'enclos. Beaucoup de bananiers étaient couchés sur le sol et avaient pris la couleur brunâtre de la pourriture. Les feuilles de ceux qui se tenaient encore droits pendaient déchiquetées et jaunies. Quelques-uns portaient de dérisoires avortons de régimes.

À mesure qu'elle approchait de l'enclos, elle ralentissait le pas. Elle ne savait plus si elle aurait encore la force d'aller jusqu'au bout du voyage, d'affronter ce qui lui avait été annoncé. Mais déjà, elle avait atteint la palissade. L'entrelacs des branchages s'était affaissé et délié mais les pieux étaient devenus des arbustes dont le feuillage vigoureux ou la floraison écarlate lui parurent indécents, comme si, pensa-t-elle, ces simples piquets s'étaient vivifiés de la mort de ceux qui les avaient plantés. De la maison principale, une case rectangulaire, il ne restait qu'un pan de mur échancré. Elle chercha en vain la trace du foyer et de ses trois pierres : il n'y avait qu'un petit tas de tuiles brisées. Elle ne put retenir une bouffée de fierté : son père avait réussi à couvrir la maison d'un toit de tuiles ! Mais elle constata aussi que les tueurs avaient pris le temps de les emporter. Ils avaient toutes les raisons de tuer leurs voisins : ils étaient tutsi et ils avaient une maison avec un toit en tuiles. Dans l'arrière-cour, les trois grandes vanneries des greniers étaient renversées et éventrées, et l'étable à veaux n'était plus qu'un monceau de cendres et de paille à demi consumée. Elle prit soin, pour ne pas les briser davantage, de ne pas marcher sur les tessons qui jonchaient le sol, tout ce qui restait des grandes cruches dans lesquelles on recueillait l'eau de pluie. Dans les débris de l'auvent écroulé sous lequel on faisait la cuisine, elle crut distinguer un bout de tissu, peut-être, espéra-t-elle, un morceau du pagne de sa mère. Mais en s'approchant, elle se rendit compte que ce n'était qu'une feuille de colocase jaunie.

Elle le savait, ce n'était pas dans les ruines de l'enclos qu'elle trouverait ce qu'elle était venue chercher. Dès son arrivée à la commune dont dépendait Gihanga, elle était allée à l'église de la mission où s'étaient réfugiés les Tutsi, où ils avaient été massacrés. Quatre mille, cinq mille, on ne savait pas trop. Sous le porche, il y avait, assis derrière une table de bois, un petit vieux à barbe blanche, coiffé d'un grand chapeau de paille au bord effrangé. C'était le gardien des Morts. Il avait un cahier devant lui. Les visiteurs en sortant devaient y écrire quelque chose, comme pour une exposition. Le vieillard la regarda longtemps, hocha la tête et finit par lui dire :

« Toi, je t'ai reconnue, tu es la fille de Mihigo. Tu viens voir tes Morts ?

— Oui, ils m'ont appelée.

— Tu ne les trouveras pas ici ; ici, il n'y a plus que la Mort.

— Laisse-moi entrer.

— Bien sûr, qui pourrait t'interdire d'entrer ? Je vais avec toi, suis-moi, mais après, je te dirai quelque chose. »

“ Tu vois, dit le petit vieux, les abapadri et leurs boys ont tout lessivé, il n’y a plus rien, même plus une trace de sang, ni sur les murs, ni sur l’autel, il y en a peut-être encore entre les plis du voile de la Vierge Marie, si on regarde bien. Quand tout a été nettoyé, Monseigneur est venu. Il voulait qu’on recommence à dire la messe comme avant. Il suffisait d’un peu d’eau bénite. Mais les survivants ont protesté. Ils ont dit : “Où était ton Dieu quand on nous a tués ? Les soldats blancs sont venus chercher les prêtres et Il est parti avec eux. Il ne reviendra pas. Maintenant, l’église appartient à nos Morts.” Le bourgmestre et le préfet nous ont donné raison. Il paraît qu’on va en faire une maison rien que pour nos Morts, un mémorial comme ils ont dit. Je vais te montrer où sont nos Morts en attendant. ”

Il prit une clé qui pendait à son cou au bout d’une ficelle et ouvrit une porte, derrière l’autel, au fond de l’abside. Dans une vaste pièce sombre étaient entassés, jusqu’au plafond, de grands sacs, comme ceux dans lesquels on transporte le charbon de bois.

« Ceux-là, dit le guide en désignant les sacs qui étaient contre le mur à sa gauche, c’est pour les crânes, et ceux en face de toi, c’est pour les os. Il y a ceux qui étaient dans l’église et tous ceux qu’on a pu ramasser dans les collines, ceux que les hyènes et les chacals et les chiens rendus à la sauvagerie avaient laissés, même les enfants des écoles allaient faire la cueillette des os pendant les vacances et les jours de congé. On a dit qu’on allait construire des espèces de vitrines pour mettre tout ça, comme celles qui sont dans la boutique du Pakistanais au marché. Les tiens sont là, dans ces sacs, mais personne ne peut te dire à qui sont ces os et ces crânes. On peut juste reconnaître le crâne des bébés, ils tiennent dans une seule main. Mais ce que je peux te dire, c’est que ton père n’est pas là, ses ossements sont encore chez lui, là-haut, à Gihanga, mais surtout ne va pas les rechercher, ils sont là où tu ne dois pas les voir. Bon, je te raccompagne, toi, tu n’as rien à écrire sur le cahier, le cahier, c’est pour les Bazungu, les Blancs, s’il en vient, ou pour les grands messieurs de Kigali qui nous arrivent dans leur 4x4. Tu n’as rien à écrire, toi, tu es du côté des Morts. Mais je te le dis encore, ne va pas chercher les restes de ton père, il n’est pas bon que tu le voies là où on l’a jeté. »

Elle franchit la clôture démantelée de l’arrière-cour et s’engagea à nouveau dans la bananeraie qui lui parut plus dense que celle qu’elle venait de traverser. Malgré les herbes, on devinait encore un sentier qui se dirigeait vers un épais fourré d’où s’exhalait une épouvantable puanteur. Un brouillard vrombissant et vibronnant de moustiques, de moucherons et de grosses mouches verdâtres enveloppait le taillis. Une coulée noirâtre telle une lave nauséabonde s’était répandue tout autour. De gros vers livides, presque transparents, se tortillaient là où la marée fécale ne s’était pas encore transformée en croûte immonde.

Elle se fraya un passage entre les hautes herbes et alla s’asseoir un instant sur la termitière où, chaque matin, on attendait son tour. La puanteur l’opressait comme si l’air chargé de miasmes était devenu plus lourd. Elle ne savait plus si elle aurait le courage d’avancer encore, de gravir les quelques mètres qui la séparaient du bosquet pestilentiel. Elle se persuada qu’elle devait aller jusqu’au bout, que là, à quelques pas, elle aurait atteint la fin de son voyage. Elle gravit en chancelant la dernière pente, écarta les branches du taillis, tenta de chasser la bruine de moucherons qui l’aveuglait et se pencha au bord de la fosse. Elle crut deviner la forme d’un corps modelé dans la fange et, peut-être, mais c’était certainement une illusion, le reflet noirâtre, hideux, de ce qui avait été un visage. Elle fut envahie d’une violente nausée et, en vomissant, parvint à regagner la termitière. Elle ferma les yeux, et aussitôt surgit ce même visage décharné, enduit de son masque gluant et abject, qu’elle avait cru distinguer

dans la fosse. Elle rouvrit les yeux pour effacer cette vision d'épouvante. Elle crut que jamais plus elle ne pourrait baisser les paupières sans que lui apparaisse, du plus profond des ténèbres, ce visage d'horreur. Elle dévala la pente de la colline et, au bord de la piste, se réfugia entre les murs croulants du cabaret de Népomucène. Pour ne pas fermer les yeux, elle fixait la claie de bambous où s'accrochaient encore quelques lambeaux de terre rougeâtre. Tremblante de fièvre, secouée de nausée, elle attendit de longues heures, comme une promesse de délivrance, le retour de la camionnette.

Toute la nuit, dans la chambre qu'elle avait louée à la mission, elle lutta contre le sommeil. Elle essayait de repousser la montée des visions et des cauchemars qui l'emporteraient dans leur monde de terreur si elle se laissait aller à la moindre somnolence. Depuis qu'à l'heure du couvre-feu on avait éteint le groupe électrogène, les bâtiments de la mission étaient plongés dans la plus complète obscurité. Par l'étroite fenêtre, elle aperçut le rougeoiement d'un feu autour duquel se chauffaient sans doute les gardiens dans la nuit froide de la saison sèche. Elle eut envie d'aller les rejoindre, de tendre ses mains vers les flammes, de leur parler. Mais, bien sûr, une jeune fille ne pouvait ainsi, en pleine nuit, se mêler à des hommes inconnus. Elle se souvint que, sur la petite table, il y avait une lampe-tempête et, probablement, à côté, une boîte d'allumettes. Elle chercha à tâtons la boîte d'allumettes, en craqua une et enflamma la mèche de la lampe à pétrole. Il lui sembla que la petite flamme tremblante et sa crête bleuâtre veillaient sur elle, repoussant les puissances obscures qui la menaçaient. Elle s'allongea sur le lit et finit par s'endormir d'un sommeil sans rêves.

Quand elle se réveilla, il y avait quelqu'un dans sa chambre. Elle reconnut, dans la pénombre du petit matin, assis sur l'unique chaise, le gardien de l'église.

« Tu es allée chez toi, à Gihanga, dit le petit vieillard, je ne veux pas savoir ce que tu as vu ou ce que tu as cru voir. Tu es allée au bout de ton pèlerinage, il n'a pas d'issue. Ce n'est pas sur les tombes ou près des ossements ou dans la fosse des latrines que tu retrouveras tes Morts. Ce n'est pas là qu'ils t'attendent, ils sont en toi. Ils ne survivent qu'en toi, tu ne survis que par eux. Mais c'est en eux désormais que tu puiseras ta force, tu n'as plus d'autre choix, et cette force-là, personne ne pourra te l'enlever, elle te rendra capable de faire ce que peut-être aujourd'hui il t'est impossible de prévoir. La mort des nôtres, et nous n'y pouvons rien, nous a nourris, non pas de rancœur, non pas de haine, mais d'une énergie que rien ne pourra briser. Toi aussi, cette force t'habite, qu'on ne vienne pas te parler de deuil si ce mot signifie que les tiens s'éloignent. Au contraire, ils sont à tes côtés pour te donner le courage de vivre, de triompher des épreuves, que ce soit au Rwanda ou à l'étranger si tu choisis d'y retourner, ils sont à tes côtés, tu peux compter sur eux. »

Le soleil levant éclairait à présent l'étroite cellule. Elle s'était assise au bord du lit. Elle avait écouté, les coudes appuyés sur ses genoux, la tête entre ses mains. Elle avait laissé pénétrer en elle les paroles du gardien des Morts et le désespoir, peu à peu, avait desserré son emprise.

Ils restèrent longtemps face à face, sans rien dire. Le visiteur prit une petitealebasse qu'il avait déposée à ses pieds. Il y plongea un seul chalumeau :

« Cette bière de sorgho, dit-il, je l'ai préparée pour les Morts dont je suis l'hôte : partage-la avec eux comme je le fais. »

Il lui tendit la paille et elle aspira le liquide. Elle ferma les yeux. Une douce amertume envahit sa bouche, comme une sensation retrouvée

« Maintenant, dit le gardien des Morts, de quoi aurais-tu peur ? »

**2. DONGMO DJUKA, STÉPJANIE (2012). “MÉMOIRES D'UN SUICIDÉ”, EN AUJOURD'HUI, JE SUIS MORT, L'HARMATTAN**

Aujourd'hui, je suis mort. Ou peut-être était-ce hier ? Quelle importance ! Le temps pour moi n'existe plus. Rien que l'éternité, creuse, immense, infinie.

Je me suis suicidé. Oui, je me suis pendu à un manguier, près du petit lac Medongo non loin du quartier Bami. J'ai fait un nœud coulant que j'ai attaché à une branche. Je suis monté à l'arbre et je me suis passé la corde au cou. J'ai fermé les yeux en essayant de ne penser à rien. Ce sera bientôt la fin, me suis-je dit, je serai délivré. J'ai rouvert les yeux et regardé la nature une dernière fois. Le soleil était bas dans le ciel, la nuit n'allait pas tarder à tomber. Le temps était morose, une pluie s'annonçait. Décidément, je ne perdais rien à partir. J'ai crispé les poings et j'ai sauté.

*Yéh ! Yékéh ! Yékékéléh ! Yékékélékéléééééééh !*

Ce cri de surprise me tira du néant. C'est une vieille femme croulant sous le poids d'une hotte pleine de tubercules de manioc qui l'avait poussé ? Elle était tétanisée et roulait de gros yeux devant mon corps sans vie qui se balançait doucement au bout de la corde, au gré du vent. Les yeux étaient révoltés, la langue pendante. Il y avait de la bave aux commissures des lèvres, la tête penchait un peu de côté. Revenue de sa surprise, la vieille prit ses jambes à son cou en abandonnant un fardeau qui, de toute façon, était trop lourd pour ses frêles épaules.

Je regardai tristement le corps sans vie que je n'habiterais plus jamais. Je voulais le toucher et mes doigts ne rencontrèrent que le vide. Je n'étais plus qu'un esprit. Je poussai un gémissement et les oiseaux qui passaient dans le ciel précipitèrent leur vol, apeurés.

Je commençai à penser à ma nouvelle condition quand des pas précipités se firent entendre. La vieille femme avait ameuté tout le quartier. « *Venez voir la sorcellerie !* » Elle ne cessait de le répéter, à bout de souffle. Les nouveaux venus me reconnurent aussitôt.

- Mais... mais... c'est Capo, bégaya quelqu'un.
- Incroyable mais c'est bien lui, Capo Muscle, confirma un autre.
- Mon Dieu, qu'est-ce qui l'a pris pour qu'il en arrive là ? demanda un troisième. Je n'arrive pas à croire que Capo se soit donné la mort, lui qui était si fort et si craint. Ils parlaient de moi au passé ! Déjà !

En effet, j'étais réputé pour ma force physique. On me connaissait comme un bagarreur. Si quelqu'un me cherchait noise, je cognais, ce qui m'avait d'ailleurs valu quelques courts

séjours en prison. J'étais un dur à cuire et les gens me craignaient. On me surnommait Caporal Muscle, et, pour faire plus court, tout le monde m'appelait Capo. A telle enseigne que personne ne se souvenait plus de mon nom. Cette appellation m'allait au demeurant comme une seconde peau.

- Si ce n'est pas malheureux de se tuer ainsi ! Capo a dû être pris d'un accès de folie pour commettre un tel acte, lança encore quelqu'un.

Ils tournaient autour de mon cadavre en émettant des hypothèses sur les causes de mon suicide.

- Non, il n'était pas fou. Tout compte fait, il avait beau avoir des muscles, ce n'était qu'un lâche, répondit un autre.

Ces paroles m'irritèrent au plus haut point. J'aurais voulu dire à ces gens d'arrêter de parler de moi comme si je n'étais pas là, comme si je n'existais déjà plus. J'ouvris la bouche et émis des sons inintelligibles pour eux. Si j'avais été vivant, je leur aurais fait ravalier leurs paroles, une à une.

J'étais encore là à ronger ma colère quand ma femme arriva sur les lieux. Elle portait un vieux *kaba*, une grande robe délavée de la journée internationale de la femme, édition d'il y a quatre ans. Son foulard était noué de travers. Ruisselante de larmes, elle se jeta sur mes pieds qui arrivaient à un mètre du sol.

- Capo, Capo, dit-elle en me secouant, Capo, au nom du ciel, dis-moi que ce n'est pas vrai, que tu n'as pas fait cela. Capo, pourquoi ? Que t'ai-je donc fait pour mériter un tel châtement ?

Elle bafouillait et, tour à tour, se jetait sur mon cadavre, s'arrachait les cheveux et s'enroulait sur le sol.

- Tu me laisses à qui ? Et nos enfants ? Tu as pensé à nous ? Dis, as-tu seulement pensé à nous ? Que vais-je dire aux gens, à ta famille ?

Elle souleva un pan de son *kaba*, essuya ses larmes, puis, soudain très calme, se tourna vers l'assistance. Ils avaient tous des têtes de mort.

- Quelqu'un peut-il couper la corde ? demanda-t-elle.

Personne ne se proposa. Au contraire, tous reculèrent, terrorisés. Détacher un suicidé, dit-on, porte malheur. Quelqu'un suggéra d'appeler la police. Ma femme, d'un ton qui n'admettait pas de réplique, dit que ce ne serait pas nécessaire.

- Puisque personne ne veut le faire descendre de là, je vais le faire moi-même, dit Thrisia.

Elle ramassa la machette qui dépassait de la hotte abandonnée par la vieille femme et, avec des gestes décidés, grimpa à l'arbre. De trois coups énergiques, elle coupa la corde et mon corps tomba lourdement sur le sol, dans un bruit mat.

Thrisia s'approcha de mon cadavre qu'elle regarda pendant un moment. Puis, soudain, elle lui assena un violent coup de pied dans les côtes.

- Ingrat, méchant, égoïste, m'injurait-elle en renouvelant les coups de pied. Voilà ce que tu as fait de ta vie. Tu as toujours vécu sans tenir compte des autres. Tu penses peut-être que je vais me lamenter et porter le deuil. Alors là, tu te trompes. Tu es indigne de la plus petite goutte de larme. Tu as voulu mourir ? Eh bien va-t'en ! Personne ne te retient. Tu as vécu comme un chien, tu meurs comme un rat et seras enterré comme un brigand.

Elle s'apprêtait à m'assener un autre coup de pied quand des bras vigoureux la retinrent.

J'étais estomaqué. Je ne reconnaissais plus Thrisia. Elle, d'ordinaire si timide, si craintive, si docile. L'épouse avec qui j'avais passé quinze années de ma vie. Je m'agitai au-dessus de la branche sur laquelle je m'étais assis pour contempler la scène en spectateur. Mon cœur saignait. Quelles paroles dures elle m'avancait ! Quels mots difficiles à entendre ! De désespoir, je poussai un gémissement à fendre l'âme. Les chiens s'enfuirent en aboyant. Un silence apeuré tomba sur les lieux et les gens se sentirent pénétrés d'une étrange angoisse. Leurs cheveux se dressèrent sur la tête.

J'avais mal. Pas dans mon corps qui était déjà mort, mais dans mon âme. Je n'arrivais pas encore à croire que ma femme m'ait dit toutes ces choses. Je savais à quoi m'en tenir avec elle depuis longtemps. N'empêche, je fus surpris par sa violence. Je me consolai en me disant qu'elle avait parlé et agi dans la colère née de son désarroi. Depuis tant d'années que nous vivions ensemble, Thrisia ne m'avait jamais parlé ainsi. Jamais un cri, jamais un mot plus haut que l'autre. Elle était le calme personnifié et c'est d'ailleurs pour cette raison que je l'avais épousée. Je voulais une femme accommodante qui ne me casserait pas les pieds, meublerait ma maison et se laisserait gentiment oublier la plupart du temps. J'ai été comblé au-delà de mes espérances.

Thrisia avait perdu ses parents à l'âge de 16 ans. Ses deux frères étaient aussi morts la même année, d'une maladie mystérieuse. Parce qu'elle était la seule survivante de sa famille, les habitants de son village la regardaient avec méfiance. Un parent me raconta un jour l'histoire de cette fille qui, abandonnée du monde, vivait en recluse. Il ajouta que docile et timide, elle ne parlait presque jamais. C'est à cet instant-là que je décidai d'en faire mon épouse. Elle correspondait exactement à ce que je cherchais. Une femme pour qui je serais tout et qui ne serait rien pour moi. Ma mère n'était pas vraiment d'accord. Elle disait que Thrisia avait les yeux du malheur. Mais elle n'osa s'opposer à mon choix, trop contente que j'aie enfin décidé de me marier à 34 ans. Ce qui, pour elle, était un record de célibat.

Il paraît que le mariage a des effets prophylactiques. Je n'en ai jamais connu. Je n'ai eu de mon mariage qu'une ennuyeuse monotonie, la solitude et plusieurs mioches. Six au total. Si deux n'étaient pas morts en bas âge, j'en aurai eu huit. Ma femme, comme certains plaisantins s'amusaient à me le faire remarquer, était toujours soit enceinte, soit allaitante. C'est Dieu qui donne les enfants, nous les accueillons à deux mains.

Thrisia arborait en permanence un masque de peine. Indifférente et passive, elle était froide comme un iceberg. Rien ne la déridait. Si je découchais, elle ne me demandait jamais où j'étais. Si je lui donnais des explications, elle les écoutait en silence et ne disait rien, ne demandait rien et ne se plaignait jamais. Pour la popote, elle acceptait les 10 000 francs que je lui donnais avec la même expression qu'elle acceptait 200 francs. Elle ne changeait pas d'expression quand je lui disais que je n'avais rien du tout. Son silence et son indifférence étaient exaspérants à la fin. Parfois, pour essayer de la dérider, je la prenais violemment, sauvagement. Elle ne réagissait pas et subissait mes assauts sans se plaindre, mais avec un rien de dégoût dans ses yeux qui me fixaient avec une insondable et infinie tristesse. Je retirais d'elle toute la satisfaction que je pouvais et j'aurai renoncé depuis longtemps à la toucher si je n'avais été Capo. Son regard glacial aurait suffi à rendre n'importe quel autre homme impuissant. Elle riait à peine et me donnait parfois l'impression d'être une morte en sursis.

Ma femme n'avait ni ami, ni passion. Sa seule joie était nos enfants qu'elle aimait sincèrement. Et ils le lui rendaient bien. Ils formaient un clan soudé d'où j'étais exclu. J'en eus confirmation un jour où je rentrai à la maison plus tôt que d'habitude. Comme souvent, je marchais à pas feutrés car j'aimais bien savoir ce qui se passait chez moi en mon absence. Aussi, personne ne m'entendit venir. Thrisia et les enfants étaient assis dans la cour, ils riaient aux éclats. Ma femme avait l'air heureuse à cet instant-là, peut-être parce qu'elle riait. Ce bonheur la rendait belle, d'une beauté tranquille que je n'avais jamais soupçonnée. Ma petite fille de cinq ans, Fifi, lui racontait comment elle avait dansé le ballet à l'école et ses frères acquiesçaient.

- C'est vrai, maman, elle dansait vraiment bien et les gens ont beaucoup applaudi, dit mon aîné de 12 ans.
- Va, demanda ma femme, montre-nous comment tu dansais.

Accompagnée des autres enfants, elle commença à fredonner une chanson, en battant des mains.

Et ma fille dansa. C'était vrai, elle dansait bien et j'étais fier d'elle. Thrisia dansa aussi. Puis, elle arracha la fillette du sol et la fit tourner. Elle la couvrit de baisers. Les autres enfants se mirent à en réclamer aussi.

- Un baiser, un baiser, maman !  
Elle leur en donna à tous, généreusement.
- Qui en veut, qui veut des baisers ? Smack !

J'étais ébahi. Ma femme et mes enfants, d'habitude si mornes, si ennuyeux, riaient. Je ne l'aurais jamais cru si je n'avais assisté à la scène. Elle n'était donc pas un iceberg, ma femme. Elle pouvait être aimante et câline si elle le voulait. Pourquoi ne l'avait-elle jamais été avec moi ? Pourquoi ne m'avait-elle jamais serré dans ses bras comme elle le faisait en ce moment même avec nos enfants, les yeux brillants de plaisir ? A moi, elle ne souriait jamais. A moi, elle ne faisait jamais de câlins. Je venais de découvrir une nouvelle Thisia et un espoir fou naquit tout au fond de mon cœur. Je sortis de la pénombre et m'avançai dans la cour.

Dès qu'ils me virent, ma femme et mes enfants cessèrent immédiatement leur jeu. Leurs visages n'étaient plus rieurs mais avaient retrouvé leur passivité, avec, en plus, de la culpabilité, comme si je les avais pris à faire quelque chose d'interdit. De toute évidence, ils s'attendaient à ce que je les gronde. Je m'approchai de ma fille et m'accroupis pour être à sa hauteur.

- Alors Fifi, c'est vrai que tu as dansé à l'école ? demandai-je, avec mon sourire le plus large.
- Oui, papa, répondit-elle d'une voix à peine audible. Elle baissait les yeux, apeurée.
- C'est bien, ma fille, tu auras un cadeau. Que veux-tu comme cadeau ?

Silence. Fifi fixait toujours le sol, prête à détalier à la moindre alerte. On aurait pu entendre un moustique passer. Ma femme me fixait, un peu surprise. Elle avait un regard qui voulait dire : « *Laisse-la tranquille, fous-nous la paix.* » Thisia pouvait cacher ses sentiments, se montrer indifférente, mais toujours, j'avais su lire dans ses yeux. Je ne comprenais pas pourquoi elle ne me soutenait pas à cet instant précis où j'avais tant besoin de son aide. Je perdis patience, ma voix monta d'un ton.

- Alors, Fifi, tu veux ce cadeau oui ou merde !

Ma fille se mit à trembler de tout son corps. Des larmes ruisselèrent sur ses joues et elle courut se blottir dans les bras de sa mère qui la serra comme si elle venait d'échapper au plus grand des dangers. Je me relevai. Six paires d'yeux me fixaient avec hostilité, cette hostilité sur laquelle j'avais plusieurs fois buté sans la comprendre. Qu'avais-je donc fait, bon dieu, pour l'effrayer à ce point ? Je n'avais jamais porté la main ni sur ma femme, ni sur mes enfants. Et pourtant, ils se comportaient comme si j'étais un tyran de la pire espèce. Je tournai les talons et retournai au bar d'où je venais.

Ma femme paraît être une petite chose inoffensive. Mais moi seul sais de quelle haine violente elle est capable et combien elle peut dissimuler ses sentiments. Non, Thisia ne parlait pas, mais elle disait tout dans son regard. J'avais plusieurs fois senti qu'elle me détestait. Je savais qu'elle ne m'avait jamais aimé. Elle ne m'avait épousé que parce qu'elle

ne savait où aller. J'étais pour elle une manne tombée du ciel au moment où elle en avait le plus besoin. Je lui assurai le gîte et le couvert. Je lui avais permis d'avoir des enfants, sa seule passion. Lorsque je lui avais demandé de m'épouser, elle m'avait regardé longuement, de l'un de ses regards insondables, puis, avait simplement hoché la tête. Je l'avais alors emmenée et installée dans ma vie.

J'avais en permanence l'impression qu'elle savait tout de mes moindres pensées, qu'elle pouvait lire en moi. Le jour de ma mort, ma résolution était définitivement prise. J'étais resté à la maison toute la journée. J'étais très calme en apparence, mais à l'intérieur, j'étais surexcité. Mes mains tremblaient. J'avais fumé en quelques heures trois paquets de cigarettes, bâton après bâton. J'avais fait ma toilette et mis des vêtements propres, de couleur noire. Puis, j'avais détaché la corde avec laquelle j'avais attaché des planches quelques jours plus tôt. Ma femme, qui ne me demandait jamais rien, m'a néanmoins demandé où j'allais avec cette corde. Elle me regardait comme si elle savait, un petit sourire de satisfaction qu'elle avait du mal à retenir tordait ses lèvres. Son regard semblait clairement dire : « *Plus vite tu vas en finir, mieux ce sera.* » Je ne pris pas la peine de lui répondre et m'en allai à pas lents vers le lac Medongo.

On transporta mon cadavre dans la cour de la petite maison trois pièces que je louais au quartier Bami. La nuit avait maintenant tout recouvert de sa sombre enveloppe et une fine pluie tombait. On me laissa à même le sol, la corde encore autour du cou, les yeux toujours grands ouverts. C'était la tradition. Le cadavre d'un suicidé ne pouvait pénétrer dans une maison, sous peine de porter malheur à ses occupants. Ma femme tint un conciliabule avec les hommes âgés de ma tribu.

- Il faut emmener le cadavre au village dès ce soir. On ne peut pas conserver la dépouille d'un pendu à la morgue. D'ailleurs, ce ne serait qu'une dépense inutile. On devra aussi l'emballer dans une natte ou dans un matelas, il n'a pas droit au cercueil, dit le doyen des hommes.

Il ajouta :

- Femme, prends bien soin de ne pousser aucun cri, aucune larme ne doit sortir de tes yeux, même si tu as très mal. Et veille à ce que tes enfants en fassent autant. Et puis, il faudra libérer la maison. Emballe tout, nous partons pour le village à minuit.

Le doyen jeta un regard circulaire dans ma maison et hocha la tête. A vrai dire, pensa-t-il, il n'y aurait pas grand-chose à emballer.

Parti en ville pour chercher fortune, je devais retourner au village trente années après les pieds devant, avec, pour seuls biens, une veuve, six orphelins, quelques vieilles casseroles, trois chaises bancales, un lit cassé et un vieux poste radio hérité de mon père. Un poste qui, de temps en temps, ne captait plus que le poste national, avec des grésillements insupportables. Je compris à cet instant-là toute la signification de l'adage qui veut qu'un boucher ne mange que des os et qu'un cordonnier aille pieds nus. J'étais menuisier depuis mes vingt-huit ans et je ne possédais pas de meubles. C'est drôle, c'était comme si je ne le constatais qu'à ce moment-là. J'avais passé ma vie à fabriquer des meubles pour les autres et n'en possédais aucun moi-même.

Le car partit à minuit pile, trop pressé de m'amener vers ma dernière demeure. Mon cadavre avait été enroulé dans le matelas sale et puant le pipi des enfants. Plusieurs hommes et femmes de mon village accompagnèrent ma dépouille. Ma femme était assise à l'arrière du véhicule, entourée de nos enfants. La dernière avait à peine six mois et tirait sur le sein flasque de sa maman. Comme elle était mal installée, elle se mit à gigoter en poussant des cris qui brisèrent le silence du car. A bout de nerfs, Thrisia lui assena une claque bien sentie sur les fesses.

– Tais-toi, mais tais-toi donc, tu veux me rendre folle ou quoi ?

L'enfant cria de plus belle. Thrisia la prit dans ses bras, la serra très fort en la berçant. Elle avait les larmes au coin de l'œil et avait visiblement du mal à les retenir.

– Pardon, pardon mon bébé, maman ne recommencera plus. Maman t'aime très fort, tu le sais. Chuuuut, beau bébé, calme-toi, dors, dors.

Et elle fredonna une berceuse à voix basse. L'enfant finit par s'endormir. Je regardai le visage paisible de ma fille et le remords m'empoigna. Qu'allait-elle devenir ? Ma femme, je le savais, aimait nos enfants et les dorlotait à l'excès. Mais cela suffirait-il ? J'eus mal pour elle, pour nos enfants.

Nous - les passagers du car et moi-même - arrivâmes au village à l'aube. La concession dormait encore. Le chauffeur klaxonna et c'est la coépouse de ma mère qui sortit la première, toute voûtée sur sa canne. Mon père étant mort il y a un nombre incalculable d'années et tous les enfants vivant en ville, il ne restait plus qu'elle et ma vieille maman dans la concession. Juste après elle, ma mère sortit à son tour. Quelques voisins aussi.

– Que se passe-t-il ? demanda ma mère en serrant ses petits-enfants dans ses bras.

Le patriarche lui prit la main et, le plus calmement possible, lui annonça que je m'étais suicidé, que je m'étais pendu, et que mon cadavre était là, sur le porte-bagages, enroulé dans un matelas.

Ma mère poussa un cri strident et se laissa tomber sur le sol, inanimée. Un instant, on craignit pour sa vie, mais elle retrouva très vite ses esprits.

- Qu'est-ce que tu viens de dire ? lança-t-elle. Je n'y crois pas, mon fils Capo ne peut s'être suicidé, et de quelle manière ! Pendu ! Non, ce n'est pas possible, il doit y avoir erreur. Il faut qu'il ait perdu la raison. Non, non, ce n'est pas vrai.

Elle secouait la tête, s'arrachait les cheveux. Son foulard gisait sur le sol. Thrisia s'avança vers elle pour la consoler. Ma mère la repoussa violemment.

- Arrière de moi, méchante femme. Qu'as-tu fait à mon enfant pour l'acculer au suicide ? Tu l'as tué par tes mauvais traitements. Tu es mauvaise, je l'ai toujours su. Tu attires le malheur sur les gens qui t'entourent. Tu n'as apporté à mon fils que la guigne. Dès l'instant où il t'a rencontrée, sa vie a basculé dans l'échec. Dis- moi, oh ! Dis-moi ce que tu lui as fait. Dis-le-moi, méchante femme !

Elle invectivait ma femme qui recula jusqu'à se trouver coincée, dos au mur. Ma mère lui cracha au visage, avant de s'écrouler à nouveau sur le sol où elle resta prostrée. Je m'avançai et m'assis près d'elle. J'aurais voulu lui caresser les cheveux, lui dire que j'étais là, près d'elle. Elle murmurait des paroles incompréhensibles et paraissait plus vieille d'un coup. A près de quatre-vingt ans, elle n'avait vraiment pas besoin de ça.

Mes funérailles furent les plus tristes auxquelles il m'eut été donné d'assister. Pas de pleurs, encore moins de collation. Si quelqu'un voulait se restaurer, il sortait de la concession et s'en allait manger ailleurs. On avait jeté mon corps dans la cour comme un vulgaire paquet. J'avais toujours la corde autour du cou, la langue pendante et les yeux révulsés. Mon cadavre faisait horreur à tous ceux qui l'approchaient. Il resta dans la cour toute la journée, sous le soleil.

Depuis la scène avec ma mère, Thrisia se terrait. Pendant ce temps, des hommes allèrent chercher des féticheurs pour accomplir les rites de purification qui s'imposaient, dans le but de chasser le mauvais sort de la famille et se désolidariser de mon geste. Les féticheurs vinrent à la nuit tombante et m'empoignèrent, qui par un bras, qui par un pied. Ils me transportèrent dans un coin reculé des champs. Les féticheurs étaient les seuls capables d'accomplir ces rites funéraires particuliers, applicables aux suicidés, et surtout aux pendus. Tous les suicides ne se valent pas. Pour ces rites, la présence de tout non-initié était interdite. Ils me déshabillèrent, car, disaient-ils, je ne méritais même pas les vêtements que je portais. Puis, à l'aide de longues verges, trois d'entre eux me donnèrent la fessée jusqu'à épuisement, tandis que le quatrième tenait la corde de la pendaison entre ses mains. Ce dernier sortit une corne d'antilope de son sac, versa le liquide noirâtre qu'elle contenait sur moi en disant :

- *Sî*, dieu de nos ancêtres, voilà notre fils qui a été tellement mauvais qu'il s'est pendu. Il a encore la corde de son forfait autour du cou. *Sî*, ferme-lui les portes de ta maison, foule-le aux pieds, afin qu'il n'entre pas dans ta sainte demeure mais qu'il erre dans l'éternité comme le fils infidèle qu'il est. Mes pères, voilà votre fils indigne. Chassez-le, de peur qu'il n'entre parmi vous et ne vous corrompe. Il n'est pas digne de reposer auprès des illustres ancêtres que vous êtes.

Il sortit ensuite une poudre blanchâtre de son sac et la répandit sur mon visage.

- Que le repos te soit à jamais refusé, que la terre de nos ancêtres te soit lourde, puisse les fourmis te dévorer jusqu'au dernier os, puisse ton âme ne jamais reposer en paix. Fils ingrat, voilà comment tu nous remercies de t'avoir donné la vie, par une mort infâme, avilissante. Que le malheur et la disgrâce que tu as répandus sur ta famille et sur ton village te soient rendus au centuple.

Tour à tour, chacun des féticheurs cracha sur mon visage. Ils me laissèrent là et s'en allèrent sans se retourner. Mon corps passa toute la nuit dans les champs.

Étrange veillée funèbre que celle qui me fut organisée. Je fus seul à veiller sur moi-même. Je me sentis mal ; je ne pourrais décrire les sentiments qui m'ont animé toute la nuit. En me tuant, je croyais échapper à mes déchirements. Mais dans la mort, j'ai retrouvé des tourments bien pires. Ma souffrance passée n'était rien, comparée à ma douleur présente. Mon âme pleurait des larmes de sang, je n'avais jamais été aussi malheureux. Être rejeté dans la mort, c'est la pire des choses qui puisse arriver à un homme.

Je pensais que ma pendaison n'affectait que moi, mais non. Toute ma patrie s'en trouvait blessée. Ma famille, mes rares amis, ma communauté, tous me condamnaient sans se demander pourquoi je l'avais fait. Cela ne les intéressait pas. Pour eux, rien ne pouvait justifier le suicide qu'ils considéraient comme un parjure.

J'ai toujours pensé que l'on est libre de mourir si l'existence nous est odieuse. Je ne comprends pas pourquoi le monde réprovoque mon acte. Ne puis-je donc pas mourir quand je le veux ? Ma vie ne m'appartient-elle donc pas ? Le droit de vivre n'entraîne-t-il pas logiquement le droit de mourir ? Pourquoi ces gens me condamnent-ils ? J'ai été un paria toute ma vie. Dans la mort, j'en suis également un. Les mânes de mes ancêtres m'ont demandé des comptes à minuit : « *Qu'as-tu fait de la vie que nous t'avons donnée ?* » Les esprits que je rencontre me regardent avec circonspection. Mon Dieu, cela ne cessera-t-il donc jamais ?

Peut-être aurais-je mieux fait de laisser une lettre d'explication. Mais je trouvais cela stupide et avilissant. C'est comme si on suppliait les autres de bien vouloir nous comprendre. Une fois mort, pensais-je, je n'aurai plus que faire de l'opinion des gens. Et puis, on laisse une lettre quand on sait que par sa mort on blesse quelqu'un. Pour ma part, il n'y avait personne qui souffrirait de ma disparition, à part ma vieille maman qui, de toutes les façons, était déjà sur le retour. Par ma mort, je ne lésais personne. Au contraire, je libérais ma famille d'une présence qu'elle supportait à peine.

Mais je commençais à douter des mobiles qui m'avaient poussé au suicide. Ils ne pesaient plus pour moi le poids que je leur trouvais alors.

Pourquoi me suis-je tué en effet ? Je ne saurais le dire exactement. Peut-être les circonstances malheureuses de mon existence et mon extrême lassitude m'ont-elles poussé à bout. Je vécus une fois de plus mes tourments.

Il était indéniable que je ne voulais plus vivre. J'étais fatigué de trimer, et pour quoi ? Pour des clous. Depuis le temps que j'étais parti en ville pour chercher fortune, j'avais exercé plein de petits métiers aux rendements incertains, je n'avais trouvé mon compte nulle part : maçon, cordonnier, vendeur à la sauvette, gardien de nuit, fossoyeur... J'avais fini par devenir menuisier. Là non plus, les choses n'avaient pas marché mieux qu'ailleurs. Je m'enfonçais de plus en plus dans la misère et la pauvreté. Pourtant, le ciel m'est témoin, je ne demandais pas beaucoup à la vie. Juste de quoi élever, même modestement, mes enfants, et un peu d'amour. Mais cet amour-là, ce n'était pas chez moi que je l'aurais trouvé. Mes enfants n'attendaient de moi que le gîte, le couvert et la scolarité, et ne me donnaient rien en échange.

J'étais seul dans une maison remplie de gens. Personne à qui me confier, personne qui s'intéresse à moi pour moi-même. Pas même ma femme, pas même mes enfants qui avaient hérité de la servilité et de la docilité ennuyeuses de leur mère. Ils ne m'avaient jamais donné l'occasion de les aimer. Ces mioches qui me regardaient de leurs grands yeux affamés ne me demandaient rien, mais attendaient de moi plus que je ne pouvais leur en donner, quelque chose que je ne possédais pas : le présent et le futur.

Si je suis mort, ce n'est pas par manque d'amour pour ma femme et mes enfants. Mais ils étaient mêlés à ma vie de façon trop légère. Ce n'était que des ombres qui peuplaient mon existence. Pire, des loups qui me dévoraient à petit feu. Ils n'ont pas mérité que je vive pour eux.

J'étais fatigué de faire semblant d'être bien dans ma peau, d'être ce que je ne n'étais pas. Je n'ai jamais été le dur à cuire que tout le monde croyait. Au contraire, j'avais une sensibilité à fleur de peau et un besoin d'affection qui a accru avec l'âge, et que je dissimulais dans des coups de poing généreusement distribués.

On dit que l'espoir fait vivre. Mais l'espoir n'a jamais rassasié personne. Les déceptions répétées de ma vie m'ont fait y renoncer sans peine. J'étais vraiment las de tout, ma vie était vide et mes ambitions vaines. La vie n'est supportable que si elle a quelque raison d'être. Or, la mienne n'avait pas de but. On m'accusait d'être malhonnête, bagarreur, joueur, autoritaire et j'en passe. Était-ce ma faute si j'étais moi-même et pas quelqu'un d'autre ? Les quelques amis que j'aurais pu avoir s'étaient éloignés de moi ; ma famille, elle, ne m'avait jamais été proche. J'avais été incapable de faire le bonheur de quelqu'un, encore moins le mien.

J'étais un raté, ma femme me le disait clairement à travers son regard. Personne ne m'aimait, personne ne me regrettera, pensais-je. Pourquoi devrais-je vivre pour des gens qui n'avaient pas besoin de moi ? Pourquoi devrais-je supporter cette vie, trimer pour, en fin de compte, mourir un jour ? Mes efforts auraient donc été inutiles. Autant mourir aujourd'hui. D'ailleurs, quelle différence cela fait-il de mourir-là, à l'instant, ou dans vingt ans ? Les années que j'aurais pu encore vivre ne semblaient pas en valoir la peine. Je n'avais plus le courage de vivre. Je voulais quitter les choses avant qu'elles, ne me quittent.

On dit que rien ne vaut la vie. Mais la vie elle-même vaut-elle quelque chose ? Peut-être avais-je des penchants suicidaires. Plusieurs fois, j'avais pensé au suicide mais m'en étais toujours abstenu, me reconfortant dans l'idée que c'était là l'œuvre d'un lâche. Cependant, ne faut-il pas une bonne dose de courage, du courage morbide né du désespoir, pour méditer et organiser soi-même sa mort ? J'ai entendu dire que le suicide est le stade où se mêlent l'extrême courage et l'absolue lâcheté. Pour ma part, je pense qu'il faut plus de courage que de lâcheté pour renoncer au bien après lequel le monde entier court. Je n'ai pas agi sur un coup de tête, j'ai préparé mon suicide pendant trois jours et trois nuits, avec calme et persévérance.

Toutes ces raisons que j'évoquais ne me semblaient plus aussi pertinentes, ni aussi terribles qu'elles m'apparurent lorsque je sautai du manguier, la corde au cou. Me suis-je mépris sur les raisons véritables qui m'ont poussé à agir ? Ai-je transformé mes petites colères et mon ennui quotidien en fardeaux insoutenables ? Pourquoi donc me suis-je tué ? Y étais-je prédisposé ? Je dois faire partie du contingent de morts volontaires que la société paie chaque année en redevance à elle-même.

La pluie tomba sur mon cadavre toute la nuit. La terre se déposa sur mon corps par petites mottes, de telle sorte qu'au petit matin, quand l'on vint pour me mettre en terre, j'étais déjà presque enseveli. Je remarquai tout de suite que ma sœur Esther était là. Elle avait dû voyager de nuit pour être là au petit matin. De tous mes frères et sœurs, Esther était celle qui me portait une certaine affection. Mais on se voyait si rarement que j'en oubliais parfois son existence. Quand elle vit mon corps, elle posa les mains sur la tête et battit des pieds dans la boue.

- Capò, Capò, qu’as-tu fait ? Pourquoi ne t’es-tu pas confié à moi ? Nous aurions trouvé une solution. Capò, faut-il que j’aie compté si peu pour que tu n’aies pas pensé à moi avant de poser un tel acte ?

Ces mots, elle les murmurait mais je les entendis, ce qui en ajouta à mon désarroi. Elle scruta les arbres environnants, comme si elle cherchait quelque chose.

- Capò, m’entends-tu ? Je sais que tu es là, je le sens, réponds-moi.

Mais hélas ! Je ne le pouvais. J’aurais voulu l’embrasser une dernière fois, lui dire combien j’étais désolé de la peine que je lui causais. Mais à quoi cela aurait-il servi ? Il y a des choses que l’on ne peut défaire.

Des fossoyeurs creusèrent une tombe. Quand ce fut fait, les féticheurs de la veille me saisirent une fois de plus et, sans autre forme de procès, me balancèrent dans la fosse où j’atterris la face la première dans la boue. Le plus âgé d’entre eux murmura encore quelques incantations pour conjurer le mauvais sort, puis, il lança :

- Que ceci ne se reproduise plus jamais. Ni dans cette famille, ni dans ce village. Aucun malheur, si grand soit-il, ne justifie que l’on se tue. L’homme peut tout supporter. Pourquoi précipiter la mort qui arrivera inexorablement un jour ou l’autre ? Pourquoi en hâter la venue et laisser à ses proches des remords sans fin ? La vie est sacrée, nul n’a le droit de la prendre, car toute vie appartient à *Sí*. Nous ne devons pas dédaigner cette vie qu’il nous offre gratuitement. Personne n’a le droit de mort, même pas sur lui-même, et tout suicide est un sacrilège. C’est pourquoi, fils ingrat, nous ne te disons pas au revoir mais te tournons le dos.

Puis, se tournant vers l’assistance :

- Mes frères, voilà un des nôtres qui est étendu là. Faisons chacun le bilan de nos actions et voyons où nous avons failli. Mettons-nous au service de l’autre, pour qu’il puisse s’appuyer sur nous au jour du désespoir. Sachons nous entourer d’amour et d’affection, pour que nous ne vivions plus jamais ce à quoi nous assistons en ce jour. Voilà, j’ai parlé, ajouta-t-il, emphatique, avant de se retirer, suivi par ses collègues.

Les fossoyeurs me couvrirent de terre.

Je n’eus pas droit aux poignées de terre délicatement jetées par des mains chères. Il n’y eut, à mes obsèques, ni fleurs, ni pleurs, ni linceul, ni cercueil, ni cantiques religieux, ni même autopsie traditionnelle. On a l’habitude d’enterrer nos morts derrière la case. Mais moi, on m’enterra dans un champ que l’on allait d’ailleurs abandonner à la broussaille et aux démons. J’avais été fouetté et jeté dans la boue toute la nuit. On m’avait enterré tout nu, les honneurs des funérailles m’avaient été refusés.

La vie ne vaut peut-être pas la peine d’être vécue, mais le suicide encore moins. Il vous enlève votre étiquette d’être humain pour la remplacer par celle de vermine, chien, moins que ver de terre. Je pleurai de tristesse. Ma vie n’aurait pas pu être pire que ma mort.

Peu à peu, les gens quittèrent les champs pour rentrer à la concession. Je regardai ma tombe. Elle n'avait même pas été surélevée pour indiquer une sépulture ! Mon corps était maintenant abandonné aux termites et autres insectes anthropophages. Je n'avais plus rien à faire là. J'étais effrayé à l'idée d'y rester seul. Mon esprit suivit les dernières personnes à quitter les lieux.

Quand j'arrivai dans la concession, je vis ma mère qui criait sur Thrisia et la tirait du reste de ses forces par les cheveux. Elle avait convaincu mes frères de chasser ma femme de la famille. Ils lui avaient pris les enfants.

– Va-t'en, criait ma tendre mère. Femme de mauvaise engeance, tu as tué mon fils, tu l'as assassiné par tes mauvais soins. Tu partiras de ma famille comme tu es venue, sans les enfants. Tu ne vas pas les nourrir de ta perfidie.

Ma femme pleurait. Elle suppliait que l'on lui donnât ses enfants, elle demandait que l'on la laissât partir au moins avec la petite dernière. Elle se jeta aux pieds de ma mère et celle-ci la repoussa. Un de mes frères, celui avec lequel j'étais en froid depuis toujours, vint attraper Thrisia par le bras pour la traîner hors de la concession.

Je regardai tristement celle qui avait été ma compagne durant toutes ces années. Si elle ne m'avait jamais témoigné d'amour, elle n'avait pas été méchante non plus. Indifférente, oui, sournoise, hypocrite, mais pas méchante. Je la regardai partir sur la route, titubante, échevelée, pieds nus, sans rien d'autre que son éternel *kaba* de la journée internationale de la femme. Où se réfugierait-t-elle ? Elle n'avait aucune famille, aucun ami, nulle part où aller.

Je n'avais pas voulu cela, Dieu m'est témoin que je ne l'avais pas voulu. En mourant, j'avais voulu lui simplifier la vie, à ma femme. Mais je l'ai plutôt mise dans une situation inextricable. Sans nos enfants, elle était perdue. Ils étaient sa raison de vivre.

Qu'est-ce qui l'attendait sur cette route ? La folie, la mort, le suicide peut-être ?

Je ne suis plus qu'une âme en peine qui erre dans les profondeurs de l'éternité.

Oh ! Que ne puis-je mourir une seconde fois pour échapper à mes tourments !

### 3. *DAMIDA LA PETITE CRÉOLE. MAXETTE OLSSON*

#### LA PURGE CRÉOLE ET LA SANTÉ CRÉOLE (PREMIÈRE PARTIE)

Et, plus que jamais, l'écrivain créole assis devant sa feuille perçoit à quel point, sur cette tracée opaque située entre l'oral et l'écrit, il doit abandonner une bonne part de sa raison, non pour déraisonner mais pour se faire voyant, inventeur de langages, annonciateur d'un autre monde.

Je veux dire qu'il doit se faire Poète.

Patrick Chamoiseau dans *Écrire la "parole de nuit"* La nouvelle littérature antillaise, rassemblés et introduits par Ralph Ludwig

Écrire.

Écrire pour nourrir son souffle affamé de passion,  
En étanchant l'eau du regard intérieur par l'attention.  
Véyé jé a-w ! (Demeure vigilant !)

Écrire pour observer la technologie du mythe,  
Ô siège universel des tout-puissants ermites.  
Pa ni bwui ! (Paix et Unité !)

Écrire pour illuminer sa PRÉvision diasporatique,  
À la dimension intuitive de l'union magnétique.  
Mété-w an kontak-dirèk ! (Branche toi en contact direct !)

Écrire pour s'extraire des pollutions intellectuelles  
Et rayonner dans l'obscur du Principe spirituel.  
Mété limyè ! (Brille !)

Écrire pour que Tradition et Sagesse incarnent l'alliance  
Au faite de la soumission, vertu de clairvoyance.  
Gadé byen an dèwdan-w ! (Regarde en toi !)

Écrire pour exorciser sa solitude de négresse  
À la recherche du Grand soi au Royaume de Tendresse.  
Ka ki pli bèl ki sa ? (C'est beau !)

Écrire car les éléments de nos larmes  
Sont vitaux et nos vecteurs de faconde sont nos armes.  
Sé kyenbé rèd ! (Tiens bon !)

Écrire pour réaliser le Bel Esprit du Silence,  
Tracés d'or de la bienveillance dans l'opulence.  
Pa ni gran-zafè ! (Ô divine simplicité !)

Écrire pour honorer les griots et griottes littéraires,  
Ces vénérés aux Belles Paroles Créoles téméraires.  
Nobèl kriyé "Mirak !" (Nobel s'est exclamé "Miracle !")

Et écrire surtout parce qu'on ne sait... RIEN.  
Ce vide existant à la racine céleste du terrien.  
I yan ki la O wa-w ! (Tout près de toi mon Dieu !)

\*

Possédée par l'Esprit de l'écriture et de la lecture, Damida non nyctalope, lors de son évasion littéraire, se planquait sous son lit, à la lueur d'une bougie au grand risque de mettre le feu, car sa manman pour éviter de couper son sommeil par les lampes que sa fille oubliait d'éteindre en s'endormant, disjonctait le compteur d'électricité. Les nuits que sa mère la surprenait un livre en main à la lueur vive du feu, elle fourrait prestement le volume sous son oreiller, saisissait l'éclairage à bout de bras et simulait une somnambule yoyotante qui voulait faire frire des tomates vertes, son légume préféré.

– Des tomates vertes ! Je dois faire frire des tomates, parodiait-elle en s'approchant de l'escalier, ce qui effrayait sa maman qui la remettait au lit.

Sa réputation de marcher en dormant fit son petit tour familial.

La recette des tomates vertes ? Ses rares dimanches de congé, la manman de Damida inventait des petits plats pour ses enfants. Notamment, celui des tomates vertes à la sauce Guadakérienne. Succulent ! Elle se procurait des grosses tomates à mûrir. D'abord, elle faisait revenir dans une poêle, de l'huile, de l'ail bien écrasé à la lame de couteau, des oignons et un bouquet garni (persil-civet-thym) finement haché. Elle y ajoutait du girofle, du sel et quelques grains de poivre pilonnés, arrosait ces épices d'un petit verre de rhum vieux et mettait tout d'un côté. Dans une autre poêle elle versait une grande cuillerée d'huile roucou, roulait les tomates vertes coupées en rondelles assez épaisses dans la farine, les faisait frire légèrement et y versait par-dessus la sauce bouquet. Au sommet, elle y dressait un gros piment rouge. Tout cela accompagné de petits poissons rouges, marinés dans du sel et du citron, bien rôtis au charbon. Manman manman ! Miam-miam Pas une miette ne se perdait. Les doigts se suçaient. Huguette était une cuisinière exceptionnelle.

Damida accueillait sa douzième année dans la maison haute et basse à la rue du Père Labat. Et tout se passait Labat, bien sûr au Bas-de-Source. Chaleureuse, fascinante et prohibée dans les années soixante, cette artère était le centre folklorique de la Belle-Terre. "Sa ki pa konèt Bad-la-Sous pa konnèt Bèltè. (Ceux qui ne connaissent pas Bas-de-Source ne connaissent pas la Belle-Terre.)" était la ritournelle de l'orchestre "Les Sousseurs-du-Bas" bien de Labat.

Les zouk (lieu étroit où une foultitude danse) de “Chez Sous” et “Voyélimonté”, lieux interdits aux petites filles, chauffaient à l’excès. Sur dix mètres carrés, une flopée d’hommes, de femmes et d’hommes habillés en femme s’encanaillaient, se déchiraient, se défoulaient et suaient dans la touffeur-yen-yen, en se frottant l’un contre l’autre au son des merengue, des mambos, des guajira et des cha cha cha de Tito Puentes, Ismaël Rivera, Perez Prado et consort. Dans les bars, on frappait raide le domino, dont celui de Man et Papa Baraviré “Aka Baraviré”. Des musiciens dont la coqueluche des femmes, le célèbre clarinettiste de jazz créole Christian Jean-Baptiste coiffé de son zazou et le saxophoniste Paul-Emile Toula, y venaient reprendre leur souffle.

Femme sapotille toute menue dans ses robes à fleurs pâlies au lavage, Man Baraviré, une brave femme désabusée, les traits bouffis d’amertume, se lapait un large “sèk” toutes les fois qu’elle en servait un petit à un client. Il lui arrivait de s’endormir derrière le comptoir pour ne pas rater un coup. De la salle on voyait le bleu de la mer. La buvette dont les murs recouverts d’affiches publicitaires de cigarettes “Job” et de bébés roses nourris au lait “Nestlé”, alimentation des vers solitaires des bébés antillais, était meublée sobrement de tables recouvertes de cirés vieillissés et de chaises en fer cabossées. “Aka Baraviré”, siège populaire du Bas-de-Source était toujours bourré en permanence d’habitues : des joueurs de dominos, des blagueurs et des dockers la cigarette Job nonchalamment pendue aux lèvres, un œil rivé à l’horizon afin d’être dans les premiers à se trouver un job à l’arrivée des bananiers. Complètement défaite à la fin de l’après-midi, Man Baraviré montait en reptation marche par marche son escalier jusqu’à son salon, dont la fenêtre donnait sur sa cour et agonissait de kouni a manman-w (vagin de ta mère), tout ce qui lui tombait sous ses yeux glauques. Cette hauteur la protégeait alors que cette invective libératrice exaspérait son entourage.

Fille unique héritière de commerçants aisés, elle avait gourmé un paquet de temps avec sa famille pour avoir le droit d’investir dans ce débit de boisson que sa mère assurait être de perdition pour une jeune femme. Après son unique visite à la bibliothèque de la ville où elle avait déchiffré un livre, allez savoir lequel ? qui l’avait enflammé sur la puissance féminine, elle déblatérerait sur la décolonisation des femmes parce qu’il était temps, pensait-elle de s’inculquer que les femmes tombées sont comme des châtaignes car elles repoussent toutes seules, donc elles avaient beaucoup à apprendre à la communauté si elles s’alliaient. Les hommes, eux par contre, sont comme des fruit-à-pains, quand ils sont mûrs ils tombent plaf ! sans espoir. Voilà débat ! L’embryon de cette philosophie révolutionnaire l’inspira à ouvrir un salon-bar pour femmes où elle s’imaginait contester, argumenter, contester, ergoter, pinailler, discuter sur la condition des femmes avec les femmes. Mais voilà que jamais une femme ne mit les pieds dans son bar, même pas pour aller chercher son mari. Ce n’était pas dans l’étiquette de Guadakéra. Les femmes qui fréquentaient les bars s’agglutinaient plutôt à la “Boulangerie-Bar-Bitopin” ([Les immigrants et les francs-maçons du Bas-de-Source](#)), le refuge des marins Norvégiens, mais elles ne pénétraient pas dans les lolos puisqu’elles buvaient à l’insu de tous et même d’elles-mêmes.

Avec le temps, l’entretien des clients, ajouté à sa grande maison ouverte sur la cour Baraviré, dont elle sous-louait une grande partie en bout-de-chambres, des pièces séparées, dans lesquelles logeaient des familles nombreuses, qui le plus souvent n’avaient pas les moyens de lui payer le loyer, lui asséchaient la gorge qu’elle avait commencé à humecter d’un petit punch et qu’elle finit par inonder de grandes goulées de rhum qui lui noya son rêve et l’abêtit au point que sa

flaveur amère avait chroniqué son acrimonie. Valentin Rosin, le superbe nègre balèze surnommé Papa même par les grands, d'une remarquable sobriété qu'était son mari docker, régnait en maître, aidé d'une tendre autorité et d'un musellement éloquent. Il sirotait des jus de corossols pour se chauffer les muscles et jouait aux dominos pour attirer les clients. Magicien, il faisait parfois apparaître un petit sou au bout de ses longs doigts, sous les grands yeux de Damida. Si elle s'approchait trop près de la table de dominos, il lui baillait un petit coup d'œil qui signifiait "Tu peux rester." ou "Fais seulement un petit salut et va jouer !", selon la conversation des hommes qui n'était pas celle des femmes, et définitivement pas des petites filles.

- Valanten, mako! Ou pa jan an kaz-la, fè moun chyé! Si apaté mwen ou patéké ni baw-lasa alòs ou ni entéré mété-w dwèt kon pikyèt. Ou konsa-w pè mwen. An sé yenki on fanm, apa kou an ké ba-w. Jòdi-la an paka fouté on mèd. Débouyé-w ! (Valentin, tu n'es jamais à la maison et tu fais chier le monde ! Si ce n'était pas moi, tu n'aurais pas eu de bar alors tu as intérêt à bien te tenir. On dirait que tu as peur de moi. Je ne suis qu'une femme, je ne te battrais pas. Aujourd'hui, je ne fouterais rien à la maison. Tu n'as qu'à te débrouiller.) engueulait Man Baraviré.

Le plus souvent très affairé, Papa Baraviré ne semblait pas se formaliser de l'état de sa femme. Il préférait faire ce qu'il avait à faire : mettre sa femme au lit, nettoyer le bar bien propre, remplacer les bouteilles vides, aller chercher du charbon qu'il revendait aux dames de la cour, décharger les bananiers et jardiner.

Son équanimité se puisait dans la culture des fleurs, des arbres fruitiers et des plantes médicinales sur un immense terrain au Bois-de-Magmo. Il s'y évadait souvent avec sa fille Léontine qui adorait son papa, un attachement que Damida partageait bien avec elle. Autorisée quelquefois à les accompagner, elle s'initiait à la botanique, la science de la vraie richesse de la terre. Des dahlias, des roses, des anthuriums, des fleurs trompettes (lys rouges), des queues de chat, des immortels (*Erythrina corralodendron*), des marguerites, des lauriers roses, des bananes, des madères, des pourpiers, (*Portulaca oleracea*), du thé pays (*Capraria biflora*) des canneliers, des aubergines, des christophines (chayotes), des gombos, des cocotiers... une végétation luxuriante s'offrait à sa passion, cette source du parfait bien-être. Ces floralies ravivaient magiquement sa verve employée à transmettre aux petites filles la vertu des plantes : la semen contra était pour purger les vers, l'agoman pour baisser la tension, l'écorce de "simaoba" (*Simaruba*) bon contre la dysenterie, les allamandas jaunes, les belles de nuit (*Calonyction aculeatum*) et les langues à bœuf (*Agave americana*) sont des poisons. Les racines de "Devant-nègre" (*Petiveria alliacea*) sont fortifiantes dans un bain, ajoutez-y des feuilles de "mirobolan" (*Hernandia sonora*), des feuilles de "Guérit tout" (Glycérine) un fameux panacée et ce trempage vous assurait de la chance.

Plus bas, en descendant les terres en pente, coulait un petit griffon d'eau pure glacée qui avait creusé un bassin. Léontine avait peur de l'eau et ne s'y aventurait pas. Endurcie par les douches froides guérissantes de Matante Rietta (dans un autre aventure), Damida s'y plongeait toute nue en poussant des cris de joie d'être. Les gamines revenaient du Bois-de-Magmo fraîches, fruitées et fleuries.

Chaque année, avant la rentrée de l'école, Huguette obligeait toujours ses enfants à avaler des décoctions de vermifuges. D'abord des tisanes de chiendent toute la semaine, puis, suivait une

cure consécutive de thé de feuilles de semen contra. Puis arrivait la purge à l'huile de ricin, quelques jours de soupes de légumes, la cure à l'huile de foie de morue, les ampoules de vitamines B12, le fameux Quintonine, ensuite des journées de pastèques et de mangues. Ces deux derniers régimes étaient délicieux à Damida. Elle adorait les mangues. Surtout les pommes, les œufs-de-dinde, les greffés et les fils. Les cousins de l'Anse-croix leur déchargeaient des sacs de riz bourrés de ces fruits mûres que sa manman cachait pour mûrir dans une petite cave sous l'escalier. Son fameux somnambulisme la transformait en souris dans un fromage : elle s'enfouissait entre les sacs et s'en gavait jusqu'à saturation de son ventre qui s'enflait à péter sous les engueulades maternelles. Ce traitement commençait par le désagrément qu'était l'huile de ricin que tous les enfants abhorraient.

- Même si vous allez nu-pieds à l'école, au moins vous serez en bonne santé, disait Huguette en empoignant sa progéniture pour la faire ingurgiter l'exécrable mixture ses doigts dans leur gorge.
- Fenné gyèl a-w Igyèt ! Arété siléma a-w ! Ba sé timoun-la on koud ròn ! Gadé Léontine, pani pli kosto ki-y ! (Ferme ta grande gueule Huguette ! Cesse ta comédie ! Donne aux enfants une bonne rasade de rhum ! Tu n'as qu'à voir Léontine, il n'y a pas plus costaud qu'elle !) assurait la propriétaire le coude levé, un verre vide à la main.

## DEUX MÂLES-FEMMES CRÉOLES (DEUXIÈME PARTIE)

Notre première richesse, à nous écrivains créoles, est de posséder plusieurs langues: le créole, français, anglais, portugais, espagnol, etc. Il s'agit maintenant d'accepter ce bilinguisme potentiel et de sortir des usages contraints que nous avons. De ce terreau, faire lever sa parole. De ces langues bâtir notre langage.

Éloge de la créolité - in praise of creolness - Jean Barnabé, Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant (Édition bilingue Gallimard)

\*

Léontine qui allait sur ses quatorze ans, était c'est vrai aussi haute et baraquée que son papa. Elle s'abreuvait parfois d'un coup sec en s'essuyant la bouche avec le dos de la main en gargouillant que cela lui donnait du courage. Le courage, cette acceptation de ce qui est, cette force d'être présent, cette habileté de transformer l'appréhension d'un danger réel ou le plus souvent imaginaire en foi.

- Le courage existerait-il sans la peur ? Toutes les peurs dérivent de deux peurs. Celle de mourir et celle de reconnaître que nous sommes Dieu. Le courage n'est pas l'héroïsme, cet élan de sauver le monde qui ne veut pas être sauvé. Le courage, c'est transcender sa peur quotidienne en éteignant la voix de l'impossibilité en soi. Il faut du courage pour voir le monde tel qu'il est et l'aimer quand même, affirmait [Démosthène Démissien](#) l'immigré de la Guadeloupe.

Damida n'avait pas besoin de courage pour se délecter des restes de punch au coco et de barbadine dans le verre de sa manman. Elle se désaltérait de mousseux Paul Bréhant dans lequel elle trempait ses biscuits Boudoir. Ses rares dimanche jour de congé, sa manman rougissait leur verre d'eau de vin.

À la reflexion de donner un coup de rhum à ses enfants en guise de vitamine, Huguette avait répliqué en essuyant un sssskuip la bouche retroussée en trompette.

– Je ne vous parle pas Mme Baraviré. Je m'adresse à mes enfants.

La dame qui n'attendait qu'une réponse pour se déchaîner débitait :

– Vous ne comprenez rien. Vous vous croyez tous mieux que moi. Moi, je bois en public, je ne fais pas de gestes macaques et je n'envoie pas dire. Vous buvez en cachette et vous n'avez pas d'homme. Et quand vous en trouvez un, il vous fout des coups (Elle se secouait les doigts pour appuyer ses dires). Des soi-disant grandes femmes comme vous. Moi, j'ai un bel homme et il ne me touche pas. Sur ce, elle entonnait de sa voix cassée.

"Fanm ki dou

Fanm ki agasan

Fanm ki dou

Mari a yo pa ka lésé yo

(Les femmes qui sont douces

Les femmes qui sont agaçantes

Leur mari ne les quitte pas), en terminant par kouni a manman zò tout ! (vagin de vos mères)

Dans la cour, un bassin débordait constamment d'eau émoussée par le savon de Marseille et azurée par des boules de craie bleue utilisées au blanchissage des draps. Il y régnait une petite tortue timide qui survivait à tous ces produits chimiques, en ne sortant presque jamais la tête de sa carapace. Les enfants de la cour, Léontine et Damida s'ébattaient dans cette eau de lavage qui leur séchait la peau. Plus bas, s'élevait une barricade contre les grosses vagues de la mer. Là se creusait un grand parc à cochons profond d'au moins vingt mètres, recouvert de vieilles tôles coupantes à travers desquelles on jetait tous les restes de manger aux porcs. Rien ne se perdait. Devant la cour, Huguette louait des Baraviré un petit couloir d'à peu près cinq mètres carrés donnant à la fois sur la rue et sur la cour, qu'elle achalandait de bananes vertes, madères, ignames, farine de manioc, beurre Sovaco, morue et queues de cochon salées, saindoux, beurre rouge et d'autres nécessités locales, lorsqu'il n'y a pas de grandes affaires. Ce trou-marchandises était tenu par Tantante Gilda soit la sœur de Fifi, la grand-mère de Damida.

La cour ne dort pas.

De la race des fanm tombé pa janmé désespéré (femme tombée ne désespère jamais (rengaine célèbre des Antilles) ces même femmes qui tombent et repoussent toutes seules, Gilda était née à Puerto Plata (Port de l'Argent) : une ville de Saint-Domingue dans la province du même nom: Puerto Plata surnommée par Christophe Colomb à cause des reflets argentés des flots de la mer, située sur la côte Nord. C'est là que son papa donc l'arrière-grand-père de Damida, Papa Henri ainsi que tous les petits et grands l'appelaient, y était allé terminer ses études de cordonnerie. Après avoir fait le tour du monde, le bisaïeul était revenu à Guadakéra. À cette époque Papa

Henri dans ses soixante-dix ans était un fin mulâtre racé de petite taille qui portait avec son élégance quotidienne, barbiche, cravate, costume et chapeau panama, blancs même pour travailler dans son atelier. Il avait épousé une mulâtresse soit la maman de Gilda. Par contre, ses maîtresses étaient de belles grosses négresses noires plus hautes que lui, parmi elles la mère de Fifille, la bisaïeule de Damida.

La cour ne dort toujours pas. Elle est levée-debout.

Scrupuleuse et mâle femme illuminée par un sentiment tout-puissant de fierté, très attachée à son vieux père, la philosophie de Gilda qui n'avait pas oublié l'espagnol, était d'être bien avec tout le monde, en ne comptant que sur elle-même et Dieu est bon.

- Je remercie déjà Dieu pour ce que j'ai, ne serait-ce que d'avoir la force de me lever chaque matin. Les gens se plaignent de ce qu'ils n'ont pas. Ils ne comprennent pas que ces jérémiades les empêchent de jouir de ce qu'ils ont, étaient ses leçons de morale.

Son grand amour, le père de ses cinq enfants, avait épousé une femme bréhaïgne de Beauplateau. À partir de ce jour, son profond dépit enfoui sous un semblant de détachement, elle prit la ferme décision de vivre avec son papa Henri, dont elle était le bâton de vieillesse, ses deux garçons et ses deux filles, ainsi que un garçon et une fille adoptifs. Son aîné Christophin surnommé Seigneur, grâce à la distinction innée avec laquelle il portait ses costumes faits sur mesure dans sa dizaine d'années, vivait ailleurs dans le giron de sa bonne-manman paternelle. Lors de ses visites chez sa manman qu'il vénérât dans une taciturnité qui le caractérisait, tous à la cour lui prédisaient un avenir dans la prêtrise. Ce qu'il ne savait pas est que Seigneur se réservait discrètement à la gastronomie. Damida était persuadée que gastronomie signifiait la profession de faire la cuisine dans la lune.

Un jour en visite chez sa manman Tante Gilda, Seigneur avait osé proférer son amour de la cuisine. Une femme de la cour lui avait lancé :

- Tu n'es pas macomère (homosexuel). Au lieu de prévoir à te procurer une femme pour te faire la cuisine, voilà que tu veux cuisiner jeune homme ! Dans quel temps vivons nous ?

Tante Gilda très manman du Seigneur, veillait à la troisième personne du singulier :

- Les ventres ont toujours besoin de se remplir. Ce n'est pas le vent qui nourrit son homme. Les vents sont faits pour les lâcher. Si mon fils veut embrasser la profession de cuisinier, c'est le bon Dieu qui m'entend, car en vérité j'en ai assez d'avoir faim, et il me plaît de me mettre les pieds sous la table. J'encourage tous mes enfants à faire ce dont ils ont envie. L'essentiel est qu'ils travaillent pour s'occuper l'esprit.

Quelques années plus tard, Christophin s'éclipsa pour rejaillir à travers de longues lettres écrites à la machine. Tante Gilda l'air chafouin à dessein d'aguicher l'intérêt de la cour, les glissait dans ses beaux seins en attendant de les récupérer discrètement lors de ses méditations. Seigneur racontait qu'élève dans une grande école de cuisine en Suisse, un pays qui n'était pas la France, il se nourrissait sur la voie choisie. Il y avait peu de temps, on en avait ouvert une de ces établissements dans la commune de Dombred. Damida ignorait que ces écoles existaient à l'étranger. En tout cas, sa manman et les grandes cuisinières nées n'avaient pas appris à faire à manger à l'école. La faim était la meilleure des études. Damida n'avait jamais vu un livre de

cuisine. Christophin paraît-il, organisait des banquets pour des banquiers en Suisse. Des gens qui s'occupaient de l'argent de ceux qui travaillent.

Gilda nourrissait le reste de sa petite communauté, prunelle de ses yeux, en lavant, blanchissant, amidonnant et repassant sans sécurité sociale et sans allocation de femmes seules, les chemises et les vestes de colon du Préfet de Guadakéra et en plus, s'occupait du lolo de sa nièce Huguette. Ces deux-là du même âge, avaient vécu ensemble comme des sœurs après le feu qui avait pris chez Fifille, la manman d'Huguette et son bougre, le batteur de tambour Ti-Emile, tandis qu'une autre famille se chargeait de Paul, le frère d'Huguette. Malgré les "Tu n'es pas mon cousin, ma sœur ou mon frère", décrire les appartenances familiales guadakériennes est à la fois dramatique et comique, en sachant qu'en fait ils sont tous, toute une grande famille sur l'île. Frère est traduit par "fourreur". Les cousins et cousines se cousinent. Les sœurs se "sororisent". Tous se branchent à la chaleur tropicale.

– Pa mélé mwen ! (Pas moi !) avertissait Tante Gilda.

Sa baisse de vue après une opération de cataracte ratée, ne l'empêchait pas d'avoir l'œil sur tout. Et son coup d'œil loquace perçait la loupe de ses lunettes et apprenait aux vers de terre à s'asseoir droit comme un piquet.

À la grande stupeur des dames de la cour, elle se procurait une feuille de cahier et une pointe Bic, approchait une chaise près de son petit banc et s'appliquait à écrire à son fils.

– C'est pas possible. Tu sais écrire Gilda ? pensa tout haut Pauline Madère qui à la tombée de la nuit recevait un maître d'école marié.

– Écoutez moi un peu ! Aujourd'hui on n'apprend pas aux enfants à écrire des lettres à l'école. Moi, j'ai appris à lire et écrire des belles lettres parce que lorsqu'on reçoit une lettre qui commence par "Je prends ma plume pour te faire savoir de mes nouvelles..." on se sent à son tour obligé de monter sur une lettre pour répondre, parce que moi je répond. Tenez-le-vous-le bien pour dit ! Je suis une répondeuse. Cela s'appelle correspondance qui est un échange de lettres. De la correspondance fleurit la communication et la permutation. Nous devons être conscients que tout est réciproque dans la vie. Nous avons tous besoin l'un de l'autre. Tout est échange qu'on le veuille ou non. Alors pour te répondre la voisine. Oui ! Je suis allée à l'école. Oui ! Je sais lire et écrire. Sé leer y hasta escribir en español. Mon fils m'écrit, il faut bien que je lui réponde au moins deux mots. Es la bella educación criolla. C'est ma belle éducation créole, roucoula-t-elle. Sinyé sa an koko a tèt a zòt ban mwen souplé ! Sé fwansé ! (Signez moi cela dans le coco de votre tête de ma part s'il vous plaît ! C'est la langue française !)

– Pooh ! Gilda ban nou on koud'fwansé é on koud'espagnol ou la. Permutation, kasavlédi ? s'exclama Pauline en souriant malignement.

– Permutation, Permutación en espagnol vlé di bokanté.

La verve divine de Gilda catéchisait son entourage au secret de la prière dans son français que vous avez entendu aussi parfait que son créole :

– Si la prière était aussi commune que les injures, les critiques et les cancans, nous éviterions bien des catastrophes sur la terre, parce que ce contact intérieure est la plus pure des courtoisies envers soi-même. Qui se vante de ne jamais avoir eu le besoin de prier dans sa vie est un menteur. Dire "Oh ! Mon Dieu !" avec foi est déjà une prière.

Moi, j'aime prier à la Sainte Vierge de Bonne Délivrance. La Vierge Noire. Il m'est plus facile de m'identifier car je suis femme tout bonnement. Gracias mi Dios (Merci bon Dieu !) Et Dieu exauce toutes mes prières. Todas mis oraciones. Toutes mes prières. Zò woutann bon fwansé-la é pagnol-la on ? (Vous avez réentendu le français et l'espagnol parfait ?)"

Sachant que jamais un homme n'avait levé la main sur elle, ce qu'elle déclarait calmement en toisant les courtisanes de la cour Baraviré, de la terre au ciel, Gilda d'une très fine classe, était souvent la cible de la dame à rhum. Elle se sauvagardait dans un courageux mutacisme. Les autres locataires ne pouvaient s'empêcher de provoquer leur propriétaire, ce qui incitait la dame du bar à débagouler sa rage de femme insatisfaite.

– Ha! Sésa an té ka atann! (C'est ce que j'attendais !) Et elle leur égrenait son chapelet d'injures:

- Gadé zòt, zò ka pléré mizè adan on boutchanm zò pa menm ka péyé mwen, on boutchanm plen timoun ka mò fen é sé dè kyou an mwen zò ka okipé zòt, makrèl, anfandèlapatri ki zò yé. Zò salopri, sésa zò yé. Salopri. Kouni a manman zòt! (Regardez vous, vous pleurez la misère dans un bout de chambre que vous n'avez même pas les moyens de me payer, un bout-de-chambre rempli d'enfants et c'est de mon derrière que vous vous occupez. Fouineuse, enfants de la patrie que vous êtes. Des salopris, voilà ce que vous êtes ! Vagin de votre mère)

Pour Tante Gilda qui exprimait la belle parole, il était aussi bien de parler que de se taire à propos. La cour était imposée par son silence. Nulle avanie ne l'ébranlait. Aussitôt que le torrent d'invectives débordait, elle bloquait le déluge en ouvrant un livre en diligence.

- Je te parle et tu lis Gilda. Depuis quand sais-tu lire ? Couillonne que tu es, lançait Madame Baraviré.

Ce qu'elle ignorait c'est que notre dame Gilda lisait une Bible que sa demi-sœur adventiste Fifielle lui avait offert :

- Lis ce livre Gigi. Il t'informera et te guidera. Il t'ouvrira les yeux et ensuite je te présenterai à mon temple, lui avait dit sa sœur en lui fourrant fermement le volume dans les mains.
- Dieu a voulu que je naisse déjà dans une religion Fifielle. Je suis catholique, née catholique et je mourrai catholique. Pourquoi ta religion serait mieux que la mienne ? Qu'on se le dise. Celui qui veut me convertir me sous-estime. Comment peux-tu croire que Dieu t'aime plus que moi ? Je ne suis ni plus bête ni plus laide que toi Fifielle. Si dieu t'aime, Dieu m'aime aussi. Je ne te demande pas de venir à l'église. Je t'ai déjà répété que personne ne me fera changer de religion. Je n'aime pas me compliquer la vie, elle l'est déjà suffisamment, mais il est toujours bon de lire la Bible. J'ai d'ailleurs bien besoin d'un livre à lire en ce moment. Merci beaucoup, avait constaté Gilda en acceptant le pieux présent.

Et pendant que Man Baraviré se lançait dans sa diatribe, elle s'asseyait sur son petit banc confectionné spécialement pour elle par le menuisier M. Cyrille et se cramponnait à un psaume choisi par hasardisation. La concentration de sa proie sur le psautier, ne désarmait pas la dame

du bar. Elle passait derrière le comptoir, se lampait une bonne goulée de rhum sans se racler et revenait à l'assaut dans la cour.

- Vous croyez que c'est facile de retenir un homme qui n'est jamais là et de servir à boire à ces sacripants pleins de rhum qui ne racontent que des couillonnades dans le bar ? J'en ai assez d'eux et de vous tous. Vous êtes tous des enfants de garce. Voilà ce que vous êtes. Quant à toi Gilda, pour qui c'est que tu te prends ? Tu n'as pas d'homme. Au moins j'ai un homme. Un bel homme. Vous toutes ne savez que pondre des enfants sans père, mais c'est moi que vous mal-parlez. Allez chier !

Gilda qui devait en effet tous les jours s'occuper de son vieux papa qui commençait à ne dépendre que d'elle, s'échiner à tous ses petits travaux pour alimenter et envoyer sa ribambelle d'enfants à l'école, et en plus faire marcher le lolo, n'avait ni le temps, ni l'envie de contredire les outrages de Man Baraviré comme le faisait la cour.

- Sé palé twòp ki fè si krab pa ni tèt. (C'est trop parler qui occasionna au crabe son manque de tête.) Moi ! J'ai besoin de toute ma tête pour bien vieillir, était son affirmation.

Plongée dans sa littérature sainte, elle semblait être atteinte de surdi-mutité. Une après-midi que le concert reprit et qu'elle n'en pouvait plus, un dialogue intérieur prédominant sa lecture biblique la tança vertement d'agir. Mais que faire ?

Elle ferma sa Bible et pendant un moment se concentra sur son souffle et les battements de son cœur. Puis, elle s'appuya sur ses cuisses et se mit debout pour aller s'abriter de la pluie de grossièretés. Sous son abri, elle calcula en scrutant tous les coins et recoins de son esprit sans savoir ce qu'elle cherchait. Une bouteille vide à l'étiquette "Rhum Guadak" la tira de sa réflexion. Elle l'embrassa et l'emmena sous le robinet du bassin et la remplit d'eau fraîche. Puis, elle prit un pot vide de lait Nestlé condensé en fer-blanc démuné de son couvercle qui lui servait de timbale, couvrit la tête de la bouteille et alla les déposer sur les marches du bar qui donnaient sur la cour, et pour une fois, avant de s'asseoir sur son petit banc et se replonger dans sa lecture sacrée, elle formula deux-mots-quatre-paroles à Man Baraviré qui reprenait son souffle.

- Je ne sais pas te répondre. Nous ne parlons pas du tout la même langue, parce que je n'ai jamais eu la gueule de bois. Si tu crois que c'est à moi Gilda que tu donneras un lavement sans canule, tu as perdu d'avance. Et puisque qui perd gagne, voici ton prix ! Regarde bien ce que je t'offre en guise de calmant ! Une bouteille de rhum pleine d'eau et un pot parce que ma pauvre madame Baraviré, tu es dans un désert ingrat et c'est tout à fait normal que tu aies soif. Voici ton oasis !

Il était trois heures de l'après-midi. Man Baraviré qui était au premier étage à sa fenêtre, se désaltara de sa langue qu'elle avala glouc! Emmurée par un maupiteux bâillon, elle s'écroula plaf! Après cela, dans un effort reptilien, tel un fantassin dans une tranchée, elle rampa, atteignit le bas de son lit, se mit à quatre pattes, essaya de se redresser mais culbuta lourdement sur son matelas Epeda, le super luxe de l'époque, comme pour sa quotidienne purger-z-yeux (une sieste). Assommée, elle s'endormit jusqu'au chant du coq.

Pendant quelques jours, la dame du bar oublia de déblatérer. Seuls des cris d'enfants contrastaient le calme de la cour. Les dames au lieu de profiter du calme, se gorgeaient méchamment :

- Alors Gigi, tu as calmé la soif de Man Baraviré avec de l'eau ? Du coup nous n'entendons plus ses coups d'accordéon (ses injures). La cour est trop calme.

Tantante Gilda ahurie, redressa ses lunettes et vivement les interpella :

- Comment vous pouvez dire que la cour est trop calme ? Vous semblez prendre un malin plaisir à être humiliées par Man Baraviré mesdames. Vous vous nourrissez de sa souffrance. Quelles affaires et ça ? Ce n'est pas sain de votre part. Lè zò épi bonDyé, zò ka mandé dyab pwan zòt, apwésa zó ka pléré. (Quand vous êtes avec Dieu, vous priez au Diable de vous prendre ensuite vous vous plaignez.) Si vous ne changez pas de comportement, Man Baraviré ne changera pas d'attitude. Je préfère l'avoir mis à l'eau qu'au rhum. Boire trop de rhum est une maladie. Je ne saurais répondre à la malheureuse. Je suis aussi une femme. Ce n'est pas facile pour elle. Elle a des blesses. Elle souffre. Elle boit pour éteindre sa souffrance mais plus elle boit plus elle a mal. Le rhum a comme toutes choses, un bon et un mauvais côté. Je n'ai rien contre un petit alfreda (un petit verre de rhum sec). Si on le boit modérément, il vous réchauffe l'âme, si on le boit trop et mal, il vous indispose, fût son information.

Léontine, fille unique des Baraviré, à douze ans allait à l'école, servait au bar, lavait les verres, rangeait les bouteilles, nettoyait la salle, repassait, récurait le plancher et toute la cour, préparait à manger, approvisionnait le bar, souvent propretait et couchait sa mère lorsque celle-ci s'écroulait dans ses vapeurs de rhum et de vomis et prenait parfois le temps de se divertir avec les enfants de la cour. Un jeu particulièrement amusant était que toutes les filles se rassemblaient en se tenant les épaules serrées les unes contre les autres, alors que l'une d'elle tournait autour des autres cependant que tous chantaient en chœur :

"Combien avez-vous de poules madame, combien avez-vous de poules.

J'en ai cinquante et une madame, j'en ai cinquante et une.

Voulez-vous m'en donner une madame, voulez-vous m'en donner une.

Et si je prends mon pistolet, mon patapouf, pouf !"

On donnait une petite tape sur les fesses de celle qui était choisie. Celle-ci devait continuer le tour cependant que l'autre reprenait une place dans le groupe.

En enfant aveugle au danger, Damida et Léontine parfois se poursuivaient et sautaient sur des tôles ondulées, espacées, non clouées qui servaient de toit au parc de cochons deux étages en-dessous, sous les sarcasmes de la mère de sa camarade maintenant dirigés vers elles.

- Léontine et Damida ! Vous ne pouvez pas rester en place. Vous trouverez ce que vous cherchez en vous cassant la gueule petites maudites que vous êtes !

Les fillettes faisaient la sourde oreille et persistaient à bondir de tôle en tôle : biguidi-biguidi-pling-plang-biguidi-biguidi-pling-plang...

Et enfin la prédiction de madame Baraviré s'accomplit. Se prenant pour une hirondelle qui rase la terre en grands froufrous d'ailes avant un mauvais temps, Damida pris son envol, rata son atterrissage sur une tôle et échoua littéralement gyoup ! la tête la première dans la soue et s'étala dans la boue malaxée de verre-bouteilles concassées entre les cochons.

- Bravo ! Bravo ! Il y a longtemps que j'attendais ce moment, applaudit bruyamment la maman de Léontine de sa fenêtre, cependant que tout le petit monde inquiet cherchait à

descendre récupérer Damida engluée dans la fange chez les truies, les verrats et les gorets qui ronchonnaient bruyamment en la chavirant de leurs groins. Le visage ensanglanté et piqué de tesson, du borbier lui sortant par le nez, les oreilles, la bouche, Damida entendit la voix :

- Sésay ka rivé timoun ki pa ka kouté gran moun. Manfou a kyou a-w ti séléra ? (C'est ce qui arrive aux enfants qui n'obéissent pas aux adultes. C'est bien fait petite scélérate !)

Les locataires en chœur s'écrièrent :

- Madame ! Donnez une faveur à la petite !

Un bain dans le bassin, le corps frictionné au bay-rhum et la figure tailladée barbouillée de mercurochrome par sa Tantante Gilda bien épaulée par les dames, la remirent vite sur pied avant l'arrivée de sa mère, qui évidemment lui somma d'une interdiction de jouer dans la cour. Ce qu'elle fit... un court temps que ses blessures se cicatrisent.

### LA MORT CRÉOLE ET LA VEILLÉE CRÉOLE (TROISIÈME PARTIE)

Il nous faut être lucides sur nos tares de néo-colonisés, tout en travaillant à oxygéner nos étouffements par une vision positive de notre être. Il nous faut nous accepter tels quels, totalement, et nous méfier de cette identité incertaine, encore mue par d'importantes aliénations.

\*

À l'étage au-dessus, la propriétaire du bar avait un magnifique salon toujours bien rangé avec des vrais fauteuils capitonnés, des tapis de laine tissée et des vases de porcelaine garnis de roses rouges et roses en plastique que Léontine était la seule à épousseter. Dans un coin s'étalait un vieux piano non accordé, derrière laquelle Damida et Léontine jouaient à chaud-caché (cache-cache). Elles y étaient des rares fois autorisées à s'y asseoir pour écouter Casimir Létang, de la musique, le jeu des mille francs, suivie des avis d'obsèques qui s'émanaient de la grosse radio qui leur rappelait l'heure de retourner à l'école à deux heures de l'après-midi.

- Un délirium tremens noya subitement la maman de Léontine. Un latin que Damida n'avait jamais entendu à la messe. Elle avait trépassé les yeux écarquillés sur la vie. La veillée était fantastique. Les hommes ont lutté et culbuté. Les tambouyeurs se sont fendus les doigts à fesser leurs barils bien calés entre leurs jambes au son des boulagyèl:

GGhhmm ! GGhhmm ! HHmmm Hhhmm ! GGhhmm ! GGhhmm ! HHmmm Hhhmm ! GGhhmm ! GGhhmm ! Hhhmm ! Un batteur a crevé son tambour pour élever l'âme de la morte au ciel. Les devinettes, les charades, les discours, les jédimo (jeux de mots), les yé-krik et yé-krak ont fusé comme tili (grande quantité) dans tout le Bas-de-Source.

- Yé krik !
- Yé krak !
- Yé Mistrikrik !
- Yé Mistrikrak !

- Pli-y ka lonji, pli-y ka vin kout ! (Plus elle s'allonge, plus elle s'écourte!)
- Lavi. (La vie.)
- Dlo doubout ! (L'eau verticale !)
- Kann ! (Canne à sucre !)
- Bout rouj, fanm enmé sa. (Le bout est rouge, les femmes aiment cela.)
- Fa a bouche. (Rouge à lèvres.)
- Yé krik !
- Yé krak !
- Pli-ou soufflé-y, pli-y ka vin kout ! (Plus vous soufflez dessus, plus elle s'écourte.)
- Sigarèt ! (Cigarette !)
- Kouvèti dè lèspri. (Couverture de l'esprit.)
- Pannanma. (Chapeau panama.)
- Je ne suis ni roi ni reine, mais je fais trembler le monde.
- Rònmm (Rhum)

Quant aux éloges, ils étaient tout à l'honneur de la dame à rhum. Les conteurs de jeux de mots débordaient d'inspiration.

- Man Baraviré pa janmé ban nou on ti-zing-ti-tak.  
 Sété boutèy la anlè tab la,  
 mé avan sa i ka pwan kou a'y.  
 Sé tradisyon a tan mwen sé tan mwen é ta-w sé ta-w.  
 Padavwa tan mwen a pa ta-w  
 é ta-w pa tan mwen,  
 piskè si sé tan mwen  
 i pé pa ta-w.  
 Saki ta-w ta-w.  
 Sa ki pata-w, pa ta-w.  
 Pa mété sa ki pa ta-w  
 anlè ta-w.  
 An nou menm !  
 On bon fanm Mézyédanm.

Krik !

Krak !

Man Baraviré lè-y té chajé,  
 si-w té anmègdé-y,  
 i té ka chajé-w.  
 É kom pawól an bouch pa chaj,  
 i pa té ka gadé chaj anlè kè a-y.

Yé krik !

Yé krak !

Yé Mistrikrik !

Yé Mistrikrak !

Inè fanm kè nou règréttons mézyézédam?

(Mme Baraviré ne nous servait pas en compte-goutte.

La bouteille était toujours sur la table,  
mais d'abord elle se servait.

C'est la tradition de la charité bien ordonnée  
commence par soi-même.

Parce que ce qui est à moi  
n'est pas à toi

et ce qui est à toi

n'est pas à moi,

puisque si c'est à moi,

il ne peut pas être à toi.

Ce qui t'appartient, est à toi

Ne mets pas ce qui ne t'appartient pas

Sur ce qui est à toi.

Santé !

Une femme d'une bonté Messieurs et Mesdames.

Krik !

Krak !

Mme Baraviré quand elle était saoule,  
si vous l'emmerdiez,  
elle vous saoulait de paroles  
et puisque la parole est du vent,  
elle n'hésitait pas à ventiler.

Yé krik !

Yé Mistrikrik !

Yé Mistrikrak !

Une femme que nous regrettons du fond de notre cœur messieurs et dames.)

Bien sûr, Man Baraviré n'échappa pas à la règle de l'hypocrisie humaine sanctifiante après la mort.

- La vie est courte, c'est sa queue qui est longue. Mame Baraviré n'était pas méchante. Elle injuriait pour se dégager, parce qu'il n'est pas sain de se garder des saletés dans le cœur, sanglotait une locataire, en se mouchant bruyamment.

- Elle nous manquera, se plaignait une voisine, en s’essuyant une espèce de larme de son index plié.

Une autre secouait la tête :

- Ah ! La pauvre. Ce n’était pas de sa faute. Personne de sa famille ne lui rendait visite.
  - Wonm la mwen ka mandé-w padon ayayay’ ! (Rhum je te demande pardon ayayay’ !)
- entonnaient deux hommes en se déversant un flot de rhum dans des verres d’eau.

Man Baraviré, dont on entendit pour la première fois le prénom, Florence, bien parfumée d’eau de Cologne, vêtue d’une ravissante robe brodée en soie blanche, auréolée de bougies, les traits souriants et reposés dans son lit, semblait être délivrée d’un lourd fardeau. Il émanait d’elle une paix indicible. Dans les règles de la tradition, toutes les pendules et les réveils avait été arrêtés et les miroirs voilés de tissus noirs.

Avant le moment crucial qui est la fermeture du cercueil avant la levée du corps, tous firent la queue pour l’embrasser sur le front. C’était la première fois que Damida donnait un baiser à une personne morte. Froide. Elle n’oublia jamais le contact de cet épiderme glacial sur ses lèvres. Papa Baraviré pour ne pas changer, se confina dans son dialogue intérieur. Les yeux de Léontine se ridèrent d’une tristesse inexprimée, trop occupée qu’elle était à nourrir le troupeau d’invididus affamés, d’une soupe aux pattes de cochon, de pâtés de viande, de pâtés de bananes, de petits pains fourrés de saucisson, de petits bouts de saucisses arrosés de vinaigre de piments, de petites tartines de pâté Dolo, de marinades à la morue (pâte frite aussi appelé accras), de boudins épicés, ...

Un enterrement réussie se définissait au grand nombre de personnes présentes même celles qu’on ne connaît pas. Aux funérailles, elles pullullaient. Des quantités de couronnes de fleurs débordaient du corbillard et sont restées à terre. Celle de la cour titrait en lettres dorées : "À notre voisine bien-aimée".

- Votre attention s’il vous plaît ! Kouté mwen pou tann mwen byen! (Écoutez moi bien pour bien m’entendre !) Si vous voulez m’offrir des fleurs, faites le tout de suite ! Au moins que j’en profite. N’attendez pas que je sois morte ! Vous m’avez bien entendu, commenta Man Zoune la vendeuse de bonbons et de pistaches grillées dans des feuilles de papier convolutées en conques devant le cinéma Vazi, cependant qu’elle contemplait nébuleusement toutes ces fleurs flétries dans l’inclémence de la canicule.
- Je suis tout à fait d’accord avec toi, dit Gilda. La pauvre femme n’a jamais reçu un bouquet de fleurs dans sa vie et voilà qu’à sa mort, elle est fleurie comme un flamboyant. Le bon Dieu n’a pas dit ça mais que veux-tu faire ? C’est ainsi et nous n’y changerons rien. C’est la mauvaise conscience.

Au cérémonial à l’église, le frère de Florence, un ancien soldat qui jamais ne lui rendait visite pleurait tellement gros de l’eau, qu’il faillit se noyer dans ses reniflements et alla jusqu’à s’évanouir devant le cercueil. Il a même fallu qu’une cousine aille à la fontaine mouiller un mouchoir pour le lui plaquer sur son front.

- Sé byen apwé lanmò a Térézin ou ka vwè mouvman a Pyè. Apajé hon ! Madanm-la té-la, pon fanmi a-y paté ka mandé-y kay ka vann. Mi konyéla, yo ka pléré. (On est jamais sûr de la sincérité de l’autre. Ce n’est pas de la blague ! La dame était là, jamais sa famille

ne lui a rendu visite et voilà qu'ils pleurent.) La mort c'est quelque chose, chuchota man Zoune.

Un cortège de presque toute la Belle-Terre suivit le corbillard qui très lentement descendit jusqu'au cimetière bien sûr situé au Bas-de-Source. Un vrai tombeau attendait la dame et pas un monceau de terre entouré de conques de lambi. Papa Baraviré, Léontine, la sœur de Florence, sa maman et son papa s'alignèrent et tous les gens vinrent leur dire comment ils étaient tristes même ceux qui n'étaient pas tristes.

Damida assista pendant neuf jours à la prière "pour elle", seulement pour reluquer Pierre-Aimée Laurent son père inconnu, abonné aux prières pour élever l'âme des morts. Il y assistait bien recueilli les yeux fermés.

"Saint Vincent !" marmonnait une voix."

La réunion répondait en chœur.

"Priez pour elle ! "

"Sainte Thérèse ! "

"Priez pour elle ! "

"Saint François ! "

"Priez pour elle ! "

"Sainte Marie-Madeleine ! "

"Priez pour elle !"

« Saint Père !"

"Priez pour elle !"

Un priez pour elle qui se transformait en "Pwiyé pwèl" ou "Piépoil ".

Damida pleura longtemps en cachette avec Léontine qui n'avait plus sa mère si jeune, parce que "On manman sé on manman. (Une mère est une mère.)" Damida la surprenait souvent dans un coin à glapir de douleur, un mouchoir entre les dents. En quelques jours elle avait incroyablement mûrit et souffrait d'un mal au ventre d'adulte sans se plaindre.

– C'est la manman de mon ventre (utérus) qui me fait mal, gémissait-elle.

Léontine habita quelque mois avec son père qui ne tarda pas à se remarier à une jeune femme sobre et discrète qui préférait le salon au bar. Passive, elle accepta l'intruse qui profita pour subtilement la déposséder de son héritage et la repousser vers sa tante, la sœur de Papa Baraviré chez qui elle logeait. En échange, elle rapportait son salaire gagné en continuant à récurer, à laver, à repasser, cette fois à la cour "Kyenbèrèd" (courage), toujours Labat, avant d'être inspirée par la B.U.D.A.F. (Bureau Unifié pour le Dépeuplement des Antilles Françaises) de partir en France faire bonne.

## BIBLIOGRAFÍA

- Amadou Ndoye, El Hadji (2014). “Literatura”, en *África más allá del tópico, Baile del sol*, Canarias. 83-141.
- Amigo Extremera, José Jorge (2015). “Un mapa de la cultura en los estudios de traducción”, *Universidad de las Palmas de Gran Canaria*. 281-295. [Conferencia]
- Dakar-Abidjan (1978). *Anthologie de la nouvelle sénégalaise (1970-1977)*, Les Nouvelles Éditions Africaines. 9-12.
- Anthony Appiah, Kwame (2002). “African Identities”, en *Postcolonial Discourses. An Antology*, Blackwell Publishers Ltd, Massachusetts. 221-232.
- Assis Rosa, Alexandra (2022). “Descriptive Translation Studies and Polysystem Theory”, en *The Routledge Handbook of Translation Theory and Concepts Routledge*. 26-42.
- Baker, Charlotte (2014). “French Studies: African and Maghreb Literature, The Year's Work in Modern Language Studies”, *Modern Humanities Research Association*, 74. 145-151.
- Bassnett, Susan, and Harish Trivedi (eds) (1999). *Post-Colonial Translation: Theory and Practice*. London & New York, Routledge.
- Bhabha, Homi (1994). *The location of culture*, Reoutledge.
- Bianchi, Diana (2022). “Cultural studies”, en *The Routledge Handbook of Translation and Methodology*. 62-77.
- Bourdieu, Pierre (1983). “Campo intelectual, campo del poder y habitus de clase”, en *Campo del poder y campo intelectual*, Folios. 11-35.
- Bourdieu, Pierre (2002). “Les conditions sociales de la circulation internationale des idées”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 145. 3-8.
- Bush, Ruth y Claire Ducournau (2015). Le Bilinguisme dans le roman haïtien (Bilingualism in the Haitian Novel), *Cahiers d'Études Africaines*, 55 (219). 535-568.
- Casanova, Pascale (2002). “Consécration et accumulation de capital littéraire”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 144 (1). 7-20.
- Cassanova, Pascale (2015). “La traduction comme conquête”, en *La langue mondiale. Traduction et domination*, Seuil, Paris. 61-76.
- Chesterman, Andrew (2009). “The Name and Nature of Translator Studies”, *Hermes—Journal of Language and Communication Studies*, 42. 13-22.
- Chesterman, Andrew (2016). *Memes of Translation. The Spread of Ideas in Translation Theory*, BTL.
- Conway, Kyle (2022). “Anthropology and cultural translation”, en *The Routledge Handbook of Translation and Methodology*, Routledge.

- Dongmo Djuka, Stéphanie (2012). “Mémoires d'un suicide”, en *Aujourd'hui, je suis mort*, L'Harmattan.
- Fólica, Laura (2013). “Los Estudios de Traducción desde una perspectiva sociológica o la ‘caja de herramientas’ bourdieusiana”, en *Translationes*, 5. 11-24.
- Gin, Pascal (2023). “Vers une pensée faible de la transculturation”, en *Amériques transculturelles-Transcultural Americas*, Ed. Afef Benessaïeh, University of Ottawa Press, Ottawa. 91-119.
- Goslinga, Marian (1998). *Caribbean Literature. A Bibliography*, The Scarecrow Press, Inc. Lanham, Md., & London. 309-362.
- Gouanvic, Jean-Marc (2010). “Outline of a Sociology of Translation Informed by the Ideas of Pierre Bourdieu”, *MonTI. Monografías de Traducción e Interpretación*, 2. 119-129.
- Grunenwald, Noémie (2021). Sur les bouts de la langue. Traduire en féministe(s), La Contre Allée, Paris. 31-58.
- Harmon, Lucyna (2019). Translation Strategies, Techniques, and Equivalences in *Critical Approach. Explorations: A Journal of Language and Literature*, 7. 7-16. DOI: 10.25167/EXP13.19.7.2
- House, Juliane (1997). *Translation Quality Assessment*. Tübingen, Gunter Narr Verlag.
- Hurtado, Albir, Amparo (2001). “Nociones centrales en el análisis” en *Traducción y traductología. Introducción a la traductología*, Cátedra, Madrid. 279-289.
- Jakobson, Roman (1959). "On Linguistic Aspects of Translation". *On Translation*, edited by Reuben Arthur Brower, Cambridge, MA and London, England: Harvard University Press. 232-239. <https://doi.org/10.4159/harvard.9780674731615.c18>
- Koselleck, Reinhart (2012). “Algunas cuestiones sobre la historia conceptual de ‘crisis’” en *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Editorial Trotta, Madrid. 131-142.
- Lamming, George (2002). “Colonialism and the Caribbean Novel” en *Postcolonial Discourses. An Antology*, Coord. Gregory Castl, Blackwell Publishers Ltd, Massachusetts. 271-280.
- Lapalme, Marie-Claude 2009. Comme des gales sur la grev (nouvelles), suivi de Rêver le “réel”: l’espace dans la nouvelle fantastique onirique, tesis, Université de Sherbrooke [Última consulta: 07 de febrero de 2024].
- Lefevere, André (1992) *Translation, Rewriting and the Manipulation of the Literary Fame*. London & New York, Routledge.
- Lefevere, André, and Susan Bassnett (1990) ‘Introduction: Proust’s Grandmother and the Thousand and One Nights: The “Cultural Turn” in Translation Studies’ in *Translation, History and Culture*. London & New York, Pinter. 1-13.
- Malmkjær, Kirsten (2012). *Translation Universals*, Oxford.
- Molina, L. y Hurtado Albir, A. (2002). “Translation Techniques Revisited: A Dynamic and Functionalist Approach”, *Meta*, 47 (4). 498-512.

- Moya, Virgilio (2004). *La selva de la traducción. Teorías traductológicas contemporáneas*, Cátedra, Madrid.
- Mukasonga, Scholastique (2010). “Le deuil” en *L’Iguifou*, Éditions Galimard
- Newmark, Peter (1988). *A textbook of Translation*, Londres, Prentice Hall (Manual de traducción, Madrid, Cátedra.
- Ngodjo Ngodgo, Elian Sedrik (2020). *Pour une sociopoétique de la nouvelle subsaharienne francophone*, tesis, Université de Limoges.
- Nord, Christiane (2005). *Text Analysis in Translation*, Rodopi, Netherlands.
- Olsson, Maxette. *Damida la petite Créole*. [LINK : https://www.potomitan.info/maxette/mort.php](https://www.potomitan.info/maxette/mort.php)
- Pageard, Robert (1966). “Le conte et la nouvelle”, en *Littérature négro-africaine*. Le livre africain, Paris. 88-93.
- Reboul, Hélène (2004). *Le deuil dans la littérature*, Frontières, 16 (2). 28-32.
- Reduane, Najib 1998. “La Littérature maghrébine d’expression française au carrefour des cultures et des langues”, *The French Review*, 72 (1). 81-90.
- Rodríguez Martínez, Manuel Cristóbal y Ortega Arjonilla, Emilio (2017). “Traducción y adaptación de referentes culturales en la literatura de género fantástico del francés hacia el español”, *Entreculturas. Revista de Traducción y Comunicación Intercultural*, 9. 155–166.
- Samoyault, Tiphaine (2020). *Traduction et violence*, Seuil, Paris.
- Shamma, Tarek (2009) ‘Postcolonial Studies and Translation Theory’, *MonTI – Monographs in Translation and Interpreting* 1. 183-196.
- Simon, Sherry (1998). “Translating and interlingual creation in the contact zone. Border writing in Quebec”, en *Post-Colonial Translation*. Coords. Susan Bassnett y Harish Trivedi, Routledge. 58-74.
- Toumson, Roger (2003). “Les littératures caribéennes francophones. Problèmes et perspectives”, en *Cahiers de l’Association internationale des études françaises*, 55, pp. 103-121.
- Tymoczko, Maria (2003) “Ideology and the Position of the Translator: In What Sense is a Translator ‘In Between?’” in *Apropos of Ideology*, London & New York, Routledge. 181-201.
- Tymoczko, Maria (1999). “Post-colonial writing and literary translation”, en *Post-Colonial Translation*. Coords. Susan Bassnett y Harish Trivedi, Routledge. 19-40.
- Vanborre, Anne (2014). “Haïti après le tremblement de terre : le témoignage impossible et nécessaire”, en *Haïti après le tremblement de terre. La forme, le rôle et le pouvoir de l’écriture*, Peter Lang Publishing, New York. 3-15.
- Venuti, Lawrence (1993). “Translation as cultural politics: Regimes of domestication in English”, *Textual Practice*, 7 (2). 208-223. DOI: 10.1080/09502369308582166.
- Venuti, Lawrence (1986). “The Translator’s Invisibility”, *Criticism*, 28 (2). 179-212.